

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Director Fundador: José Aricó (1931-1991). Directores: Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula - Nº40, Buenos Aires, Primavera 1994 \$5

Ensayo

Trece tesis para reconstruir la izquierda

Roberto Mangabeira Unger

Democratización y crisis del Estado

La paradoja latinoamericana

Guillermo Ortiz

Reflexiones

El fantasma del liberalismo

Hugo E. Biagini

Debate contemporáneo sobre la igualdad

Roberto Gargarella

Quiebra del bipartidismo

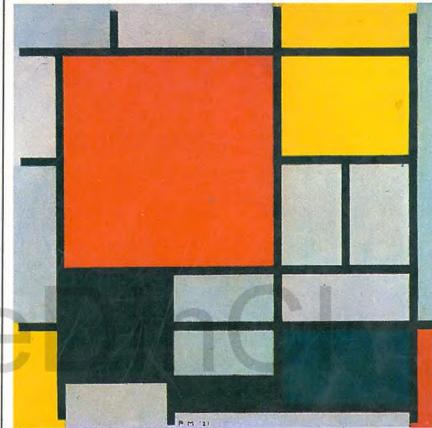
El tercero en discordia

Edgardo Mocca

Coalición centroizquierdista?

Mirada al caso chileno

Sebastián Etchemendy



¿Centroizquierda o neoperonismo?

Sergio Bufano

Disparen sobre Chacho Alvarez

Osvaldo Pedroso

Frente Grande

El riesgo del vértigo

Jorge Tula

El ballottage de Olivos como incentivo para las alianzas

Franco Castiglioni

CORREO Televisión 109

ARVÉNTO Página 516



En este número

Si bien, como suele suceder, todos los temas del sumario poseen similar relevancia, podríamos resaltar tres núcleos básicos en el contenido de la presente edición. Por una parte, la serie de intervenciones sobre la coyuntura política argentina, con dos temas centrales: la afirmación del Frente Grande como probable tercera fuerza electoral, e hipotético eje de una confluencia de centroizquierda, y la gravitación de las nuevas reglas de juego en el movimiento de acuerdos y alianzas de las fuerzas políticas. Por otra parte, la invitación de Mangabeira Unger a debatir sobre sus (nada menos que) trece tesis para reconstruir la izquierda, propuesta que de inmediato es



recogida por Stefano Rodotà en una breve y aguda intervención, que agrega y suscita temas al debate. Y también

se apropia del protagonismo la flamante sección Agenda, creada para inscribir las cuestiones de imprescindible discusión para un punto de vista transformador de la izquierda democrática. En esta primera oportunidad intervienen Juan Carlos Portantiero, a propósito del camino que se abre al progresismo en el campo político, y Pablo L.Gerchunoff, con un artículo en el que dibuja el marco de una posible acción de economía posmenemista. El número, claro, se completa con un denso material que, de una u otra manera, se liga con estos ejes primarios, y con un material gráfico de lujo, que brinda homenaje a una figura excepcional de la plástica: Piet Mondrian.

Sumario

Opinión

La Ciudad Futura: Aniversario del Club de Cultura Socialista

Roberto Gargarella: Carlos Nino, figura de excepción

Política

Jorge Tula: El riesgo del vértigo

Sergio Bufano: ¿Centroizquierda o neoperonismo?

Edgardo Mocca: El tercero en discordia

Franco Castiglioni: ¿Es el ballottage de Olivos un incentivo para las alianzas?

Sebastián Etchemendy: Una mirada al caso chileno

Osvaldo Pedroso: Dispares sobre Chacho Alvarez

Agenda

Juan Carlos Portantiero: Tiempo de decisiones

Pablo L.Gerchunoff: ¿Hacerse cargo?

Homenaje

Pablo Bustos: Omar Moreno, socialista

Internacional

Guillermo Ortiz: La paradoja latinoamericana

Entrevista

Diego Tatián: Helmut Dubiel. Diálogo sobre la escuela de Frankfurt

30

Reflexiones

Hugo E.Biagi: El fantasma del liberalismo

33

Roberto Gargarella: El debate contemporáneo sobre la igualdad

38

Libros

Fabián Bosso: Anales del posmarxismo

42

Verónica Devale: Una lectura semiótica del mundo

43

Martín Plot: La moralidad contingente y la crítica social como práctica interpretativa

44

A.B.: Novedades

44

Ensayo

Roberto Mangabeira Unger: Trece tesis para reconstruir la izquierda

46

Stefano Rodotà: Discutamos estas tesis

50

El artista

O.P.: Piet Mondrian, siempre más allá

51

Contrapata

Antonio Marimón: Las ficciones de Asís, narrador omnisciente

52

Nogelma, Oscar Túro.

Maqueta original: Juan Pablo Renzi. Diagramación y armado: Viviana Mozz. La Ciudad Futura recibe todo su correspondiente, cheques y giro a cuenta de Correo N°167, Sucursal 12,(412) Buenos Aires. Impresión Gráfica Integral, Albarázina 1955, (1424) Buenos Aires. Distribución en kioscos de la Capital Federal: Sinfón, Piticuña 180, (1082) Buenos Aires. Distribución en sellos: Tropas, Balcarce 458 - 1^a oficina 2, (1092) Buenos Aires. Registro de Propiedad Intelectual N°192673. Suscripción anual: Argentina: US\$ 40.- Exterior: US\$ 60.- Bibliotecas e instituciones: US\$ 80.- Cheques y giros a la orden de Arnaldo Martín Iáuregui.

OPINION

Aniversario del Club de Cultura Socialista

A diez años de su fundación, no es tan sencillo describir al Club de Cultura Socialista José Aricó. La letra de su declaración de principios, redactada en 1984, dice que será un "centro de análisis y discusión de los problemas políticos, sociales y culturales de la sociedad argentina". No obstante, entidades que nacieron y desaparecieron con afirmaciones similares se cuentan por decenas y también por cientos. En el transcurso de los diez agitados años de democracia en el país fueron numerosos los proyectos independientes que no lograron encontrar el espacio que buscaban. El Club José Aricó lo ha logrado y sin embargo todavía resulta muy difícil caracterizarlo sin caer en frases convencionales de ocasión.

Sus orígenes se remontan a un par de años antes de 1983, cuando miembros de la revista *Punto de Vista* viajaron a México y tomaron contacto con *Controversia*, otra publicación que se editaba en el exilio, y con el Grupo de Discusión Socialista, nócleo integrado por exiliados que intentaban reflexionar acerca de la identidad cultural de la izquierda y los espacios políticos que se abrirían en el futuro.

A partir de ese entonces, y sin que hubiera un proyecto diseñado, se fueron creando las condiciones para que en 1984 se fundara el Club. Algunos de sus organizadores provenían de México, otros de Europa y otros no habían salido del país. Todos, sin duda, estaban profundamente marcados por la experiencia de la izquierda en los 60 y 70 y por la feroz dictadura militar.

La democracia y la transformación social fueron el centro de las preocupaciones del Club. Y dentro del abanico de temas que se abrían a partir de esos dos

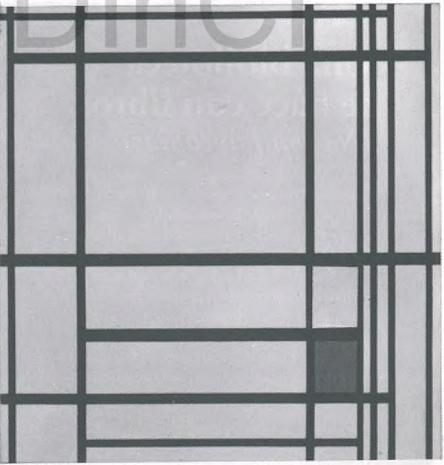
ejes, la tolerancia, la transición política, cuestiones de ética e identidad cultural ocuparon la atención del medio centenar de miembros. El cine, la literatura, la poesía y la música también estuvieron presentes; porque la sociología y la política, aun con su fuerte presencia, nunca desplazaron una concepción universal de la cultura. Los orígenes sesentistas, socialistas y comunistas de la mayoría de los miembros del Club tienen su propio peso: en aquel entonces no se podía aspirar a una sociedad mejor sin逼近arse al arte. Ese pensamiento, hoy, no se ha modificado.

El Club no estuvo libre de tensiones; como en todo grupo pluralista cuyos integrantes provienen de distintas experiencias políticas, las diferencias se hicieron presentes en muchas ocasiones. Al-

gunos de sus miembros colaboraron con el gobierno de Alfonsín; otros trabajaron junto con la Unidad Socialista y con los distintos proyectos de creación de una opción de centroizquierda. Hoy son varios los que actúan en el Frente Grande. En todos los casos esas elecciones generaron polémicas y discusiones francas que fueron resueltas -siempre- en el marco de un pensamiento pluralista y tolerante.

Hubo, sí, un doloroso episodio de alejamiento de algunos socios. Ese suceso produjo una conmoción que aún está latente, y en el conjunto de miembros del Club existe la firme esperanza de que algún día se resuelva.

El Club José Aricó es, ante todo, una institución integrada por mujeres y hombres que reivindican su condición de intelectuales progresistas preocupados por



Composite met blauw

impulsar un debate público que la izquierda arcaica no se atrevió o no supo plantear a la sociedad. Por otra parte, en los diez años que transcurrieron desde su fundación se han producido en el mundo transformaciones de tanta magnitud y a tal velocidad que no resulta sencillo interpretar el desarrollo de esos acontecimientos. El derrumbe del comunismo y la severa crisis de la socialdemocracia ponen a prueba al pensamiento progresista que no se conforma con el circunstancial triunfo de un sistema mercantilista cada vez más injusto. La vieja aspiración de bregar por una sociedad que se haga cargo de los derechos sociales de las mayorías postergadas sigue en pie. Y el Club de Cultura Socialista José Aricó, a través de la reflexión, la crítica y la intervención seguirá participando en ese desafío.

Fueron presidentes del Club de Cultura Socialista José Aricó durante estos diez años: José Aricó, Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano, Hugo Vezzetti, Jorge Tu-

la, Juan Carlos Portantiero.

La Ciudad Futura, una revista independiente pero estrechamente vinculada al Club, saluda a todos los miembros de este magnífico y querido grupo.

La Ciudad Futura

Carlos Nino, figura de excepción

En agosto se cumplió un año del fallecimiento de Carlos Santiago Nino. Intelectual brillante y democrática convencido, Nino fue un activo y a la vez silencioso protagonista de la vida política y académica argentina. Como asesor de Raúl Alfonsín, Nino participó en el diseño de la política de derechos humanos del ex presidente. Más tarde, y desde el Consejo para la Consolidación de la Democracia, coordinó la elaboración de numerosos proyectos de reforma institucional. Los más difundidos entre ellos fueron los dictámenes

acerca de la reforma constitucional.

Según Nino, el sistema político argentino padecía los males de (lo que llamaba) el hiperpresidencialismo: concentración de poder en el Ejecutivo; rigidez (en cuanto a la ausencia de "válvulas de escape"); mecanismos de "sumacero" (que incentivaban la confrontación más que la cooperación política), etc. Desde el Consejo, Nino propuso las bases de un sistema institucional alternativo, tendiente a atenuar dicho sistema, para tornarlo más flexible y capaz de enfrentar períodos de crisis. Paralelamente, en agosto pasado llegó a su fin la Convención Reformadora. Ningún convenicional pudo sostener en tal asamblea la lectura de los trabajos de Nino. Sin embargo, el que había sido, seguramente, principal artífice intelectual de la reforma, había quedado ausente de los debates de la misma. Sin lugar a dudas, la presencia de Nino habría salvado a la reforma de algunas de las imperfecciones que hoy, en algunos casos justificadamente, se le atribuyen al nuevo texto constitucional.

Sería incorrecto, de todos modos, resumir la obra de Nino a su trabajo como asesor de Alfonsín. Desde las universidades de Yale, Barcelona o Buenos Aires; desde su activo Centro de Estudios Institucionales (CEI); desde periódicos, revistas jurídicas, numerosos libros; desde las mismas páginas de *La Ciudad Futura*, Nino fue un incansable defensor del ideario democrático. Pocos intelectuales como él unieron la máxima seriedad y rigor académicos, con la calidez, la vocación docente y la cuidada sensibilidad en las exposiciones. En un medio vanidoso, improvisado y plagado de gente poco dispuesta a la reflexión, Nino fue sin dudas un personaje excepcional. Por ejemplo, dejando una más que prometedora actividad profesional para dedicarse de lleno a la actividad académica, consciente de los sinsabores que ésta le anunciaría. O transitando por la vida pública sin enriquecerse ni abdicar a sus ideas. O confiando, casi hasta la ingenuidad y hasta sus últimos días, en el valor de la persuasión y la discusión racional. Nino falleció en 1993, cuando no había cumplido los 50 años. Fue un lujo que no aprovechamos ni recordamos debidamente. □

Roberto Gargarella

Una biblioteca se hace con libros. (No con fotocopias)

Mariano Plotkin. Mañana es San Perón \$24

Mario Margulis y otros. La cultura de la noche \$16

Jorge Castañeda. La utopía desarmada \$28

George Steiner. Presencias reales. \$20

David Rock. La Argentina autoritaria. \$18

Fernando Savater. Ética para Amador. \$12

Fernando Savater. Política para Amador. \$12

Umberto Eco. Obra abierta. \$16

Jean Piaget. Psicología y pedagogía. \$9.80

Jean Piaget. Seis estudios de psicología. \$9.80

Gérard Haddad. Los biblioclastas. \$18

Louis Althusser. El porvenir es largo. \$24

EN TODAS LAS LIBRERIAS

ESPASA CALPE

SEIX BARRAL ARTEL DEUSTO ANAYA DESTINO

POLÍTICA

El riesgo del vértigo

La nave de centroizquierda, que fuera diseñada recientemente a los efectos de emprender la larga y complicada travesía hacia una Argentina más republicana, más justa y más solidaria, ha empezado a recibir pasajeros nuevos: algunos que recién adviene a la política, otros fatigados y decepcionados de recientes experiencias, a la espera todos de que esta vez sean conducidos a buen puerto.

Jorge Tula

No están esperanzados sólo porque se trata de una embarcación flotante, cuya construcción era reclamada después de haber naufragado en otras ya destorillardas de tanto recorrido, sino también por la presencia de conductores nuevos, inteligentes y que se supone capaces para elegir una tripulación apropiada para tan excitante y complicada aventura. No se trata por cierto, esta última, de una tarea fácil: muchos de quienes ofrecen sus servicios exhiben los peregrinios de la experiencia en viajes anteriores y creen que sus viejas brújulas, que siempre les indicaron navegar por un derrotero equidistante de otros que van por el derecho por la izquierda, siguen siendo una guía que los llevará por senderos menos escabrosos para llegar a destino.

Y como siempre está presente la tentación de preferir a viejos navegantes -astutos, pragmáticos y muchas veces despreocupados de los métodos para superar los escollos- antes que aquellos otros que están convencidos de la conveniencia de abandonar el

viejo camino y experimentar por el costado izquierdo, tal como lo indica la brújula ahora modernizada que desde hace años lo acompaña, se corre el riesgo de llegar a un puerto distinto al que se tenía originariamente como meta.

Después de una ardua, complicada e inacabada discusión, como general-

mente sucede cuando se trata de decidir cuáles son las relevancias políticas de la izquierda, centroizquierda es la confluencia de fuerzas

políticas, de centro, con cíderon sumarse a esa preocupación por los valores democráticos y republicanos y por la cuestión social, y de izquierda democrática, que a la vez enfatiza la necesidad de una profundización de la democracia para lograr el mayor grado de igualdad posible.

Estos procesos de realineamientos políticos -empresas de características distintas por la calidad de sus objetivos y por la presencia en muchos casos de expectativas diversas de las fuerzas que intentan este emprendimiento- no pocas veces abortan. Y concurren la gran variedad de elementos para que esto suceda. A veces atenta contra ellos la complejidad de la coyuntura, en otros casos la falta de tradición en experiencias de esta naturaleza; las pretensiones de hegemonía desmedida de alguna de las fuerzas y los personalismos que pocas veces están ausentes

-aunque en ocasiones sólo un liderazgo fuerte e inteligente puede ser el elemento nucleador por excelencia-, también constituyen una traba de consideración. En ciertas circunstancias se manifiesta con mayor intensidad que otras veces y cruza transversalmente a la mayoría de las fuerzas una concepción de la política que tiende a separar el plano de las ideas del ámbito de los procedimientos y que puede llegar a constituirse en la mayor interferencia para el difícil proyecto de que la heterogeneidad ceda el paso siempre que sea necesario a la construcción colectiva.

Esta última tentación, en la que han caído con facilidad populismo e izquierda, insinúa introducirse una vez más con intensidad aún incierta en esta apuesta -que todavía carece de forma definitiva- de conformación de una alianza electoral de centroizquierda. Que ella avance, o no, dependerá de la capacidad de reacción de quienes están convencidos de que los procedimientos tienen el perfume de las ideas que se postulan y que cuando ambos entran en colisión hay que detener provisoriamente, o no, la marcha, confirmar de nuevo el rumbo y acordar una vez más los modos e instrumentos de decisión.

En realidad, estrictamente hablando, en el camino que hemos empeñado a recorrer a los efectos de construir un espacio institucionalizado de centroizquierda, parecen empezar a perfilarse dos problemas de parecida entidad. Por un lado, se observa una tendencia cada vez más marcada a preferir, destacar y otorgar roles de mayor relevancia

cia a las vertientes peronistas que se ubican en el centro político y, por el otro, paralelamente, tal vez haciendo uso de un criterio meramente cuantitativo -que tiene importancia pero que a la vez no deja de ser discutible- la vertiente socialista aparece relegada a desempeñar papeles secundarios, dando la sensación de que son más convocados a ello que pares políticos con los que es conveniente y hasta indispensables discutir estrategias políticas y electorales. Si así fuera se estaría produciendo en buena medida una desvirtuación del sentido originario de esta empresa política que se distingula en cierto sentido por una presencia cultural y política de significación de los valores del socialismo democrático.

Está de más decir que no se trata de subestimar a las fuerzas del centro democrático habitantes de la amplia casa peronista que, preocupadas por la cuestión social, decidieron abandonarla e incorporarse a este proyecto de construcción política progresista. Que estos sectores hayan decidido iniciar una experiencia que tiene poco parentesco político con la que realizaron hasta ahora, tiene un valor en sí. Nunca es fácil abandonar la casa paterna, que ofrece tantas seguridads, y salir a buscar compañías muchas veces inciertas pero a la vez necesarias para iniciar una nueva etapa en busca de los mejores rumbos en la aventura individual y colectiva de la vida. Además tiene un importante valor agregado: erosiona a la alianza de centroderecha de la que formaban parte y posibilita su derrota electoral.

Pero el valor y el entusiasmo por esta conquista debería en todo caso incrementar la necesidad de una significativa presencia de la izquierda democrática, socialista, como una de las garantías sólidas para un discurso de transformación y esperanza. Se trata de una cuestión de principios, por cierto, pero a la vez de un elemento necesario para la construcción de la valla que impide cualquier tipo de decepción que pueda empezar a apoderarse del alma progresista, tantas veces defraudada y por eso mismo tal vez tan

ansiosa, sensible y propensa a las decepciones.

Ahora bien, un espacio de centroizquierda es precisamente eso: la confluencia de fuerzas de centro, con pre ocupación por los valores democráticos y republicanos y ciertamente por la cuestión social, y de izquierda democrática, que reconoce estos valores y que a la vez enfatiza la necesidad de una profundización de la democracia para lograr el mayor grado de igualdad posible.

Sin esta última vertiente, o con ella en un papel notoriamente secundario, se puede correr una vez más el riesgo de reiterar la experiencia de otros partidos democráticos argentinos que no encontraron el camino adecuado para una transformación progresiva. Y, a la vez, frustrar una posibilidad acaso inédita en la vida política de nuestro país.

Las sorprendentes y notables mu-

taciones en el tablero político, que han colocado al Frente Grande en una situación de privilegio para disputar el primer lugar en la próxima contienda electoral, lo sitúa ante dos problemas de gran relevancia política: la dificultad para establecer un criterio de selección de los cuadros políticos que a

corbotones fluyen hacia la nueva fuer-

za política cuyos líderes principales habitaron la misma casa y, además, una cierta tendencia a apostar casi todas las cartas, si no todas, a 1995.

El primero de ellos constituye uno de los grandes temas que no han encontrado hasta ahora resolución por parte de los partidos políticos y cuyo déficit en este sentido los está convirtiendo en instituciones cada vez más distantes de la sociedad. La honestidad y competencia en la función pública no podrían ser practicadas si esos valores no están efectivamente asentados en las conductas individuales. Se trata de uno de los mayores reclamos de la ciudadanía para volver a asignar a la política la condición de disciplina pre ocupada en la búsqueda del bien común. Así las cosas, la exigencia de una comunión entre programa y personal político debería convertirse en un tema excluyente de la agenda política de la alianza progresista. ¿Pero hasta qué punto es posible resolver este problema cuando se trata de una fuerza política casi inexistente que, de pronto, se convierte en polo de atracción irresistible, que necesita imperiosamente de cuadros dirigentes de distinta envergadura y de la conformación de una estructura partidaria acorde con la reso-



Voslandschap

nancia política que tiene en la extensa geografía de nuestro país?

El segundo problema, en gran medida vinculado al primero, no es menor. La posibilidad de ganar las elecciones incita a apostar todo lo que se tiene, y más, al casillero electoral 1995. No se trata, claro está, de un acto de mera negligencia. Las apuestas fuertes, la osadía, constituye un elemento de importancia para lograr éxitos políticos. Pero el proyecto de construcción de un sólido espacio de centroizquierda, a partir de fuerzas endeble y con tradiciones distintas, debe ser también considerado como un objetivo que demanda plazos más largos para ser alcanzados. A la habilidad para comandar procesos de ingeniería política, en estos casos hay que sumarle criterios estratégicos en los que la tarea pedagógica aparece indispensable para la gestación de una nueva cultura política, tal vez la única garantía para que estas buenas intenciones no se conviertan en un mero canto de sirenas. Y la confiada electoral es una ocasión que no debería desprovecharse para iniciar esta acción de pedagogía política de la que hablamos.

La nave de centroizquierda ha empezo a sacudirse en las aguas siempre turbulentas de la política argentina. Nadie, como es obvio, esperaba una travesía tranquila. Pero ha mediado que avancemos en este apasionante y difícil viaje nos encontraremos cada vez más ante alládolos en los que no será fácil encontrar la salida. De nosotros, de todos los que hemos emprendido este viaje, dependerá que sean más los aciertos que las equivocaciones para salir de él. Pero quienes comandan la nave deberán a su vez mantener permanentemente su sensibilidad e inteligencia para auscultar los humores de todos los que se han embarcado. Samuel Johnson decía que la historia de la humanidad es en la mayoría de los casos una narración de proyectos fallidos y esperanzas frustradas. Pero acaso estemos viviendo un momento en que hay que empezar a apostar de nuevo al optimismo de la voluntad. Como decía Gramsci.□

¿Centroizquierda o neoperonismo?

El sorpresivo triunfo del Frente Grande en la Capital en los comicios de abril pasado lo colocó ante compromisos nuevos y complejos, para los cuales no parece estar suficientemente preparado. Esto resulta muy claro en cuestiones que hacen a lo organizativo y lo programático, pero, sorprendentemente, quizás su mayor debilidad se refiera a su identidad política.

Sergio Bufano

E l 10 de abril el Frente Grande irrumpió en la escena política con una fuerza que nadie imaginaba. Los dirigentes quedaron asombrados por la confianza que la sociedad había depositado en uno de ellos. Rientante al Pacto de Olivos que desembocaría en la reforma constitucional, confundida por un internismo desarmado que devoraba al principal partido opositor y también desconfiada hacia una clase política que se encerró en sus propias cápsulas, la sociedad decidió otorgarle un voto de confianza al hombre que aparecía representando valores olvidados por muchos dirigentes: ética, conducta transparente, claridad en el mensaje, oposición al modelo menista.

De la noche a la mañana Chacho Alvarez se convirtió en un obligado referente político, tanto los votantes de Villa Lugano como de los de Recoleta. Sin embargo, un alud de votos de tal magnitud -y de tan variados grupos sociales, económicos e ideológicos- no siempre es un dato positivo, puesto que no necesariamente el depositario está en condiciones de afrontar el com-

promiso que ello representa. A diferencia del justicialismo y del radicalismo, el Frente Grande carece de una estructura organizativa, de experiencia de gobierno y de cuadros capaces de asumir -al menos inmediatamente- la difícil tarea de dirigir un país. Más que un impulso hacia la constitución de una fuerza de centroizquierda, la sociedad parece haber forzado los tiempos políticos que necesitaba el Frente para organizarse como opción. Y al hacerlo lo ha colocado como competidor en una carrera en la cual los obstáculos -por ahora- parecen superar las posibilidades de resolvérselos. Un hombre que aspiraba a ser intendente de Buenos Aires ha sido empujado bruscamente hacia la presidencia de la Nación, con todo el peso que ello implica.

Las responsabilidades que debió asumir inmediatamente en la Convención Constituyente de Santa Fe fueron cumplidas con una lógica prácticamente desconocida para la centroizquierda argentina. Abandonando la tradición testimonial -a pesar de algunos dirigentes que lo acompañaban- guió a su bloque con destreza para obtener un objetivo que a la izquierda nunca le interesó: mejorar la Constitución Nacional.

Pero una vez finalizada la Convención, los tiempos políticos establecidos son tan acuciantes que están obligando al Frente Grande a acelerar su carrera hacia la presidencia. Necesita mostrar un perfil que sea tan creíble como el que mostró en las anteriores elecciones. Necesita los votos de Recoleta y de Villa Lugano, con la nada despreciable salvedad de que ahora tendrá que convencer a esos grupos sociales de que será capaz de gobernar. Ya no se trata de agregar o quitar un artículo de la Carta Magna; ahora hay que administrar a una nación y para eso hacen falta programas, propuestas y

gente idónea para llevarlo a cabo.

Para ello necesita encontrar el perfil político e ideológico que atraiga votos. Ya no alcanzan las definiciones más o menos abstractas que hasta ahora eran suficientes para moverse cómodamente en el difuso océano de la centroizquierda. A medida que se acercan las fechas electorales y que se necesitan mayores precisiones, el discurso debe ser más explícito, más concreto. Más comprometido. Para la intendencia de la ciudad de Buenos Aires no hubiera hecho falta, pero si se aspira a la presidencia de la Nación la lógica de la política es diferente, porque diferentes son los compromisos a asumir.

Y es aquí en donde aparecen algunas reservas, nacidas por las acciones políticas y las declaraciones realizadas por el propio Chacho Alvarez, un hombre totalmente decidido a aspirar "y ganar" la presidencia de la Nación. ¿Vamos a ser testigos del nacimiento de una fuerza neoperonista con influencia socialcristiana? La pregunta surge inevitable cuando Chacho elige a Bordón para presentar el binomio para el '95 y cuando el Frente comienza a actuar como el imán que atrae al peronismo histórico decepcionado por el menemismo de mercado. La reserva que nos planteamos es que el Frente

corre el riesgo de ubicarse en un perfil político que producirá un escenario novedoso, pero no por ello atractivo.

Derecha a izquierda

La aparición en la escena política de Aldo Rico y el Moisés modificó en parte el antiguo escenario del populismo. Una porción de la militancia peronista de la extrema derecha se unió al ex militar, que le ofrecía no sólo una cobertura ideológica más afín con sus convicciones, sino también cargos. Los senadores del Moisés sentados en las bancas de la Cámara bonaerense son justicialistas y ni siquiera han abandonado su partido de origen. Algo similar ocurre con la Cámara de Diputados y por supuesto en los Concejos Deliberantes provinciales, en donde salvo la presencia de algunos ex militares, la mayoría de los representantes del Moisés pertenece al Partido Justicialista. En cuanto a los votantes, ese grupo recogió el apoyo de los sectores más castigados por el plan de ajuste, muchos de ellos antiguos adherentes y militantes -toda vez hoy- afiliados al Partido Justicialista.

El discurso de Rico, en realidad, no ha hecho otra cosa que recoger las viejas banderas del peronismo histórico, hoy abandonadas por el oficialismo.

La inquietud que se pretende plantear en estas líneas es que existen riesgos de que el fenómeno del Moisés pueda repetirse en la franja del progresismo y que el Frente arrastre a una parte de la estructura del justicialismo que -con bagajes, punteros e ideologías- quiera reconstruir el "peronismo auténtico" derrotado en la interna del '88.

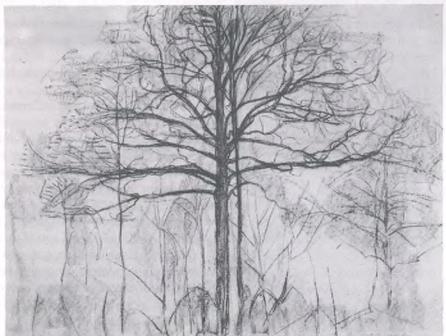
Este riesgo fue reconocido públicamente por Chacho Alvarez en varias oportunidades. No obstante, la decisión de competir por la presidencia más las urgencias que imponen los tiempos electorales han acelerado las necesidades de opción del Frente Grande, tentado ahora de recurrir a un populismo más "moderno" para atraer el flujo de votantes. La alianza con Bordón y la aparente distancia que ha tomado de los referentes socialistas podría estar indicando esta transición. Al mismo tiempo, esa misma urgencia ha obligado a enviar señales a los grupos económicos recurriendo al viejo sistema de valores ideológicos. Sólo así puede entenderse la afirmación de Chacho Alvarez, cuando dice que "el peronismo es la única propuesta que puede darle gobernabilidad al país, porque entiende la lógica de los factores de poder". Si eso es cierto, los temores que aquí se reflejan se verían confirmados.

Con la aguda crisis del radicalismo y con la consibida diáspora de los grupos socialistas, el panorama que podría presentarse en el futuro inmediato -de ser ciertas las inquietudes que aquí se plantean- será monocolor. A la derecha, el Moisés; en el centro (si es que así puede llamársele) el oficialismo y a la izquierda el Frente Grande. Las tres fuerzas reclamando para sí la propiedad del peronismo auténtico.

Este escenario es preocupante para quienes pretendemos que una cultura política socialista y laica juegue un papel más destacado que el que la historia y la ceguera de sus dirigentes le han asignado. □

Nota

¹La Nación, 9/9/94, p.12.



Studie bomen I

El tercero en discordia

Es indiscutible que el Frente Grande y, en particular su líder, Chacho Alvarez, protagonizan de uno de los fenómenos políticos más ricos de los últimos tiempos. Tanto por el amplio apoyo electoral que recibieron, cuanto, fundamentalmente, por la creciente expectativa que en ellos deposita la ciudadanía. Pero quizás sea más apropiado hablar del surgimiento de una nueva oposición que de una propuesta de centroizquierda.

Edgardo Moccia

Hablar de un "avance electoral del centro-izquierda en la Argentina" supone la preexistencia del sujeto en cuestión en un estado más "retasado" de su desarrollo; en este caso sería atribuir indistintamente el de por sí ambiguo calificativo de centroizquierdista, tanto a los componentes orgánicos del Frente Grande como a su inesperadamente masiva clientela electoral. Lo indiscutible es la insinuación de una tercera fuerza que amenaza quebrar la configuración casi bipartidista del mapa electoral argentino; el sentido y la calificación de esa tercera fuerza forman parte de un proceso de definiciones acelerado por la proximidad de los comicios presidenciales. Para examinar esas perspectivas inmediatas puede resultar útil arrancar de la reflexión sobre el significado del éxito electoral del FG, el pasado 10 de abril.

Oposición a qué

Si hay algo evidente es que los votos del Frente Grande fueron votos

de oposición. De manera que los caminos del análisis empiezan a bifurcarse cuando se trata de dilucidar a qué es lo que se oponen los votantes del FG.

Los clásicos enfoques de izquierda tienden a explicar el voto frenista como expresión de la resistencia popular a un modelo socioeconómico al que se define como "salvaje" o "predatorio"; el FG habría irrumpido, entonces, en el juego de contradicciones entre las promesas inclusivas de la democracia y las consecuencias excluyentes del modelo económico.

Resulta difícil sostener este enfoque, por lo menos de modo tan lineal. Lo desmiente enfáticamente la distribución llamativamente pareja de las espectaculares cifras electorales del FG en barrios como Lugano y Recoleta. Así también los estudios motivacionales del voto realizados después de los comicios nos orientan en direcciones explicativas más complejas.

La idea central de estas reflexiones es que existe una distancia poco habitual entre la identidad político-histórica de los afluentes orgánicos del FG, el imaginario de su heterogénea militancia y las expectativas de sus votantes. Aun con marcadas diferencias en cuanto al volumen del hecho y al signo ideológico de sus actores, puede hacerse una analogía con las últimas elecciones italianas, en las que una coalición conservadora con importantes núcleos de identidad fascista capturó un voto apolítico y/o antipolítico de fuerte contenido ético, de cансancio moral hacia las dirigencias tradicionales. Cuando nos preguntamos, entonces, a qué se opone el FG, es necesario descomponer el análisis de manera de dar cabida por igual al sentido de oposición al modelo, que existe, sin duda, en parte de la dirigencia promotora y en el grueso de su militancia, y a otro variadísimo conjunto de motivaciones que condujeron a la votación masiva a sus candidatos.

El Frente, el pacto y la oposición

En términos más o menos inmediatos, los antecedentes del FG son, por un lado, el Frente del Sur, coalición de sectores recientemente escindidos del peronismo con un discurso fuertemente nacional-populista reivindicativo del mito de origen peronista, unido con el PC tradicional y otros grupos aun menores de la izquierda más o menos clásica, alrededor de la candidatura a Senador Nacional de Pino Solanas en 1992 y, por otro lado, el Fredejuso, alianza centroizquierdista entre el ex "grupo de los 8" de peronistas disidentes con sectores de centroizquierda. A estos dos afluentes se agrega el concurso de diversos gremios conducidos por figuras del sindicalismo peronista "combativo".

Lo anterior es necesariamente esquemático y aproximativo ya que los motivaciones, como suele suceder en la izquierda, se desenvuelven hasta el infinito. Desde el punto de vista de las identidades políticas que confluyen hay, sin embargo, algunas cuestiones relevantes. Por un lado es el reagrupamiento (o el "rediseñamiento", si cabe el neologismo) de los sectores escindidos del peronismo tras el venal menemista; por otro está la variedad de átomos poscomunistas resultante de la crisis del "socialismo real". Pero aun hay algo más que no siempre es tenido en cuenta: es la sumatoria parcial de sectores de izquierda democrática desilusionados por la frustración de las esperanzas en la gestión de Alfonsín, que podría acrecentarse en la perspectiva de nuevas y amplias alianzas hacia el 95.

Pero no se trata de tres "bloques" sino de tres orígenes, cada uno de los cuales puede analizarse en sus múltiples ramificaciones. Dentro de las fuerzas de origen peronista va apareciendo una línea de fractura entre quienes consideran los orígenes del peronismo como mero dato histórico y los que procuran recuperar sus "contenidos

originales".

En la izquierda clásica puede hablarse, siempre con algo de esquematismo, del divorcio entre quienes reivindican la tradición revolucionaria anticapitalista procurando criticar sus deformaciones burocrático-autoritarias y aquellos que se inclinan por reconocer la vastedad del derrumbe y reconstruir una identidad casi totalmente despojada de conexiones con ese pasado.

Pero paralelamente se observa otro fenómeno en la sociedad argentina, sin cuyo concurso la unidad electoral de tan variado conglomerado político habría sido poco más que una anécdota. Hablamos del desenlace del audaz operativo político reeleccionista elaborado casi desde el momento de la asunción de Menem, en 1989. Colocado contra las cuerdas desde el estallido hiperinflacionario de 1989 y a la vista de las declinantes performances electorales de la UCR, Alfonsín acepta la firma de un pacto político con Menem. El pacto alumbró una nueva realidad política en la medida en que la aceptación de la clásica reelecciónista por la UCR generó en el imaginario social la sensación de declinación de su rol de oposición.

Espacio de oposición vacío y reagrupamiento del "centroizquierda" no son suficientes para explicar el éxito del FG. ¿Por qué los votos del hastío al pacifismo (y/o a la "política") debían ir a parar a un frente que tenía por principales candidatos a ex peronistas, para muchos sospechosos de tentaciones de regreso en mejores momentos, y a expresiones de izquierda históricamente radicadas de la simpatía popular? ¿Por qué canalizar el voto "contra la política" a una fuerza tradicionalmente hiperpoliticizada como la izquierda? Con esos elementos de juicio, bien hubiera podido preverse un giro electoral hacia la derecha -liberal o "carapintada"-, lo que por otra parte no hubiera sido novedad en la política argentina.

El elemento que se sumó fue el, primer paulatino y luego brusco, giro discursivo operado en los comunicadores principales del FG. Paralelamente a una cada vez más exclusiva identifi-

cación del Frente con la figura -de indiscutible capacidad mediática- de Chacho Alvarez, se va desarrollando un cambio de lugar de enunciación política por parte de éste. Cambio de destinatarios, cambio de adversarios y cambios de mensaje..

Los destinatarios de la propuesta del FG (*¿o de Alvarez?*) ya no son principalmente "los afectados por el modelo de exclusión social desarrollado a favor del desmantelamiento del Estado y la transnacionalización de la economía", como en el discurso clásico de la izquierda y del "peronismo verdadero" sino, ante todo, "los ciudadanos", los que sufren "cansancio moral" por la corrupción, el autoritarismo y la estética frívola y triunfalista de sectores muy visibles del gobierno. Una reacción que no pudo expresarse cuando el radicalismo, aún en crisis, conservaba el monopolio del lugar imaginario de la oposición en la Argentina.

Este despuntar de una nueva identidad, de desarrollo por cierto problemático, corre paralelo al surgimiento de una suerte de "antítesis" política muy sesgada generacionalmente. Frente al acuerdo de la "vieja clase política" representada por Menem y Alfonsín, surge una nueva generación por ahora no comprometida -ante el grueso de la opinión pública- con los recursos más cuestionados de la política. Los movimientos enderezados a la alianza Alvarez-Bordón-Storani parecen hacerse cargo de esa interpretación.

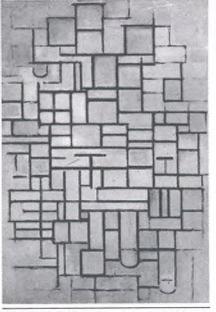
convertibilidad- y concentración en un discurso opositor de carácter "ético-cultural".

Por todo lo dicho parecería más atinado hablar del surgimiento provisorio de una nueva oposición o de una tercera fuerza electoral que del "avance electoral del centroizquierda". Y es más atinado porque no se trata tanto del resurgir de una identidad política preexistente como de la aparición de una "protoidentidad", nacida por decantación de experiencias frustradas en combinación con el desencanto respecto del actual estado de la cultura política en el país. Es pensable como reacción social a la irrupción de la estética frívola y triunfalista de sectores muy visibles del gobierno. Una reacción que no pudo expresarse cuando el radicalismo, aún en crisis, conservaba el monopolio del lugar imaginario de la oposición en la Argentina.

Este despuntar de una nueva identidad, de desarrollo por cierto problemático, corre paralelo al surgimiento de una suerte de "antítesis" política muy sesgada generacionalmente. Frente al acuerdo de la "vieja clase política" representada por Menem y Alfonsín, surge una nueva generación por ahora no comprometida -ante el grueso de la opinión pública- con los recursos más cuestionados de la política. Los movimientos enderezados a la alianza Alvarez-Bordón-Storani parecen hacerse cargo de esa interpretación.

Las perspectivas

Estamos ante un gran "malentendido": las circunstancias políticas, el estado de ánimo de la ciudadanía y un liderazgo sensible e inteligente convirtió al Frente Grande de una más de las alquimias electorales producidas por la izquierda en una alternativa real de gobierno en la Argentina. El "tercero en discordia" acaba de aprobar satisfactoriamente su primer examen público: la Asamblea Constituyente. Primó la madurez política por sobre los intentos de producir "testimonios éticos", abandonando las sesiones y el FG dio una contribución no pequeña al contenido de la Reforma.



Composición N°6

Acaso la suerte del Frente Grande se juegue en la capacidad de su dirección de interpretar el sentido de las expectativas que sobre él deposita una parte -creciente, según las encuestas- de la sociedad. Es cierto que las demandas políticas y sociales pueden ser no sólo receptadas sino también creadas; pero el discurso político no opera sobre una tabla rasa como sugiere cierta tradición voluntarista abundante en la cultura de izquierda. Convertir la demanda social en propuesta política apela para guiar una acción de gobierno y hacerlo en los tiempos que dramáticamente impone el calendario electoral no parece ser una tarea fácil.

Además de los obstáculos exteriores -que no son pocos- hay que contar con las complejidades que suma el intrincado damero político que constituye la estructura del Frente. Se trata de una fuerza más preparada para la propaganda que para el gobierno, para la consigna que para la propuesta, para la denuncia que para el estudio de soluciones. Los traumas ideologistas de cierta izquierda se muestran con toda su fuerza: hay todo un contingente de censores ideológicos prestos a señalar las inconsecuencias de sus líderes y a denunciar su oportunismo.

De acá en adelante están en juego dos grandes maneras de pensar el juego político. Uno, tributario de los esquemas clásicos de la "acumulación de fuerzas para el poder", reivindica y convoca en su auxilio la mística del pasado combativo del peronismo y de la izquierda con toda su carga iconográfica. El otro engrabla la construcción de una identidad acorde con los tiempos, interpela a la ética, a la estética, a la credibilidad social sustentada en propuestas puntuales de reformas.

El juicio sobre los enfoques en pugna se bifurca según se quiere una izquierda como agente eficaz para drásticas transformaciones contra el capitalismo o una fuerza capaz de equilibrar el sistema político limitando las manifestaciones más groseras de la embriaguez del poder y apuntando a desplegar formas participativas y más democráticas de hacer política. □

Ballottage y sistema de partidos

¿Acaso es el ballottage de Olivos un incentivo para las alianzas?

De la próxima aplicación en Argentina de la doble vuelta electoral a la francesa (*ballottage*) se habla casi exclusivamente en clave coyuntural, sobre el impacto que tendrá en las próximas presidenciales del 14 de mayo.

En general hay coincidencia en afirmar que se trata del talón de Aquiles de la reelección de Carlos Menem. La introducción del *ballottage* representaría así una "conquista" política de la oposición. Poco o nada se ha dicho, en cambio, acerca de su probable influencia sobre el funcionamiento institucional y el comportamiento de los actores políticos.

Franco Castiglioni

Lo que pretendemos aquí es aportar elementos para el debate en torno al doble turno, tomando en cuenta su peculiar variante criolla y la constitución de mayorías electorales que del mismo podrían derivar. Queremos, en otras palabras, contestar las siguientes preguntas: ¿en qué condiciones el *ballottage* es la mejor fórmula para garantizar la gobernabilidad de las democracias presidenciales con multipartidismo es el de Ecuador y solamente desde 1979.

El multipartidismo, vale recordarlo, está asociado con viejas y nuevas fracturas sociales, culturales y ideológicas. Muchos partidos, a su vez, perduran a la superación de los mismos clivajes que les dijeron vida. Además, la presencia dominante en América Latina de sistemas electorales de representación proporcional, diseñados para proteger a las minorías, nutren la existen-

no se introduce en un vacío político sino que se inserta en una determinada cultura que puede poner obstáculos a su implementación.

Presidencialismo y multipartidismo

Hay un significativo acuerdo en la ciencia política acerca de que las democracias presidenciales enfrentan problemas de gobernabilidad cuando la mayoría presidencial no coincide con la mayoría legislativa, sobre el argumento ha escrito Giovanni Sartori, más específicamente en referencia a América Latina, hay que rescatar en particular los trabajos de Scott Mainwaring de Arturo Valenzuela). En estos casos el Ejecutivo puede ver bloquedas u atrapado por una mayoría opositora en el Congreso, situación que agrava las tensiones naturales entre estos dos poderes del Estado. La existencia de un partido de gobierno conflictivo y dividido, o de un parlamento políticamente fragmentado, con un Ejecutivo minoritario, ponen la acción de gobierno al borde de la parálisis. Según Mainwaring, de treinta y una democracias estable en el mundo -que han durado más de 25 años consecutivos- sólo cuatro están regidas por sistemas presidenciales. Pero ninguna de estas combina presidencialismo y pluripartidismo. El más antiguo caso de democracia presidencial con multipartidismo es el de Ecuador y solamente desde 1979.

El multipartidismo, vale recordarlo, está asociado con viejas y nuevas fracturas sociales, culturales y ideológicas. Muchos partidos, a su vez, perduran a la superación de los mismos clivajes que les dijeron vida. Además, la presencia dominante en América Latina de sistemas electorales de representación proporcional, diseñados para proteger a las minorías, nutren la existen-

cia de numerosos partidos en la arena política.

Pero si la combinación entre presidencialismo y un sistema multipartidista es por lo menos conflictiva, sus efectos son mayormente paralizantes cuando al multipartidismo se asocian culturas políticas movimientistas reacias a la cooperación y fracturas sociales que limitan el margen para los acuerdos políticos y la colaboración entre Ejecutivo y Congreso.

El presidencialismo, a diferencia de los gobiernos parlamentarios (donde el pluripartidismo es canalizado a través de gobiernos de coalición sostenidos pormayorías parlamentarias), no tiene instrumentos institucionales para superar situaciones de parálisis como las que se presentan cuando el Ejecutivo no cuenta con su propia mayoría parlamentaria. Ello implica frecuentemente que la salida de la *impasse* sea la concentración de poderes en la presidencia (el gobierno por decreto o plebiscitorio), las reformas constitucionales para aumentar el poder legislativo del presidente y en el extremo la disolución del Congreso *suspensi*ón militar. El "descriterismo" característico de las nuevas democracias latinoamericanas aparece así más como producto de la debilidad política del presidencialismo que de su fortaleza institucional.

Con esto no queremos afirmar que las formas institucionales determinan automáticamente las prácticas políticas. Hay conflictos que no parecen solubles, en el corto plazo, cualquiera sea el marco institucional democrático. Sin embargo, donde existe voluntad entre los principales actores políticos, aun en contextos multipartidistas, de llegar a compromisos, es esperable que ciertos arreglos institucionales puedan facilitar mejor que otros tales tendencias.

Multipartidismo y *ballottage*

Curiosamente, para enfrentar el problema de los presidentes débiles las nuevas constituciones latinoamericanas de los años 80 han incluido el sistema del doble

turno para las elecciones presidenciales, con el objetivo de asegurar apoyo mayoritario al presidente. La evidencia, sin embargo, es que los sistemas de doble vuelta están asociados a sistemas multipartidistas (esta relación ha sido estudiada en general por Maurice Duverger; para América Latina hay que remarcar el reciente trabajo de Matthew Shugart y John Carey y los estudios de Mark Jones). Por el contrario, hay una alta correlación entre los sistemas electorales a mayoría simple, donde ganan quienes

obtienen más votos, y la existencia de bipartidismo. El remedio, por lo tanto, no puede asegurar que cure la enfermedad. Si existe una fuerte tendencia a la fragmentación política en una sociedad, probablemente el sistema de doble turno no haría otra cosa que producir minorías y agravar los problemas de gobernabilidad.¹

Con el *ballottage* hay un incentivo en los dirigentes a multiplicar la oferta política y presentar todas las corrientes y candidaturas en el primer turno con la esperanza de llegar a la segunda vuelta. Los electores se guían por el voto "sincero" (cada uno opta por el candidato que más desea), mientras en el segundo turno optan en forma estratégica entre quienes quedaron en condiciones de competir. Es su segunda mejor opción. No la primera. El *ballottage* fotografía en el primer turno un amplio pluralismo (un censo de las preferencias) y luego agrega los votos de forma mayoritaria en torno a un candidato.

Peró el amplio pluralismo aludido tiene generalmente como consecuencia que los legisladores del partido del neo-presidente se encuentren en minoría en el parlamento. Caso extremo, en este sentido, ha sido el de Perú, en 1990, donde Fujimori obtuvo 62,5 por ciento de los votos en el *ballottage* pero sus partidarios en el Congreso, elegidos en el primer turno, llegaron a ocupar sólo 17 por ciento de las bancas. Es interesante notar que en los casos experimentados de *ballottage* en América Latina, a diferencia de Francia (donde por otro lado los parlamentarios

son elegidos con doble turno uninominal, lo que torna verosímil para el presidente la obtención de mayoría parlamentaria. Sobre la reforma gaullista ha escrito el italiano Stefano Bartolini, no ha habido entre el primero y el segundo turno, por parte de los dos candidatos presidenciales, una apelación a las fuerzas minoritarias a construir alianzas programáticas. Por el contrario, la convocatoria se dirigió directamente al "pueblo" pasando por encima a los partidos. A posteriori, la consecuencia fue no contar con base parlamentaria suficiente para ejercer el propio mandato.

Vuelve entonces el problema de los presidentes débiles que se pretendía subsanar con la introducción del doble turno. No son ya presidentes minoritarios con minoría en el Congreso -como en los aquellos casos de sistema a mayoría simple con multipartidismo como en Venezuela a partir de 1993- sino jefes de Estado con legitimidad mayoritaria pero con minoría en el parlamento. Líderes estos que, como señala Valenzuela, por haber obtenido un voto abrumador en la segunda vuelta, tienen que "encarnar las aspiraciones de toda la ciudadanía", olvidando que en realidad nunca fueron la primera opción de los electores. Esles los hace creer que son poseedores de legitimidad suficiente para superar su debilidad parlamentaria a través del recurso a la emergencia y al "descriterismo".

La ventaja del *ballottage* argentino

El sistema de doble turno diseñado en el Pacto de Olivos y refrendado por la reforma constitucional, es suficientemente peculiar como para parecerse más a un sistema de pluralidad simple atenuado que al *ballottage* hasta aquí descrito (de la aplicación mitigada del sistema de pluralidad ha escrito con anterioridad Natalio Botana). Al doble turno se podrá acceder sólo en caso de que ninguna fuerza obtenga 45 por ciento de los sufragios o una cifra menor, con un piso de 40 por ciento, y, lo que es más importante, una diferencia superior a 10 puntos de su seguidor inmediato. Sugestivamente parecido al sistema electoral de Costa Rica, sin embargo, el doble turno argentino, por la diferencia de 10 por ciento sobre el segundo, tiene como ventaja que no podría verificarse una situación en la que un candidato obtu-

viera la presidencia con 40 por ciento de los votos, con su seguidor ubicado en 39 por ciento, lo que daría lugar a un probable cuestionamiento del mandato presidencial. El piso de 40 por ciento es suficientemente importante como para dar al presidente, si bien no una legitimidad mayoritaria, sí una importante base parlamentaria -las elecciones presidenciales "arrastran" simultáneamente el voto para congresales para poder gobernar en el Congreso a través de alianzas con partidos minoritarios, mientras la diferencia arbitraria, pero igualmente sustancial, de 10 puntos ofrecen mayores garantías de inquestionabilidad a la victoria del candidato mayoritario.

En otras palabras, el *ballottage* argentino está en un camino intermedio entre un sistema de doble vuelta y un sistema de mayoría simple: no puede evitar el caso de una presidencia débil -si todos los partidos están por debajo de 40 por ciento y se debe recurrir al doble turno con lo que surgiría un presidente mayoritario con minoría en el Congreso- pero tampoco *incentiva*, como el *ballottage* tradicional, la formación de minorías en el primer turno. En efecto, la posibilidad de evitarse el doble turno llegando a 40 por ciento, y al mismo tiempo la necesidad de colmar el *gap* mínimo de 10 puntos de diferencia con el primer para poder acceder al *ballottage*, debería incentivar a los dirigentes de las principales fuerzas políticas a formular alianzas antes del primer turno, para obtener la victoria o para poder aspirar a la segunda ronda.

El *ballottage* argentino podría constituirse, en este sentido, en un importante estímulo a crear coaliciones políticas-programáticas entre fuerzas afines y, por parte de los electores, a concentrar sus votos en dos grandes fuerzas en la primera vuelta, con la posibilidad de asignar al vencedor un porcentaje cercano a la mayoría absoluta.

¿No es éste un incentivo al bipartidismo? Lo es en alguna medida, aunque, en situaciones en las que ya existen terceras fuerzas emergentes o consolidadas, el sistema debería tender más bien al bipartidismo. Tendría, es decir, hacia un sistema de partidos constituido en torno a dos polos (o alianzas) que para poder vencer deben buscar apoyos en el centro del espectro ideológico. Si fuerzas políticas

cas relativamente afines compitieran en la misma franja del electorado podrían perjudicarse entre ellas (ninguna llegaría a 40 por ciento o quizás tampoco a superar el *gap* de 10 puntos para llegar al *ballottage*), favoreciendo de esta manera al adversario.

En presencia de alianzas, el elector optaría en forma "racional": se dirigiría hacia el voto "util" en la primera vuelta, puesto que ese voto confluiría sobre una de las dos alianzas en juego. En cambio, en un escenario donde competirían tres o más partidos, y no se produjeran alianzas entre ellos, el votante esperaría sacar un voto "sincero" o de "identidad". La fragmentación sería así funcional al partido que obtuviera más de 40 por ciento de los votos, aunque podría también dar lugar a las características situaciones de presidencias débiles.

En definitiva, considerando la decisión tomada por los firmatarios de Olivos de abandonar el sistema de elección a través de la junta de electores, que requería siempre la mayoría absoluta de los mismos para designar al presidente, el *ballottage* finalmente disarcenó parcialmente el sistema presidencial, para incentivar alianzas en las difíciles condiciones de multipartidismo que, como se dijo, son las más conflictivas para las democracias presidenciales. Pero los incentivos implícitos al bipolarismo en la

reforma constitucional apenas aprobada, no se limitan al *ballottage*. La incorporación de un tercer senador por la minoría, debería tender en el largo plazo a generar incentivos para la división en dos campos políticos, que incluyerían las fuerzas provinciales. En este sentido, también la institución del Jefe de gabinete abre la oferta de recursos políticos para la negociación dentro de las alianzas, un problema tradicional de los sistemas presidenciales donde se compete por un solo cargo de mandato temporal fijo. Aunque ese ministro coordinador no tiene los poderes previstos en un sistema semi-presidencial, puede constituirse, si el presidente está dispuesto a ceder parte de su poder, en una moneda de cambio en una coalición.

No obstante, aunque en las democracias presidenciales es más difícil garantizar la lealtad de los aliados al Ejecutivo (éste tiene legitimación popular), hay intentos en algunos países de nombrar gobernios multipartidarios. En la Argentina contemporánea, no hay experiencia de gobiernos de coalición: quienes ganaron lo hicieron por mayoría, sin necesidad de recurrir a negociaciones en la junta de electores. Pero aun cuando han sido ofrecidos ministerios a políticos provenientes de otras fuerzas, fueron efectuados sólo sobre bases individuales, al margen de cualquier alianza partidaria y programática.

Reflexiones finales

Aunque parece superfluo recordarlo, esta construcción institucional no necesariamente tendrá una influencia directa sobre las prácticas políticas inmediatas. La ingeniería política ha demostrado más de una vez no poder modificar patrones de comportamiento, sino después de un largo período de aprendizaje. La baja propensión a la negociación de acuerdos entre partidos no será necesariamente eliminada por la de los institutos políticos. Pero por ser "incentivos", estos arreglos institucionales, en particular este *ballottage*, podrán cooperar en favor de tales cambios culturales necesarios para que la democracia presidencialista no se bloquee ante fenómenos de fragmentación política.

Peró en un país donde ni siquiera está asegurado el respeto a las reglas (como



Chrysanthemum, 1921

demuestra el desconocimiento de hecho por parte del gobierno a la cláusula de no reelección prevista por la Constitución de 1853, que fue siempre considerada "proscriptiva", no se puede descartar a priori que un determinado resultado electoral sea "cuestionado" políticamente. Por ejemplo, en el caso de que en la primera vuelta el Partido Justicialista obtuviera 40 por ciento frente a un seguidor que alcancara 30 por ciento, la "cultura mayoritaria" de la que el peronismo es portador (no podría quizás llevarlo a desconocer la legalidad del *ballotage*, apelando a su legitimidad mayoritaria y agitando el fantasma de una nueva "proscripción"?). Sería demasiado ingenuo pensar, acaso, que el justicialismo pudiera apelar a cualquier medio para tratar de imponer como definitiva su victoria parcial, planteando que con diez puntos de ventaja no hay necesidad de segunda vuelta? Esta posibilidad podría, además, encontrar eco en algunos sectores de la sociedad para quienes sólo gana "el que obtiene más votos", rechazando las negociaciones electorales por considerarlas "espurias".

El justicialismo se opuso histórica-

mente al *ballotage*. Por el contrario sostuvo reiteradamente la elección a simple pluralidad y la eliminación de la junta electoral (Constitución de 1949): para el PJ el colegio electoral da lugar a negociaciones que podrían llevar al gobierno al candidato perdedor, situación "que sería vivida por el pueblo como un intento de frustrar la voluntad colectiva expresada en los comicios" (así lo describió uno de los principales negociadores justicialistas en la Convención Reformadora, Alberto García Lema). Su rechazo al *ballotage* tradicional tiene origen tanto en su objetiva dificultad de obtener la mayoría absoluta como en su fundado temor a la formación de circunstanciales alianzas de carácter antiperonista.

Lareciente reforma constitucional, por

Si bien el justicialismo y el radicalismo han iniciado un sorprendente camino de cooperación, ambos deben ahora enfrentar un escenario político inédito: la formación de un sistema multipartidista a partir del surgimiento de una tercera fuerza, el Frente Grande, que proclama convertirse en eje de un polo opositor "transversal" a los dos partidos tradicionales.

enricular un sistema institucional que no pusiera en juego el bipartidismo que, aunque stenido por la presencia de las fuerzas provinciales, parecía haberse consolidado durante la última década. A la vez que se incentivaba el bipartidismo se abría para la UCR, gracias al *ballotage*, la chance de devencer en una eventual segunda vuelta. De otra manera, el triunfo en las urnas en un único turno era percibido por el radicalismo como improbable, mientras se descartaba como "impracticable" la vía de obtener la presidencia a través de alianzas en la junta de electores o su eventual remplazo por un sistema de elección presidencial en segunda vuelta por parte del parlamento, como en Bolivia actualmente y en Chile hasta 1973, sistema nunca tomado en consideración por radicales y peronistas. Aceptadas la supuesta "ilegitimidad" de la junta de electores y la tajante oposición justicialista al *ballotage* mayoritario, junto al inevitable rechazo radical a resignarse a la pluralidad simple, el resultado de la negociación fue el sistema de segunda vuelta finalmente refrendado en Santa Fe.

Si bien el justicialismo y el radicalismo han iniciado en la Convención Reformadora un sorprendente camino de cooperación, reduciendo el margen de desconfianza entre los dos partidos, am-

bos deben ahora enfrentar un escenario político inédito: la formación de un sistema multipartidista a partir del surgimiento, luego de las elecciones del 10 de abril, de una tercera fuerza, el Frente Grande, que proclama convertirse en eje de un polo opositor "transversal" a los dos partidos tradicionales. Situación novedosa para una elección presidencial directa donde seis de sus 24 distritos electorales (Buenos Aires, Capital, Santa Fe, Córdoba, Mendoza y Entre Ríos) concientan 75 por ciento del cuerpo electoral, lo que relativiza el peso de los partidos provinciales de centro-derecha como potenciales aliados, tanto del PJ como de la UCR.

Son entonces dos los nudos que deberá enfrentar el sistema político argentino en la perspectiva de consolidación de la democracia. Por una parte, el problema de la lealtad del justicialismo a las nuevas reglas del juego a las que contribuyó a crear, en particular de frente a un nuevo escenario en el que emerge una tercera fuerza. La solidez de la sociedad civil estará puesta a prueba, lo cual constituye una incógnita para la democracia argentina. Paralelamente, la necesidad de aprendizaje y adaptación de las prácticas políticas a los cambios institucionales. Los incentivos puestos por el *ballotage* a la conformación de alianzas que tiendan a una suerte de bipolarismo no serán probablemente de efecto inmediato. Pero, en el mediano plazo, la suerte de la gobernabilidad dependerá también de cómo el presidencialismo podrá medirse con el multipartidismo sin que se presente el fantasma de las presidencias débiles. □

Nota

¹ En los casos donde el sistema a simple pluralidad de votos se asocia a un presidente mayoritario (el más notable es Costa Rica, donde el *ballotage* se activa sólo si ningún candidato obtiene 40 por ciento de los suffragios), esa mayoría de apoyo al presidente ha sido obtenida sobre la base del bipartidismo o de un multipartidismo muy moderado. En una elección a turno único es esperable un comportamiento político de parte de los dirigentes tendiente a definir sus chances dentro de dos grandes partidos porque se compite por el premio mayor, la presidencia, en una sola vuelta. En el electorado, a su vez, es esperable el recurso al voto "racial", es decir, a aquél que privilegia la opción "útil" a la dispersión.

¿Coalición centroizquierdista en Argentina? Una mirada al caso chileno

Concluido el proceso de reforma constitucional y frente a las elecciones presidenciales que, según parece, tendrán lugar el 14 de mayo próximo, los partidos argentinos se preparan a afrontar sus desafíos con las nuevas reglas de juego. En no pocos ámbitos se ha hipotetizado sobre la factibilidad de una coalición o convergencia de carácter progresista para enfrentar al menemismo. La reciente presentación de planteos y propuestas comunes -fruto del debate de sus respectivos equipos de asesores- por parte de Chacho Alvarez, Bordón y Freddy Storani no hizo más que atizar el debate sobre las perspectivas del ya de por sí volátil escenario político argentino.

Sebastián Etchemendy

ballotage convencional, donde para ser ungido presidente en la primera vuelta hay que superar necesariamente el 50 por ciento de los votos.¹

De este modo, si la teoría dice que el *ballotage* permite realizar a cada ciudadano un voto de "identidad" y expresar sus preferencias en la primera vuelta, para realizar en la segunda un voto táctico o votar "a contrario", este esquema se relativaiza con nuevas nuevas reglas de juego, ya que las posibilidades de que la elección no pase del primer turno se acrecientan notablemente. Sobre todo si se mira el panorama político argentino con las elecciones del pasado 10 de abril en la mano, donde el peronismo se halla a sólo tres puntos del 40 por ciento, lejos del radicalismo y el Frente Grande.

Entonces, considerando las dificultades para alcanzar el doble turno, deberá haber suficientes incentivos para la formación de coaliciones electorales. La posibilidad de una alianza de centroizquierda en Sudamérica obliga a mirar el ejemplo chileno, donde gobierna una coalición progresista desde 1990. Raúl Alfonsín suele repetir la conveniencia de seguir un modelo "a la chilena". También Chacho Alvarez ha expresado que el de Chile puede ser un ejemplo a tener en cuenta. En ambos países, la posibilidad de una coalición de este tipo se da a partir de un gobierno que estabilizó la economía y contuvo la inflación después de un duro ajuste. A priori, la posibilidad de realizar una política con un perfil de mayor contenido social cuando -probablemente- lo más duro ya ha pasado, puede ser un aliciente para que grupos opositores progresistas se junten para impulsar el cambio.

Sin embargo, desde nuestra perspectiva, el ejemplo chileno no nos permite ser muy optimistas, si es que consideramos deseable una alianza como la que mencionamos. Efectivamente, tenemos que recordar que en el

NOVEDADES

del Fondo de Cultura Económica

Olivier Mongin
El miedo al vacío

George Couffignal
Democracias posibles. El desafío latinoamericano

Alain Touraine
Crítica de la modernidad

Sociedad Nº 3
Revista de Ciencias Sociales

Luis Maira y Guido Vicario
Perspectiva de la Izquierda latinoamericana. Seis diálogos

Martin Buber
Eclipse de Dios

Encuéntrenlos en las buenas librerías y en
Fondo de Cultura Económica
Suipacha 617 - Tel. 322-0825/9063/7262
y en nuestro stand en la 20 Feria del Libro



país trasandino operan -y operaron en el pasado- poderosos incentivos a la coalición que en Argentina no están presentes.

En primer lugar, existía en Chile en 1989 (y persiste en la actualidad) una derecha electoralmente fuerte ligada al pinochetismo y a su herencia autoritaria. Renovación Nacional es la heredera del Partido Nacional, que en la década del 60 unió a conservadores y liberales, partido que brindó numerosos cuadros a la dictadura, aunque muchos de sus dirigentes actuales cuestionan las aristas más representativas del autoritarismo. La UDI, el otro principal partido de derecha, reivindica a su vez los aspectos más duros del régimen de Pinochet y tiene cierta llegada a los sectores bajos. Sumados a la Unión de Centro Centro, del empresario derechista Javier Errázuriz, estos partidos se alzaron en las elecciones municipales de 1992 con casi el 40 por ciento de los votos.

El considerable caudal electoral de una derecha hasta ahora comprometida con los aspectos institucionales más autoritarios del régimen anterior, como ser la inamovilidad de los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas o los senadores designados, hace casi imprescindible la unión de las fuerzas progresistas que intentan democratizar a Chile. En la Argentina no se da una situación análoga, ya que, aun teniendo en cuenta las tendencias autoritarias en el menemismo, el Partido Justicialista, hipotético rival de la coalición progresista en Argentina, no cuestiona los aspectos esenciales de las reglas de juego democráticas. Por ende, una coalición en su contra no resulta vital para la supervivencia y la forma misma de reglas de juego del sistema. Para decirlo en términos más simples, en Argentina, después de la reforma constitucional, quizás por primera vez en su

historia moderna, para bien o para mal hay un marco de reglas de juego legitimado por las fuerzas políticas. En Chile, esas reglas de juego, y su carácter democrático, son un ingrediente fundamental de la disputa política.

En segundo lugar, si pensamos en una coalición bajo una forma de gobierno presidencialista, tenemos que resolver el problema principal que la dificulta. Como ha sostenido Juan Linz, la existencia de un "premio invisible", como es la presidencia, cuya ganador

se lleva todo o casi todo, obstruye en gran medida las posibilidades para un entendimiento entre los partidos. ¿Cómo se resolvirá este problema en el Chile de la transición? La respuesta es simple: la situación de debilidad de la izquierda provocó que renegara con realismo la presidencia, a cambio de una posición importante en la coalición de gobierno.

Consideremos las dos tendencias en posición de pelear la presidencia de una coalición progresista en Chile, el centro y la izquierda, que históricamente se alzaron con aproximadamente un tercio de los votos cada una. Para empezar, la izquierda estaba hacia 1989 fuertemente dividida. Y dividida dos veces. Por un lado el Partido Comunista y otros grupos menores no integraron -y no integran- la Concertación por la Democracia, aunque en 1989 llamaron a votar por Aylwin mientras presentaban candidatos parlamentarios propios.

La segunda división en la izquierda no era ya entre sus dos principales partidos aliados en 1973, sino en el seno mismo de uno de ellos, el Partido Socialista, dividido entre el sector moderado del PPD plenamente identificado con la Concertación y el sector almeystista, que para llevarse los dos escenarios del distrito, la fuerza política victoriosa debe doblar en cantidad de votos al segundo.

Para decirlo en términos esquemáticos, esta coalición que había sufrido los golpes más duros de la represión, se tradujo en cifras: En las elecciones parlamentarias de 1989 rondó, sumando las fracciones socialistas y el PC, un 25 por ciento, bien lejos del 36,2 por ciento de 1970 y, aun más, del 43 por ciento de las parlamentarias de 1973.

Si en Chile uno de los dos componentes principales de la coalición estable tan debilitado que resignó la presidencia -aunque en los últimos comicios sólo lo hizo después de elecciones internas-, en Argentina ocurre lo contrario, los dos integrantes de nuestra hipotética coalición tienen razones ostensibles para reclamar la presidencia. Por un lado las encuestas dan al Frente Grande en ascenso después de su muy buena elección el 10 de abril último y además tiene dos candidatos ya casi decididos como Chacho Alvarez y Bordón, el primero de ellos dueño de un fuerte impacto en la opinión pública. El radicalismo se halla sumido en una crisis y no tiene un candidato definido, pero posee aquello de lo que el Frente Grande carece: poder institucional. La UCR, con todos sus problemas actuales, es organizativamente más estructurada, tiene gobernadores, diputados y, reforma de por medio, seguramente más senadores, y al menos por ahora, es electoralmente más fuerte que el Frente Grande.

Existe, finalmente, un tercer elemento, ausente en Argentina, que en Chile actuó como un incentivo fuerte hacia la coalición y es el sistema electoral de las elecciones parlamentarias. Es sabido que en Chile el gobierno militar ideó un sistema electoral que tenía dos objetivos: apuntar al bipartidismo y -sobre todo- beneficiar a la derecha. La que el socialista Ricardo Lagos llamó "aritmética del autoritarismo" consiste en reducir -y manipular- los distritos electorales y establecer que se elijan dos candidatos por cada uno de ellos. Este peculiar sistema binomial por circunscripción, requiere, además, que para llevarse los dos escenarios del distrito, la fuerza política victoriosa debe doblar en cantidad de votos al segundo.

Para decirlo en términos esquemáticos, este sistema además de beneficiar al segundo, hoy la derecha, provoca que el primero pierda los votos con los que supera al segundo mientras no lo duplique en votos y que el tercero pierda toda representación en tanto no alcance por sí solo a la segunda fuerza. Dada la conformación del sistema de partidos al inicio de la transición chilena, el sistema electoral era proclive, entonces, a que la primera fuerza, la Democracia Cristiana, se aliaz con la tercera, al socialismo, al menos mientras éste no juzgue conveniente pelear por sí solo el segundo candidato de cada distrito.

No pretendemos argumentar que este sistema electoral trasladado a la Argentina potenciaría la posibilidad de coalición; simplemente queremos señalar que el sistema electoral vigente en las elecciones parlamentarias en

nuestro país, la representación proporcional, no la incentiva especialmente, por cuanto le asegura a cada partido su parcela propia.

En resumen, si tenemos en cuenta la experiencia chilena, la factibilidad de una coalición de centroizquierda en Argentina parece tener más obstáculos o, por lo menos, nuestro país carece de ciertos elementos que en Chile la potencian.

De todas maneras, si nos permitimos ser escépticos acerca de la conformación de un polo progresista que, salvando las distancias, se asemeje al modelo chileno, también es por otras razones, probablemente aún más relevantes que las mencionadas. Nos referimos a la escasa tradición negociada de la política argentina, aspecto sobre el cual, una vez más, Chile nos devuelve el contraste de una tradición

de confluencias entre partidos bien instalados en la sociedad civil, más allá del quiebre de 1973. Por último, también la escasez de tiempos, dado el corto período que resta para las elecciones del año que viene, conspira contra un entendimiento, ya que el radicalismo deberá definir su candidato antes de tomar finalmente su determinación. Y dada la proliferación de precandidatos que parece asomar, el tema no aparece como una tarea sencilla.

A la hora de enfrentar al mismo probablemente salgan a la luz viejos vicios de la política argentina. Un Frente Grande obnubilado por las encuestas no debería olvidar las experiencias latinoamericanas que sugieren que la gobernabilidad suele pasar más por una base institucional sólida que por los índices de popularidad, la mayoría de las veces cíclicas. En el radicalismo, un pacto mediante, pesa la tradición del viejo "que se rompa pero que no se doble".

Tanto Alfonsín como Alvarez han mencionado la experiencia chilena. Pero Alvarez seguidamente relativiza la idea de una coalición porque "lo victimiza a Menem" y llama a los radicales a votarlo. Alfonsín no se cansa de hablar de un "compromiso social" y una confluencia progresista, ya que sostiene que con el radicalismo solo no alcanza como fuerza opositora. Sin embargo, la importante porción del aparato partidario que controla insiste con impulsar al renunciante Angeloz, el candidato que menos probablemente llevaría al partido a esa confluencia opositora.

La pregunta decisiva es, en definitiva, ¿están dispuestas o, más importante, en verdad tienen intención, las fuerzas opositoras, de ceder posiciones en aras de una coalición electoral o de gobierno, tal como hicieron sus colegas trasandinos? Al menos hasta el momento, la invocación del ejemplo chileno parece sólo una -insincera?- expresión de deseos. □



Vrouw op de elleboogen leunend

Nota

¹ Véase Franco Castiglioni, "Ballottage", Página 12, 12/6/94.

Preludios neomenemistas

Disparen sobre Chacho Alvarez

"Presuntamente, los espejos no mienten, pero las personas aprenden cómo mirar en ellos para ver sólo lo que quieren ver".

Michael Walzer,

La compañía de los críticos

Si bien el gobierno obtuvo más votos que ninguna otra fuerza y el radicalismo -aun en su peor elección- salió segundo, de hecho, en la apreciación popular, los resultados del 10 de abril señalaron como gran vencedor al Frente Grande y a Chacho Alvarez como el nuevo líder de la protesta ciudadana contra la corrupción y la injusticia. En ese sentido puede decirse que el "clima político" impuso su arbitrario veredicto por encima del rigor de los resultados.

Osvaldo Pedroso

Claro que todo eso ya fue ampliamente analizado, haciendo hoy innecesarios mayores comentarios al respecto. Sólo me interesa puntualizar, a modo de síntesis funcional a este artículo, que el 10 de abril: a) el menemismo perdió lo que dio en llamarse "el estado de gracia"; b) producto de la lógica del Pacto de Olivos, el radicalismo dejó de ser visto por la ciudadanía como el principal instrumento de oposición y "garantía" del sistema político; c) el Frente Grande se erigió como la alternativa electoral al gobierno y al engendro menemista-alfonsinista del Pacto de Olivos, y d) Chacho Alvarez pasó a ser, en la con-

sideración popular, el principal dirigente de la oposición democrática y progresista.

Y quiero referirme particularmente a esta última aseveración.

Otra forma de ver las cosas

Hasta no hace más de un año, en el ancho campo del progresismo argentino aparecía como objetivo común la búsqueda de una gran confluencia política, capaz de enfrentar a la coalición centroderechista gobernante y de encabezar una etapa de ampliación de la democracia, de recuperación de la ética en la vida pública y de concreción de profundas transformaciones sociales al servicio de las mayorías populares. En ese ambo, una de las ideas centrales era la necesidad de crear espacios y situaciones que facilitaran, además de la coincidencia de fuerzas como la Unidad Socialista y los sectores que se encumbraron en el Frente Grande, la participación de importantes núcleos del radicalismo y del peronismo, como condición de viabilidad política.

Fue por eso que cuando -tras la convocatoria producida por las elecciones del 10 de abril y luego del acuerdo de la Unidad Socialista con el Frente Grande- Chacho Alvarez, José Bordón y Freddy Storani proclamaron públicamente su vocación de confluir en un camino de transformaciones y pusieron en marcha comisiones de trabajo con vistas a una coincidencia programática, pareció que el progresismo producía un hecho mayúsculo en la nueva escena política.

do, a las pocas semanas, Bordón acompañó aquel gesto con la decisión de romper orgánicamente con el peronismo y crear un partido independiente.

Sin embargo, esta serie de fenómenos fue objeto de otros análisis por parte de ciertos sectores progresistas. Veámos. Unos señalan que la falta de experiencia en posiciones de gobierno en Chacho Alvarez lo inhabilitaría para aspirar seriamente a la presidencia. Otros plantean que el Frente carece de un programa económico coherente, a la vez, acorde con las necesidades de las mayorías populares y aceptable para los centros de poder. Algunos puntualizan que Alvarez no cuenta con un partido suficientemente sólido y coherente, lo cual daría por resultado que su postulación fuera acompañada por candidatos oportunistas y en general poco confiables; hay quienes, en consonancia con lo anterior y a partir de la presencia de personajes como Pino Solanas y el "Pero" Santillán, califican al Frente

poco menos que como una Corte de los Milagros. Otros consideran que la alianza con Bordón convierte al Frente Grande en una virtual línea interna del peronismo. Y críticas por el estilo.

La paja en el ojo ajeno

Vale señalar que mucho de lo que se dice es cierto y ya volveré sobre ello, pero ahora quiero detenerme en otro costado del problema, en aquellos cuestionamientos que, aun siendo (sólo superficialmente) lógicos, ocultan más de lo que dicen. Estoy refiriéndome específicamente a críticas de origen

alfonsinista, en especial a calificados voceros, del tipo Moreau y Behrón-garay, y formuló algunos interrogantes. Si bien Chacho no tiene experiencia de gobierno, ¿acaso Alfonsín tuvo antecedentes? ¿Alguno de los actuales objetores de Chacho dejó de votar a Alfonsín por esa causa? Seguramente Chacho carece del programa económico que sus críticos progresistas le reclaman, pero ¿lo tiene el Modesto? ¿Es el del radicalismo? ¿Cuál, el de López Murphy-Sturzengger, el de Terragno, el de Massaccesi (si existe)? Es evidente que el Frente no tiene un partido sólido ni cuadros confiables a la medida de las necesidades, pero ¿el radicalismo es un partido sólido y coherente que asegure listas con candidatos principistas y confiables? ¿Qué significarían, entonces, las alianzas de Alfonsín con Posse y de De la Rúa con Freddy Storani? ¿Qué significó el boicot activo de De la Rúa-Casella-Storani a la campaña radical para las elecciones del 10 de abril? ¿Qué significó el boicot de Alfonsín-Moreau a la campaña radical contra la reelección de Duhalde? Aunque estén lejos de definir el perfil del Frente Grande, es cierto que Pino Solanas y el "Pero" Santillán constituyen un lastre difícil de arrastrar, pero en materia de malas compañías, ¿queden los radicales, los alfon-sinistas, tirar la primera piedra? En el plano de la lealtad y la confiabilidad partidarias, ¿hay algo más lamentable que el actual canibalismo radical? Para ser justos, si el Frente Grande parece la Corte de los Milagros, ¿este radicalismo no puede ser asimilado con mayor propiedad a l'Armata Brancatone?

Aunque es imposible ignorar la presencia de sectores como la Unidad Socialista o la Democracia Cristiana y de dirigentes como Alfredo Bravo, Norberto La Porta o Graciela Fernández Meijide, insospechables de profesor o haber profesado la fe peronista, es real que el acercamiento de Bordón acentúa la memoria del origen político de Chacho Alvarez, pero ¿es serio calificar -como hacen Moreau y el alfon-sinismo oficial- al Frente Grande como "línea interna peronista" y, al mismo tiempo, cuestionar a Freddy Storani

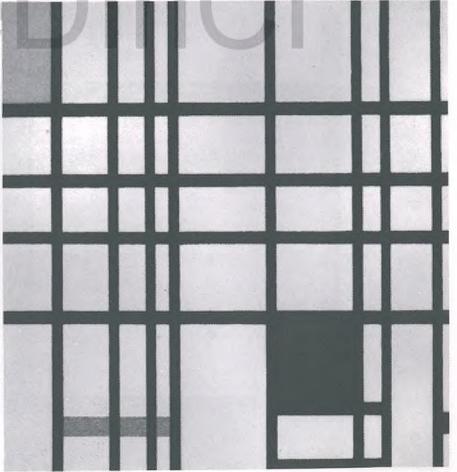
por haberse aproximado a Alvarez y Bordón con miras a un acuerdo programático? Si la confluencia sólo podía prosperar en caso de que -además de los que ya estaban, como socialistas, democristianos, etc.- también se arrimaran peronistas y radicales, ¿por qué es censurable que Bordón haya tenido la valentía política de romper con un partido sofocado por el aparato menemista? ¿Por qué no es un hecho plausible, que contribuye a desgranar el frente conservador-menemista y ampliar el campo progresista? ¿Por qué, en lugar de escandalizarse por una hipotética demasía peronista en el Frente, un radical progresista no se interroga críticamente sobre las razones de la falta de presencias radicales en un serio intento de confluencia programática progresista, después de todo lo declarado? ¿De qué progresismo hablamos cuando entre Freddy Storani y Duhalde se elige a éste y cuando entre Chacho y Menem se opta por este último?

Creo que no hay buena fe en los

argumentos de Moreau, Behrón-garay & Cía. Sus críticas al Frente Grande no tratan de descalificarlo para reivindicar para la UCR el papel de expresión de la opinión progresista, sino simplemente de correrlo de la condición de interlocutor.

Al fin, ¿quién son los aliados?

De todos modos, no quiero caer en una espiral contraria que me coloque en una mala fe simétrica a la que cuestiono. Creo que, en efecto, es innegable que al Frente Grande le faltan organización, cuadros y, fundamentalmente, programa. También es evidente que se sobrean algunas presencias y, asimismo, que debe aprender a apreciar más atinadamente el valor de algunos aliados irreemplazables. Y a nadie se le oculta, por lo demás, que una cosa es fortalecerse en la protesta y la denuncia testimonial y otra muy distinta es plasmar una real alternativa de gobierno. Sin avanzar seriamente en esos



Compositie met rood, geel en blauw

terrenos no es probable que pueda consolidarse un proyecto viable a mediano plazo. Pero, y ahora tomando en cuenta los cuestionamientos formulados desde buena fe, no olvidemos que el crecimiento registrado por el Frente y, fundamentalmente, por el liderazgo de Chacho han sido y son fenómenos impuestos por la propia dinámica de los hechos políticos, a partir de un apoyo popular de una magnitud sorpresiva y, a la vez, creciente. Ni, tampoco, olvidemos que existen plazos que son técnica y políticamente inexcusables. En ese sentido no parece razonable esperar que la construcción de una alternativa electoral y de una fuerza política sean cosas fáciles de lograr ni diagramadas con arreglo a planes ideales. Y menos si se tiene en la mira contribuir con ello a la formación de una coalición progresista amplia y poderosa, que sea capaz de protagonizar

las grandes transformaciones que nuestra sociedad espera. No, seguramente hay por delante mucho más que lo hecho hasta ahora, avances y retrocesos, triunfos y derrotas, incorporaciones y deserciones. Es un camino que no tiene el éxito asegurado y ni siquiera sería legítimo que alguien reclamase para el Frente Grande la exclusividad del proyecto. Pero no por eso es bueno enfrentarse obstinadamente con un fenómeno político que está cambiando la relación de fuerzas.

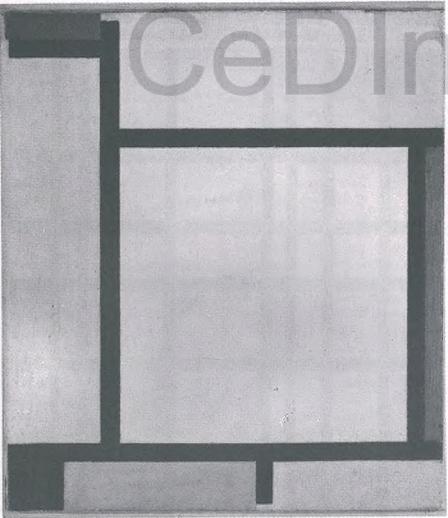
Porque en este momento con el Frente Grande y con Chacho Alvarez es posible que llegue a abrirse una alternativa que al menos en términos electorales constituya un paso de avance para el campo progresista, mientras, detrás de sus críticas cípocas, lo que hoy proponen Moreau y sus adeptos es crear las condiciones apropiadas para pactar nuevamente con el menemismo.

En ese plano parece indudable cuál podría ser en este momento el mandato radical-alfonsinista en un eventual *ballotage* que enfrentara a Menem con Chacho Alvarez. Tanto en el original apoyo a Angeloz como en la actual decisión de apoyar a Massaccesi y fulminar a Freddy Storani sin piedad, la acción del alfonsinismo no presenta otra lógica política que la de un nuevo acuerdo con Menem: *Si no puedes vencer a tu enemigo, únete a él.* Al menos hasta un (deseable pero imposible) nuevo aviso, en eso parecen haberse convertido las viejas consignas de coalición progresista y convergencia a la chilena.

La ineludible decisión personal

Tal vez por esa razón, para saber de qué estamos hablando y, fundamentalmente, con quién estamos hablando, en esta coyuntura convenga empezar definiendo una cuestión clave: ¿A quién estaría dispuesto cada uno a apoyar en un supuesto *ballotage* que enfrentase a Menem y Chacho Alvarez? Hay enormes y más importantes, seguramente temas por delante para quienes nos identificamos con el socialismo y con un proyecto de amplia confluencia progresista y quizás muchos de nosotros no nos incorporemos nunca al Frente y continuemos tratando de brindar desde otros lugares y otras formas nuestra contribución a ese proyecto, pero aquella definición puntual puede hacerse ineludible. Y en tal caso, sin ninguna duda, yo votaría por Chacho Alvarez. Pero no desde un ángulo de frívola simpatía personal ni porque ignore cuántas cosas le faltan a él y a su partido para poder dar cuenta cabal de sus responsabilidades, sino porque elijo como enemigo central al menemismo.

Repite: tal vez esa opción se nos presente concretamente en mayo, pero creo que es un dilema que ya está entre nosotros, casi como un test. Porque, a mi juicio, tal como hoy se coloque uno ante Menem, estará definiendo también cómo se coloca ante Chacho Alvarez. Y no me parece un método caprichoso. □



Compositie met rood, geel en blauw

Foto: J. M. Gómez / Contrasto

AGENDA

No es una ilusión afirmar que en nuestro país comienzan a tomar forma los aires del posmenemismo. El fenómeno va más allá incluso de los probables resultados electorales de mayo del 95: de lo que se trata es que en el interior de la sociedad y de las fuerzas políticas se dibuja ya un nuevo cuadro de expectativas que el populismo conservador y el liberalismo de mercado tendrán muchas dificultades para satisfacer en el próximo futuro. Nuestra revista ha apostado siempre, y hoy con mayores y mejores ánimos, a la posibilidad de surgimiento de una fuerza nueva en la que puedan converger, transversalmente,

historias y personas que apuestan a una seria transformación social y política, construida sobre horizontes de gobernabilidad y no meramente sostenida sobre rebeldías testimoniales. En esa dirección y no sólo hasta los comicios presidenciales, pero primariamente orientada hacia ese objetivo, esta sección que hoy inauguranos con las intervenciones de Juan Carlos Portantiero y Pablo Gercunoff intentará abrir la discusión sobre una agenda imprescindible de temas y problemas, de ocupaciones y preocupaciones que tiendan a colocar los ejes sobre los que podamos mirar, desde lo político, a este país que se viene.

Tiempo de decisiones

Juan Carlos Portantiero

A medida que nos vamos acercando al 14 de mayo el escenario de la política argentina comienza a crisparse entre datos de esperanza y datos de inquietud. Entre los primeros figura el avance de una percepción, hasta hace poco inimaginable, que indica que sólo una gran coalición progresista podría colocarse a la altura de las tareas posmenemistas que debe encarar la sociedad. La ruptura de Bordón, las comisiones de trabajo en las que conviven sus partidarios con los de Carlos Alvarez y Federico Storani tratando de articular un mensaje programático viable, el discurso, en fin, que esos tres dirigentes comparten con la Unidad Socialista, la Democracia Cristiana y algunos grupos provinciales acerca de la necesidad y de la posibilidad de una convergencia de gobierno, son todos datos de la realidad que iluminan de confianza al camino que se

abre hasta mayo de 1995.

Pero junto a ellos coexisten signos fuertes de inquietud. El más grave de todos es la situación de abierta crisis de la Unión Cívica Radical, crisis que parece colocar al centenario partido al borde de la desintegración. El otro, quizás menos visible todavía, tiene que ver con las primeras apariciones en su aparente rol de principal challenger del menemismo -dada la crisis radical del Frente Grande y de su principal líder.

La desagregación de la UCR es patética, como si estuviera movida por incontenibles pulsiones autodestructivas. Planteado como lo está el escenario político argentino, las heridas del radicalismo no agregan fuerza a una nueva alternativa progresista -ilusoriamente confiada en un trasvase masivo de sus votantes- sino que la debilitan. Me resulta inimaginable una coalición

posmenemista con capacidad de gobierno sin ese aporte orgánico y creo que los responsables del Frente Grande se equivocarían enormemente si creyeran lo contrario, enamorados de un presunto éxito de desilusionados afiliados y simpatizantes del radicalismo hacia sus filas.

Al margen de esos cálculos parecerá que la UCR está haciendo todo lo posible para que esa descomposición se produzca. Hace menos de un año Alfonsín iniciaba su campaña interna para retomar la conducción del partido con una promesa clara: colocar al radicalismo a la cabeza de una concertación opositora. Ese fue el sentido explícito del discurso con que en noviembre de 1993 asumió la presidencia del Comité Nacional, retomando algunos temas que él había sido el primero en plantear, como el de la necesidad de pensar la salida del

menemismo a la manera chilena, a través de una convergencia cívica y social que miraría hacia adelante y no hacia atrás. Pese al poco tiempo transcurrido, releer esas breves páginas parece un tema de arqueología, con sus invocaciones a conformar un bloque socio-político capaz de aplicar políticas de desarrollo integral y de solidaridad social frente al capitalismo salvaje o con el rechazo a transformar la radicalismo en una variante prolífica del modelo vigente o, finalmente, con la voluntad explícita de que la UCR fuera capaz de jugar un papel decisivo en la conformación de una coalición no sólo para ejercer una tarea de control sino de gobierno. Esto que fue dicho en noviembre de 1993, cuando la UCR aún en la derrota había ob-

tenido el 3 de octubre un 30 por ciento de los votos, superando los resultados de 1987 y 1989, pasó primero por las aguas del Pacto de Olivos y luego por las de la elección del 10 de abril en que no llegó al 20 por ciento, que terminaron sometiéndolo a su partida al colapso en el que ahora se debate.

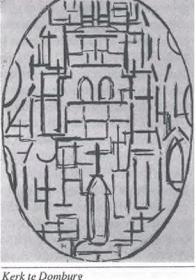
Esa es la paradoja del ex presidente: volvió al ruedo para impulsar la coalición progresista y ahora, a la defensiva, sigue a los Nosiglia, a los Moreau, a los Jaroslavsky en una ida y vuelta autista con Angeloz para ver qué puede salvar del naufragio aunque condene al partido a una reclusión autosuficiente y finalmente perdedora. Por eso, en ese caos conceptual, puede resultar verosímil (aunque no sea verdadera) una operación de prensa según la cual Angeloz sería el candidato a

vice de Menem. Más allá de todo y dado que el suicidio (aun el político) es un acto personal sobre el que poco puede influir, dos temas quedan claros: primero, que a la coalición derechista de Menem sólo se le puede oponer una coalición progresista; segundo, que la UCR ya no puede ser el motor de esa convergencia. Queda la posibilidad de que la convención nacional que se refine en estos días formule mandatos claros de alianzas políticas y que finalmente el partido postule a hombres comprometidos con esa política grande, impulsando nuevos liderazgos que remplacen a los sospicados y gastados, dos opciones para que Raúl Alfonsín tiene algún tiempo todavía. No demasiadas definiciones.

Algunas figuras de la UCR -Federico Storani, Rodolfo Terragno, Jesús Rodríguez, por citar algunos- aspiran a cumplir ese papel, que puede ser histórico. Si la única perspectiva para que en mayo próximo se inicie el crepúsculo del menemismo es la formulación de una gran convergencia, la pregunta subsiguiente es si ella debe consumarse para la primera vuelta o esperar el azar del *ballotage*. Divididas las fuerzas en el primer turno sólo queda esperar que Menem no consiga el 40 por ciento, porque si lo supera es altamente probable que avanteje por más del 10 por ciento a su principal rival, que estaría dividiendo sus votos con la tercera fuerza. Dados los riesgos de esa apuesta todo parece indicar la necesidad de un acuerdo anterior para la formación de esa convergencia transversal entre Alvarez, Bordón,

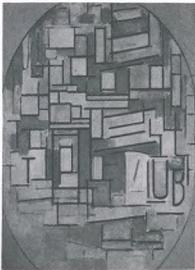
Storani y un radicalismo renovado, los socialistas, los demócratas, una enorme falange de ciudadanos independientes y otras fuerzas que podrían agregarse desde las provincias. Habrá que reforzar las discusiones programáticas ya comenzadas y encarar, luego, mecanismos transparentes que permitan dirimir la titularidad de las candidaturas a presidente, vice y jefe de gabinete. No hay procedimientos más racional que éstos, si verdaderamente se aspira a un cambio profundo, tanto sea para ganar cuanto para construir una nueva fuerza convocante más allá de lo que pase el 14 de mayo.

Todo lo anterior indica la gran responsabilidad del radicalismo en esta mezcla de esperanzas y de dudas. Pero el Frente Grande y, sobre todo, el liderazgo personal de Carlos Alvarez, tiene también mucho que decir al respecto. Lo primero, evitar el mareo político. Seguramente no es fácil salir subitamente del *ghetto* político para entremecerse con las grandes expectativas públicas y la mirada inquisitorial del *establishment* económico y comunicacional. Del mismo modo, una perspectiva factible de participación en el gobierno future estima, con razón, la necesidad de superar el marco testimonial de la protesta e ingresar en la más madura esfera



del realismo político. No es esto lo reprochable de sus últimos movimientos tácticos (que motivaron las inevitables críticas del diluido PC y del sindicalista Santillán y el indisimulado fastidio de Solanas), sino en todo caso el excesivo énfasis utilizado para dibujar frente a auditórios de centroderecha un perfil político más *light* que el que aparece en la imaginación temerosa de sus interlocutores. La operación tiene el riesgo inevitable de la pérdida de eficacia: resulta insuficiente para aquellos a quienes se quiere calmar y desilusionante para quienes en las vísperas del 10 de abril se acercaron con interés a sus posiciones progresistas.

Ascipt sin beneficio de inventario la ley de convertibilidad como si fuera la única herramienta posible para el control de la inflación, descalificar su pertenencia a la izquierda cuando se deben solder mucho más los lazos incipientes con la Unidad Socialista y con un electorado independiente que se siente expresado por los ecos democráticos de esa palabra y rechazar de plano, aun para una eventual



Compositie in oval

segunda vuelta, cualquier acuerdo con el radicalismo, deslizar su discurso a un plano de "posibilismo" -palabreja muy utilizada con acentos críticos durante el gobierno de Alfonsín por el propio Alvarez- plegíroso en términos de acumulación política.

El crecimiento impetuoso en los meses del Frente Grande significó el paso de una pequeña coalición a una gran expectativa cívica, tributaria de la desilusión frente al

Pacto de Olivos, que se encarnó sobre todo en un liderazgo fuertemente personalizado. Con eso bastó en abril y esa impronta sigue presente en las encuestas que miden popularidad o prestigio personales. Pero el desarrollo político exige ahora avanzar hacia una gran coalición social y política de base amplia, un operativo que excede los entusiasmos carismáticos.

Los tiempos que se abren en adelante marcan compromisos difíciles y a la vez apremiantes. Ya no sólo para aspirar a gobernar en 1995 -empresa ardua- sino siquiera para construir un sólido bloque de progreso social, político y cultural en la Argentina, para edificar un serio programa de centroizquierda y una política de alianzas coherente con esas definiciones. Aquellos a quienes la historia ha colocado en el rol de protagonistas centrales de esa perspectiva deberán rendir diariamente exámenes de madurez. No habrá que dejar que la gran esperanza colectiva que comienza a crecer entre nosotros finalmente se marchite.

¿Hacerse cargo?

Pablo L. Gershunoff

A la hora de examinar el debate actual de política económica en la Argentina, la primera sorpresa que asalta al observador es el abandono casi generalizado de la tentación fundacional por parte de las fuerzas de oposición. Si el año que viene una coalición de tono progresista gana las elecciones presidenciales, la sensación que flota en el ambiente es que ella intentaría construir sus diferencias con el poder actual a partir de un consenso básico: estabilidad monetaria, mayor apertura comer-

cial externa que en el pasado, un cambio en el balance institucional entre mercado y Estado. Si en efecto es así, esta vez -la primera en mi historia personal- el punto de partida de una experiencia de gestión económica ya no sería una *tabula rasa* en la que todo lo que había sido escrito quedó borrado por las turbulencias de una crisis y sobre la que veníamos a escribir lo que nos enseñó nuestros propios valores. Por el contrario, estaríamos en presencia de un recambio esencialmente democrático, en el que se procede por

acumulación y en el que aquél que llega reconoce tácita o explícitamente la parte de verdad de aquél que se va.

Sin embargo, reconocer que esta vez la historia no se escribiría desde cero es sólo el primer paso. Además, hay que analizar con acierto el punto de partida. En ese sentido, un enfoque que ahora está asomando con frecuencia es uno según el cual el gobierno de Menem ha llevado adelante un proceso de modernización capitalista, pero que dicho proceso ha tenido altos costos sociales

y ha dejado en la marginación a sectores muy amplios de la población. En esa perspectiva, la tarea de una coalición progresista será corregir las desigualdades heredadas afectando lo menos posible la tasa de crecimiento. Un ejemplo cercano e interesante sería el de la concertación chilena a la salida de la dictadura militar. El gobierno del presidente Aylwin mantuvo el equilibrio macroeconómico y concentró sus energías en los temas distributivos, introduciendo modificaciones en la política tributaria y en la asignación del gasto público. En ningún momento las reformas económicas heredadas del general Pinochet fueron puestas en cuestión.

Desafortunadamente, Chile de 1990 no es un buen ejemplo para pensar la Argentina de 1994. La consulta electoral del año que viene no nos encontrará con una reforma económica concluida ni con una economía definitivamente estabilizada y en crecimiento. Más bien, lo que tenemos por delante es una reforma inconclusa, con costos sociales todavía por pagarse y con un riesgo nada deseable de desequilibrio macroeconómico. Por lo tanto, la agenda de política económica de una eventual coalición opositora es notablemente más difícil y más compleja que aquella que debió enfrentar el presidente Aylwin. Se trata en este caso de completar la tarea de la modernización y de corregir los desequilibrios macroeconómicos sin perder la identidad como fuerza de progreso y como fuerza socialmente inclusiva. ¿Es esto posible? ¿es deseable bajo estas condiciones que una coalición progresista se haga cargo?

La respuesta no es una cuestión menor. Lo que el gobierno del presidente Menem nos dejará al cabo de su mandato es una combinación de elementos en desequilibrio: estabilidad, pero con precios relativos que discriminan contra la producción industrial y agropecuaria; equilibrio fiscal, pero logrado con impuestos regresivos y manteniendo un Estado todavía incapaz de ejercer sus viejos y nuevos roles; inversiones privadas en aumento, pero sesgadas a sectores que no garantizan una inserción competitiva en el mundo; fuertes incrementos de productividad, pero acompañados de una alta tasa de desempleo y de una concentración

que el gobierno de Menem, con los apoyos de que goza en el mundo empresarial y financiero, podría apurar el trago amargo con menores costos sociales que los que enfrentaría una fuerza progresista, ya que ésta cargaría con el pasivo adicional de la desconfianza del *establishment*. En consecuencia -se completa el razonamiento- la mejor estrategia política de las fuerzas progresistas sería usar las elecciones de 1995 para ganar posiciones en el parlamento y en gobiernos provinciales y municipales, pero no dar una batalla sustancial por la presidencia. En tal caso, una coalición amplia no tendría sentido y el discurso de oposición podría ser algo más testimonial y un poco menos responsable de los complicados problemas de gobierno.

Debo confesar que no me resulta fácil una respuesta a esta línea argumental. Estoy acostumbrado a pensar en términos de política económica, y esto siempre significa contestar el interrogante: ¿qué cosa distinta haríamos nosotros en el caso de estar allí? Comprendo que de estar nosotros allí todo sería distinto y por lo tanto tendríamos que volver a formularmos el interrogante aceptando parámetros políticos diferentes. Pero de todas maneras insisto: ¿qué haríamos nosotros de estar allí? De hecho, uno casi nunca elige las circunstancias bajo las cuales accede al gobierno y de pronto -salvo que nos hayamos refugiado en una actitud de pura protesta- la sociedad coloca allí a una fuerza progresista cuando ésta no lo esperaba. Más de una vez lo ocurrió a los socialismos europeos. Incluso, los economistas radicales no pensaban en términos de gobierno en las visiones electorales de 1983.

Con este espíritu fue que escribímos hace poco un documento con José Luis Machinea, ensayando un primer ejercicio en la línea de haceremos cargo. Lo que de él se puede extraer de manera sintética es lo

siguiente: hay una oportunidad de corregir los desequilibrios del programa de convertibilidad sin una crisis traumática que agrave todavía más el desempleo y la exclusión social, y esa oportunidad pasa por reducir costos en la industria y el agro, incentivar un shock adicional de productividad y aumentar, compulsiva y/o voluntariamente la tasa de ahorro de la economía. La combinación de estos tres elementos podría evitar los remedios recessivos que proponen los fundamentalistas de mercado (remedios que, por otra parte, no dan resultado) y también la devaluación. Si se consigue, tendremos una buena base para expandir una política de inclusión social. Pero aun si no se consigue estaremos mejor que si aplicáramos instrumentos recessivos o devaluatorios, ya que lo que nosotros juzgamos verdaderamente relevante en tal circunstancia es qué una eventual crisis nos encuentre mejor equipados que en el pasado, con el stock de capital fijo y humano renovado.

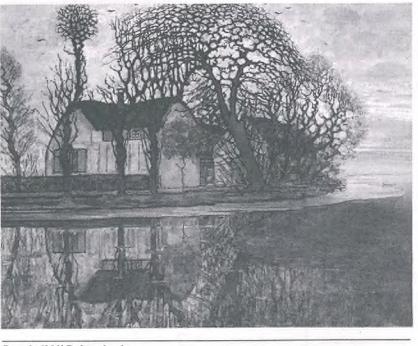
¿Qué diferencia hay entre este enfoque y el que aplica el actual equipo económico? El experimento

gubernamental también busca bajar costos y aumentar productividad y ahorro, pero nuestro punto de vista es que dicho experimento no está aprovechando plenamente la oportunidad financiera que se le abrió a la economía argentina para modernizarse. Esclavo del mitemismo ideológico en que debió incurrir para ganar reputación ante la derecha, el presidente Menem impulsó durante largo tiempo una estrategia sin un balance institucional ponderado, esto es, sin poner en acción plena las nuevas funciones del Estado y las políticas públicas consecuentes. Cuando finalmente el gobierno abandonó la ilusión de que el automatismo de mercado resolvería todos los problemas, se concentró sesgadamente en las políticas de oferta de tipo reaganiano, consistentes con el clima de época en el que había quedado inmerso a partir de 1989. En cambio, muchas políticas sectoriales (de reforma estatal, industriales, regionales, financieras, tecnológicas, etc.) ocuparon un lugar marginal y cuando ocasionalmente convocaron a los funcionarios fue más como concesión defensiva frente a los reclamos sociales

que como piezas de una estrategia de reforma.

La última parte del documento con Machinea está destinada a ejemplificar dichas políticas y vincularlas con los requerimientos de reducción de costos e incrementos de productividad y ahorro. Un primer ejemplo es el de la reforma en el núcleo central del Estado (salud, educación, etc.), reforma que Menem no hizo y que podría constituir una de las principales banderas de la modernización progresista; un segundo ejemplo es el del ejercicio de una regulación que obligue a bajar los precios a las compañías de servicios públicos privatizados; el tercer ejemplo es el de la aplicación de una política industrial de nuevo tipo, introduciendo mecanismos de mercado para la asignación de beneficios y controles externos sobre los resultados; un cuarto ejemplo sirve al propósito de mostrar que hay una reforma laboral posible, distinta a la reforma conservadora que Menem intentó instrumental y que finalmente quedó bloqueada por su compromiso con los sindicatos; el quinto ejemplo es el de la política tributaria, cuya enseñanza más interesante es que una mayor progresividad limitaría las presiones sobre el gasto público e incrementaría el ahorro.

Aunque en el trabajo hay otros ejemplos, no hemos intentado tratar todos los temas ni agotar los temas tratados (en algunos casos la discusión apenas se esboza). El documento sólo sirve, pues, para pensar el problema del gobierno desde una cierta identidad. Es difícil, porque hacerlo seriamente implica una tarea que nos excede: la construcción intelectual y política de una diferenciación responsable. Quizás, las elecciones de 1995 mantengan finalmente a la oposición en el lugar en el que hoy está. Pero, en todo caso, un debate en esta línea habrá servido para asomarnos a la infinita complejidad de la política pública. □



Boerderij bij Duivendrecht

Homenaje

Omar Moreno, socialista

Nos conocímos y trabajamos juntos los últimos cinco años, demasiado poco aún para su temprana muerte, pero suficientes para reconocer en Omar al hombre transparente, que decía lo que pensaba y vivía de acuerdo con los dictados de su conciencia. Por eso, como en el caso de todas las personas que viven fieles a sus mejores y más tempranos ideales, es posible describir en su pensamiento y acciones de hoy las mismas ideas y aspiraciones que la acompañaron a lo largo de los años.

En el incansable cuarentón que empezaba a lucir canas reaparecía la indignación del joven abogado de las ligas agrarias y de los sindicatos antiguerristas de veinte años atrás, ante la ofensiva contra los derechos laborales del presente.

Sin embargo, esa indignación no lo inhibió para comprender los cambios acaecidos y en curso a nivel mundial, regional y nacional. Por el contrario se convirtió en la pasión que lo indujo a estudiar y escribir incansablemente sobre las nuevas condiciones que afectan hoy al mundo del trabajo e incitó a otros a hacerlo. En esta faceta del querido Omar, que muchas mañanas le ganaba al sol sentado frente a su computadora, uno podía ver al exiliado treintañero que llegó a Francia lleno de interrogantes por los fracasos que su generación había experimentado en la Argentina que iniciaba su larga noche y cuya respuesta buscará en el estudio y la discusión.

Su paso por Francia marcó para siempre su formación intelectual, estimuló sus preocupaciones sobre el mundo del trabajo y forjó las "armas de la crítica" que utilizaría a su regreso. A su compañera de siempre, María Susana, y a Cecilia, la bebé que los acompañó hacia el exilio, se sumó Emmanuel y juntos reanudaron la aventura de volver a vivir en su país. La realidad de la



El pasado 24 de julio murió Omar Moreno, socialista ejemplar, intelectual lúcido, infatigable luchador por las libertades públicas y, particularmente, por los derechos de los trabajadores. En nombre de todos lo despidé quien compartió con él, en la Fundación Friedrich Ebert, sus más íntimos sueños y compromisos.

También supo hacer y nutrir amistades duraderas, inmunes a la distancia y al pasar de los años. Amaba la vida y luchó tenazmente una y otra vez cuando parecía que se le escapaba.

Sus largos meses de enfermedad no alcanzaron para detener su trabajo intelectual, escribió colaboraciones para libros y revistas, dejó lista para la edición el primer número de una serie de *Cuadernos Laborales* y encamino el segundo. En este trabajo hasta pocas horas antes de su muerte, la misma tarde que jugó ajedrez con su hijo sin pensar que del sueño nocturno ya no despertaría.

La suya fue la vida difícil de quien eligió la coherencia: vivió siempre haciendo lo que decía y de acuerdo con su conciencia. □

Pablo Bustos

Argentina, que emergía de las penumbras, lo llevó a trabajar inicialmente con los organismos de derechos humanos, antes de recuperar sus "obsesiones".

¿Cuáles eran esas obsesiones? En realidad era una sola: comprender las transformaciones del mundo actual y ayudar a la comprensión de las mismas por los trabajadores, quienes debían formular respuestas sindicales acordes con los nuevos tiempos. Pero como la inocencia ya la había perdido en la Argentina de mediados de los 70 y en su forzado exilio en Francia, sabía que los auténticamente interesados en comprender los problemas a enfrentar, y en encontrar las respuestas, eran las nuevas generaciones de hombres y mujeres que iniciaban su vida sindical y surían los cambios en sus condiciones de vida y de trabajo. Hacia ellos dirigió sus esfuerzos y coordinó los de muchos otros.

A pesar de los frecuentes viajes a lo que obligaba su actividad, o quizás justamente por eso, tuvo una valoración inestimable de la vida familiar y una preocupación constante por el estudio y el futuro de sus hijos.

También supo hacer y nutrir amistades duraderas, inmunes a la distancia y al pasar de los años. Amaba la vida y luchó tenazmente una y otra vez cuando parecía que se le escapaba.

Sus largos meses de enfermedad no alcanzaron para detener su trabajo intelectual, escribió colaboraciones para libros y revistas, dejó lista para la edición el primer número de una serie de *Cuadernos Laborales* y encamino el segundo. En este trabajo hasta pocas horas antes de su muerte, la misma tarde que jugó ajedrez con su hijo sin pensar que del sueño nocturno ya no despertaría.

La suya fue la vida difícil de quien eligió la coherencia: vivió siempre haciendo lo que decía y de acuerdo con su conciencia. □

INTERNACIONAL

Democratización y crisis del Estado

La paradoja latinoamericana

El último informe del Institute For Management Development de Lausanna, publicado recientemente por el Foro Económico Mundial de Ginebra, señala que Chile, México, Argentina, Colombia, Brasil y Venezuela figuran entre los países destinados a ser los más competitivos del mundo. Se destaca el caso del país trasandino, ubicado en el puesto 22 -delante de España e Italia-, mientras que México se ubica en el lugar 26, Argentina en el 27, Colombia en el 30 y Brasil en el 38, seguido de Venezuela.

Guillermo Ortiz

Qué significa esto? Según ocho indicadores básicos, estos países han dado un gran salto en el ranking de los mercados emergentes. Incluso, la Argentina estaría novena en materia monetaria y fiscal. También es considerada la nación menos proteccionista del mundo en un momento de dura puja entre los principales bloques comerciales liderados por Estados Unidos, Alemania y Japón.

Los factores tenidos en cuenta son: "poder económico nacional" -marco macroeconómico y productividad-; "internacionalización" -léase, peso relativo del comercio exterior e inversiones-; "gobierno" -en tanto competitividad y flexibilidad para adaptarse a los cambios; "finanzas"; "infraestructura"; "dirección empresarial"-precios, calidad de la oferta y planeamiento-

"ciencia y tecnología"- grado de aplicación de las tecnologías e investigación básica-.

Valen algunas precisiones. El economista Paul Krugman destacó diferencias entre competitividad y productividad. Sostiene que la competitividad es sólo una "fase comercial", entendida como sólidez para exportar y atraer capitales. Los niveles de demanda, empleo, poder adquisitivo y calificación, quedan fuera del margen. En tanto, la productividad implicaría un sentido más amplio, vinculado a la orientación de esa inversión, en capital humano y físico.

Es evidente que la problemática actual de América latina requiere un tratamiento menos acotado que incluye estos últimos aspectos y la interacción Estado/sociedad.

• Una dinámica de inclusión/exclusión.

El problema es que la región atraviesa una crisis de carácter estructural, en la que brilla con luz propia el impacto derivado de las duras condiciones sociales que plantean las estrategias de inserción.

América latina busca formar parte de un mundo crecientemente globalizado, pero al mismo tiempo más conflictivo. Se trata de una dinámica de "doble faz", en la que concurren una lógica "globalista" y otra, de naturaleza "particularista", expresada a través de signos de fragmentación social y política -huelgas, saqueos, estallidos sociales y resistencia campesina-. Es un mundo que excluye con la misma fuerza que integra, un universo de transnacionalismos y nacionalismos

simultáneos.

Un momento de transición que afecta no sólo el plano de la seguridad -a partir de los nuevos conflictos tras el colapso de la URSS y la desconexión de vastas porciones de territorio planetario, léase África negra-, sino también el de la economía y el comercio. La modificación de los patrones de producción clásicos ante las exigencias de un mundo de mercados ampliados y la introducción de tecnologías que torna prescindible la mano de obra tradicional, provoca serias distorsiones que afectan el universo de la política.

En ese marco se encuentra América latina, que enfrenta un abundante cronograma electoral, que arrancó en México, seguirá en Brasil y Uruguay, a fines de este año, y en Perú y Argentina, en abril y mayo del 95, respectivamente.

• Límites de la lógica globalizadora. Estarán comprometidos en primera fila, México -incorporado al espacio geoeconómico norteamericano a partir del NAFTA- y Chile, por su proyección hacia el Pacífico. Hay que añadir a los demás países del Cono Sur, a través del MERCOSUR.

El 5 de agosto último Buenos Aires, los presidentes de Brasil, Argentina, Paraguay y Uruguay dieron un impulso definitivo a la consolidación del mercado común, profundizando en forma irreversible el proceso de integración. Esta decisión es positiva ya que fortalece la capacidad de negociación del conjunto frente a los otros espacios de la economía global, favo-

reciendo su inserción en el sistema capitalista transnacionalizado. Es evidente que el éxito del Plan Real en Brasil y sus perspectivas de crecimiento, impulsará la demanda de ese país, por lo que Argentina equilibraría su balance comercial.

Ahora bien, ¿cuál es el impacto en el proceso de consolidación de las democracias recuperadas en la década del 80?

La clave es que si bien hoy los sistemas políticos parecen más sólidos que en el pasado, se observa una creciente fragmentación del tejido social -de carácter explosivo-, producto precisamente de los propios ajustes en el plano económico y laboral y la debilitad del Estado, en el plano político.

Está en marcha en la región una dura transición económica condicionada además por algunos datos exteriores como el aún débil crecimiento de los países centrales y los síntomas de proteccionismo de los grandes bloques.

• Estabilización y marginalidad.

Precisamente, a principios de la década del 90, el continente gira hacia políticas económicas tendientes a la estabilización monetaria y el saneamiento fiscal. Hoy se advierten éxitos en el flujo de capitales privados -si bien está condicionado a la evolución de la política de tasas de la Reserva Federal de EU-, la estabilización monetaria y la apertura de fronteras. Pero todo tiene su contracara. El creciente dualismo social, la debilidad de las fuerzas políticas tradicionales y un punto central: la crisis del Estado.

No hay que olvidar que América Latina es producto de las denominadas experiencias nacional-populares de la segunda mitad de este siglo, responsables -como diagnosticara Touraine- de los procesos de industrialización acelerada en nombre de la independencia nacional y la integración social a partir de la redistribución de recursos provenientes del exterior. Es la época de las altas tasas de crecimiento y la sustitución de importaciones.

El crecimiento desmedido de un sector público de características clientelares, la caída de la productividad y la trampa proteccionista, disparó

en los 70 la crisis de un modelo, profundizado por el deterioro de la institucionalidad -reaparición de las dictaduras militares- y la crisis de la deuda.

La pregunta hoy es en qué medida un proceso de carácter "incluyente" como la democracia puede asociarse con otro, de naturaleza "excluyente", como la reforma del Estado, entendida sólo como ajuste fiscal y fin de la promoción de empleo público.

• Del Caracazo a Chiapas. En pos de marginarse con algunos "síntomas" concretos, existen tres acontecimientos que signan una crisis con final abierto:

- El Caracazo: expresión de un estado de rebelión urbana inorgánica en uno de los mayores exportadores de petróleo del planeta y la democracia más antigua de la región.

- El impeachment de Collor de Melo: crisis de legitimidad política en el país más poblado y extenso del continente, el único con una estructura industrial integrada.

- El levantamiento de Chiapas, en la selva mexicana: sublevación campesino/indígena, en el nación modelo de inserción primer-mundista de la región (NAFTA).

Hace ya casi cinco años, Venezuela asistió a un estallido social producido a pocos días de haber asumido Carlos Andrés Pérez que dejó casi 300 muertos, centenares de heridos y más de mil detenidos tras una decidida intervención del ejército, que debió aplastar los disturbios por métodos militares luego de que la policía no sólo no logró impedir los saqueos sino que participó activamente en ellos.

La separación de Pérez del poder y la llegada de Rafael Caldera al gobierno al frente de una heterogénea coalición constituye un test clave para el futuro del continente latinoamericano. La crisis que sacude a Venezuela desde la misma toma de posesión de Pérez plantea, agravada por la sublevación

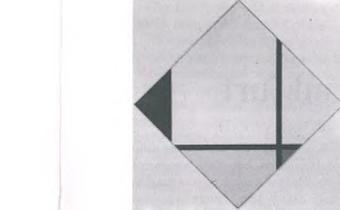
del 4 de febrero del 92 de más de cien oficiales liderados por el teniente coronel Hugo Chávez -sobreseído-, el punto clave en qué medida es posible articular cohesión social, ajuste económico y estabilidad democrática en sociedades con un avanzado proceso de disolución estatal.

El histórico Pacto de Punto Fijo del

59 consolidó la regulación del Estado en cuestiones económicas y permitió a AD y COPEI convertirse en receptores privilegiados de las demandas sociales en un contexto de consenso basado en la renta petrolera. Pero la transformación capitalista en un país en el que la clase campesina prácticamente desapareció transformándose en amplios sectores marginales urbanos, generó un ejército de cuentapropistas, subempleados y parados que al no articularse en el movimiento obrero aparecen como los grandes excluidos. Otro gran signo de interrogación.

En México, la victoria del candidato del PRI, Ernesto Zedillo, muestra aparentemente que nada ha cambiado. No obstante, el resultado -se especula con un fraude atenuado- implicaría lo que algunos denominaron una "bipolarización" inédita de la vida política mexicana, alrededor del eje PRI-PAN, que juntos reunieron cerca de 80 por ciento de los votos. Incluso, es evidente que desde el asesinato del candidato priista Luis Donaldo Colosio y la revuelta zapatista, nada es igual en este país. El postsalvinismo asistirá a la profundización del proceso de descomposición del Partido-Estado que gobernó el país desde 1929, por lo que el problema central es, precisamente, la gobernanza.

En este sentido vale recordar un punto esencial: en México se produjo una sublevación, no espontánea, provocada por una guerrilla, aceptada como factor político. El "cruce" que surge de un escenario agrícola, semi-feudal y caciquista, y la falta de representatividad, favoreció la aparición



Komposition I

económica y el ajuste fiscal como sustento de la estabilidad monetaria.

Algunos expertos sostienen que existe una alta demanda de estabilidad en la opinión pública, cansada del fenómeno mega-inflacionario. Un 66 por ciento -según sondeos- de los potenciales votantes de Lula Da Silva aprueban en lo esencial el Plan Real. Según Marcilio Márquez Moreira, quien se alejó del Ministerio de Finanzas brasileño, tras la destitución de Fernando Collor de Melo, el Plan Real no tiene posibilidad de fracasar porque se apoya en tres factores: reservas por más de 50 mil millones de dólares, 75 millones de toneladas en cosechas y un aumento de 37 por ciento de la productividad en los últimos tres años.

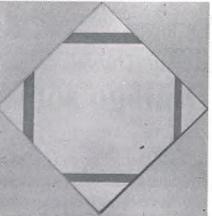
No obstante, hay dudas sobre el impacto de la inflación a mediano plazo y de la negociación del gobierno con sectores petrolero, bancario y metalúrgico por aumentos salariales.

Corrupción y fujimorismo

La caída del ex gobernador de Alagoas, Fernando Collor de Melo, quien llegó al poder precedido por su predicción de "combate a los marajás", revela la creciente internalización del fenómeno de la corrupción -en tanto responsabilidad del funcionario en el manejo de los fondos públicos-, en el imaginario social.

Lo que demuestra dos cosas: por un lado, la inestabilidad que provoca la ausencia de un sistema de partidos orgánicos; se trata de una fragmentación histórica por la que hoy ningún partido tiene en el Congreso más de 20 por ciento de los escasos; por otro, la imprevisibilidad de uno de los nuevos actores políticos de este fin de siglo no sólo en América latina: el *outsider*.

Precisamente, el triunfo de Alberto Fujimori en Perú -quien llegó al poder sin estructuras políticas y el solitario respaldo del movimiento Cambio 90, la Iglesia Evangélica y pequeños empresarios- y el posterior autogolpe de abril de 1992, bendecido por la OEA, permitió plantear el todo su magnitud una gran paradoja latinoamericana, vinculada al poder del Estado.



Compositie met gele lijnen

Fujimori decidió intervenir el Congreso, disolver el Poder Judicial y declarar el estado de emergencia en todo el país, con el respaldo total de las Fuerzas Armadas, como respuesta a un cuadro desesperante de vacío de poder, crisis económica terminal y la�ensiva de la guerrilla más poderosa del continente. En poco menos de un año, despegó a Sendero, reinertó al país en el escenario financiero, enfrentó con éxito intentos de golpes, removió a la jefatura del ejército y la Armada y avanzó en la reforma de una nueva Constitución. En este sentido, la experiencia "fujimorista" -en tanto, "atajo" no democrático- no ha dado respuestas, pero sirvió para plantear interrogantes.

El caso peruano revela una pista: la imposibilidad de profundizar la democracia sin consolidar el poder del Estado. También, la necesidad de un marco de previsibilidad económica que garantice a la sociedad un mínimo horizonte de certidumbre.

Esta es, precisamente, la línea central del desafío de América latina: cómo buscar una correspondencia entre competitividad internacional y reducción de desigualdades sociales en el marco de Estados eficaces, con severo control del gasto y sistemas políticos demócratas y plurales.

Ser competitivos es también tener legitimidad política, capacidad para cobrar impuestos, invertir en desarrollo y educación y recrear un sistema de partidos modernos constituidos en principales canalizadores de demandas de una sociedad en constante mutación. □

ENTREVISTA

Helmut Dubiel

Diálogo sobre la escuela de Frankfurt

Helmut Dubiel es uno de los principales filósofos sociales que, desde el horizonte abierto por el pensamiento de Jürgen Habermas, continúan la tradición crítica de la escuela de Frankfurt, intentando una renovación de sus principios que nos permita comprender lo específico de la sociedad presente. Ha sido director, entre 1988 y 1992, del célebre "Instituto de Investigación Social" que fundara Max Horkheimer en la década del veinte. Autor de numerosos trabajos sobre problemas políticos y de ciencia social, entre los que es posible destacar *¿Qué es el neoconservadurismo?* (1985), que, en pleno auge de su hegemonía, entablara una abierta polémica con el pensamiento neoconservador.

Diego Tatán

Qué actualidad tienen las teorías que describían el peligro de una "sociedad de la administración total", o de la "sociedad unidimensional", según la Teoría Crítica clásica?

Una "tolerancia represiva".

El paradigma histórico para las ideas acerca de una sociedad unidimensional, de una sociedad sin brechas, era, por supuesto, el nacionalsocialismo; a partir de aquí, la escuela de Frankfurt desarrolló sus categorías históricas. Si fuera posible resumir esas categorías, diría que son sobre-

todo aquellas que suponen la conciencia de una cultura completamente manipulada, en la que todos los aspectos de la sociedad están controlados; un determinado carácter social, es decir una estructura psíquica de las masas, que es también un medio inmediato para la dominación totalitaria, y finalmente un capitalismo totalitario que ha desterrado fuera de sí todos sus elementos liberales, subsumiendo a la sociedad en sus necesidades de reproducción, de progreso, etc. Lo interesante es que esto tal vez proporciona una respuesta a su pregunta: que los teóricos de la Teoría Crítica conservan estas categorías una vez que la dominación nacionalsocialista ha desaparecido de la historia. El discurso de la sociedad unidimensional de Herbert Marcuse, por ejemplo, que establecía con las condiciones de la sociedad norteamericana de la posguerra, trabaja con un inventario categorial que fue acuñado durante la dominación totalitaria del nacionalsocialismo. Marcuse y también Adorno -un poco menos Horkheimer- mantuvieron esta teoría aun cuando el caso empírico de una sociedad totalitaria había dejado de existir, aun cuando debieron admitir que, por ejemplo, los rendimientos integrativos de la economía habían pasado a un Estado de Bienestar, y también que la situación de las democracias liberales había quebrado la voluntad inmediata de una sociedad totalitaria. Una gran parte de la energía teórica de Herbert Marcuse fue invertida en el intento de describir, tras las máscaras de la tolerancia, de la libertad democrática, del liberalismo, el espectro del totalitarismo unidimensional.

Una "tolerancia represiva".

Sí, la expresión de Marcuse era esa, "tolerancia represiva". Pero este diagnóstico marxiano admithía también una contradicción, ya que esperaba que desde el centro mismo de una sociedad unidimensional cada vez más manipulada surgirían fuerzas, corrientes y mo-

tivos que podrían derribar todo ese sistema. Marcuse era un pensador sumamente optimista y voluntarista, que con una gran pasión trató de describir formas de resistencia antitotalitarias que hicieran frente a la unidimensionalidad del capitalismo tardío. Por ejemplo, huelgas y acciones políticas en los lugares de trabajo, resistencias estéticas contra la arquitectura desértica de las ciudades por medio de *degraffitis* o experiencias de éxtasis sensual como en la experiencia del festival de Woodstock. Y, más concretamente, Marcuse creía percibir un mán-álal de la sociedad unidimensional en el movimiento estudiantil, en el movimiento de mujeres, en el movimiento de disidentes de la Europa del Este.

¿Sería posible, en este punto, trazar un paralelo con las ideas de Max Weber tardío, quien creía ver en el arte, el misticismo, el erotismo, la poesía, vías de resistencia contra la burocracia?

Hay una famosa historia según la cual Weber, al final de su vida, fue intensamente influido por una mujer -que no era la suya-, en el sentido de la importancia de lo sensual y del erotismo como fuerza cultural, y creyó describir aquí y también en lo estético (en el doble sentido del término, esto es, como belleza pero también como sensibilidad) una tendencia contraria a la burocracia, un contrapoder frente a ella. Pero esto es otra cosa de lo que pensaba Marcuse, quien no hubiera creído que lo estético, así comprendido, hubiera tenido efectos políticos, ni lo habría considerado como una fuerza oopuesta al sistema, puesto que ese planteo considera sólo el individuo como lugar para esa resistencia estética contra la racionalidad formal.

Ya Horkheimer y Adorno habían desconfiado de la significación política del proletariado -considerada absoluta por toda la tradición marxista-, en cuanto sujeto de transformación social. Y Marcuse depositaba sus esperanzas en los grupos marginales y mo-

en los estudiantes. ¿Cuál es el sujeto social de la nueva Teoría Crítica?

Su pregunta sólo se dejó responder si partimos de un determinado esquema de transformación social, cuyo paradigma es el pensamiento marxista. Es éste un modelo muy pregnante, que posee algunos elementos que es necesario diferenciar, tal como ha sido descripido por Lukács. En primer lugar, que toda la miseria del capitalismo se concentra en la situación del proletariado, que al mismo tiempo el proletariado es la única fuerza en esa sociedad que posee el poder, la motivación y los intereses para la transformación de su situación, etc. Cuando por ejemplo Marcuse -no Adorno- se interesa vivamente, en los años 60, por el movimiento estudiantil, tenía en la mente un esquema idéntico, para el que sólo buscaba un nuevo sujeto. Pero tal vez todo este esquema ha dejado de funcionar. Ya Horkheimer y Adorno habían enfatizado, en algunos puntos, su caducidad. Podría ocurrir que la maximización del sufrimiento social y el potencial social para la transformación se fragmenten en grupos diferentes. Y a mí me parece que es éste, en efecto, el caso de nuestra sociedad. Tal vez los que tienen la energía, el potencial y la inteligencia estratégica para transformar la sociedad de una manera estructural, ya no tienen interés en hacerlo porque de algún modo encuentran provecho en ello. Los problemas decisivos que desde hace un tiempo discute la izquierda se hallan bajo el concepto de individualización, esto es, la idea de acciones colectivas y de agentes de transformación colectivos es una representación del siglo XIX y de principios del siglo XX. Es decir, cuando los hombres se definen hoy como sujetos políticos lo hacen en cuento individuos que sufren bajo la sociedad pero no como partes de un sujeto colectivo.

Cómo han de estimarse en la actualidad, desde la izquierda, las condiciones generadas por el estallido de los llamados "nuevos movimientos sociales", esas condiciones frente a las que el pensamiento neoconservador reacciona describiéndolas como una situación de "ingobernabilidad"?

La tesis de la "ingobernabilidad" consistía en que bajo las condiciones creadas por la existencia de múltiples movimien-

tos sociales, una alta disposición para tomar parte en manifestaciones, etc., es muy difícil llevar a cabo la voluntad de los gobiernos. Esta tesis fue formulada hace diez o quince años y hay que admitir que estas condiciones se han vuelto mucho más drásticas, puesto que entonces la resistencia estaba limitada a minorías sociales militantes, mientras que hoy una mayoría cuantitativa tiene resentimientos masivos contra el sistema político.

Actualmente gobernar se ha vuelto algo mucho más difícil que antes. Muchas veces los políticos sienten hoy nostalgia por los tiempos de los años 60, por los tiempos de la ingobernabilidad, cuando son comparados con la resistencia contra la política que existe en este momento por parte del público normal. Sobre todo, la actual postura negativa y la apatía de una gran parte de la población es totalmente irracional y antipolítica, mucha más imprevisible y en muchos casos orientada hacia la extrema derecha. Cuando en el pasado hablábamos, desde la izquierda, de ingobernabilidad, teníamos un sentimiento positivo, casi como si se tratara de una estrategia revolucionaria

contra la política oficial. Pero el actual vacío político es más bien una amenaza, tanto para la izquierda como para los burgueses. Esta tesis fue formulada hace diez o quince años y hay que admitir que bien todo lo contrario.

Originalmente, la escuela de Frankfurt tuvo dos enemigos: por una parte, la tradición radical-conservadora alemana (que desembocaría en el nazismo), y por otra parte, el positivismo. Me parece sin embargo que la nueva Teoría Crítica, y en particular el pensamiento de Habermas, se vuelve cada vez más hacia la tradición positivista anglosajona. ¿No hay algo paradójico?

Está es una pregunta difícil y tal vez deba responderla en distintos niveles. En primer lugar, efectivamente, la Teoría Crítica clásica que surgió en los años 30 planteó una guerra intelectual de dos frentes: en el plano de la filosofía, combatió contra el irracionalismo, contra las corrientes irracionalistas de la República de Weimar -esto es, la filosofía de la vida, la filosofía de la existencia, etc.- y por otra parte contra el positivismo y contra las corrientes neopositivistas. Esta parte antipositivista se hace más fuerte en épocas más tardías de la Teoría Crítica y en el caso de Adorno se desarrolla hasta alcanzar marcados afectos anticientíficos. Pero esto no era consecuente, pues al mismo tiempo Adorno realizaba estudios empíricos que tenían una dirección positivista, tanto en Estados Unidos como en su Instituto en Frankfurt. Y Habermas se sintió rechazado por ese pensamiento anticientífico. Se planteó el interrogante, y yo creo que con razón, respecto a cuáles eran las fuentes de las que procedía esa estimación fuertemente crítica de la sociedad moderna, de la historia moderna, siendo que era, al mismo tiempo, el único medio capaz de producir conocimiento en un sentido satisfactorio. Por eso, Habermas vio en esa postura una crítica existencialista a la ciencia, que le era completamente



ajena. Habermas, consecuentemente, plantea de manera clara que más allá de la discusión científica no existe ningún ámbito de verdad en la sociedad moderna. Por eso nunca tuvo temor alguno en tomar contacto con corrientes como la filosofía anglosajona del lenguaje, por ejemplo, o la sociología empirista. Marx se consideraba que esto era algo extraño al pensamiento crítico. Una vez, durante una conversación, Habermas le habló a Marcuse de Wittgenstein, y Marcuse en vez de decir "Wittgenstein" decía "Wittgeneschwein," lo que expresaba claramente su consideración política: la inmediatez sobre la obra de Wittgenstein.

Habermas comenta en algún pasaje, hacia el final de su vida, Horkheimer afirmaba la importancia de la religión como forma de resistencia a la completa racionalización social. ¿Qué relevancia debemos adjudicar a esta idea?

En Frankfurt mismo, para sus amigos, sus compañeros y sus aliados, este desarrollo del pensamiento de Horkheimer fue algo penoso. Quieren fueron sus alumnos fieles durante los años 60 y 70, eran por lo general marxistas, y es claro lo que para ellos significaba la religión. Tampoco aceptaron el principio filosófico de la crítica social, es decir que la crítica se concentraría en una crítica de la racionalidad instrumental. MÁS bien seguían viendo la clave para la comprensión de lo social en la relación entre trabajo y capital. Los estudiantes de los 70 consideraron esto que usted menciona de Horkheimer como algo aberrante de un hombre ya senil.

El reconocimiento de la estructura objetiva del sufrimiento plantea un problema, que es el de la forma de la expresión filosófica. En este sentido, un paradigma de realización de esta expresión me parecen las "Mínimas morales" de Adorno. ¿Qué importancia tienen el problema de la expresión para los teóricos críticos actuales?

Es una pregunta que tiene muchas facetas y que me hace pensar sobre distin-

tos puntos. En Adorno encontramos el pensamiento de que en un mundo completamente dominado por la manipulación los individuos ni siquiera pueden estar seguros de sus propios sentimientos, puesto que sus sentimientos podrían ser el reflejo de una indoctrinación provocada por los medios masivos. En semejante mundo, el sufrimiento subjetivo es la única instancia de objetividad. Se plantea aquí, naturalmente, un problema muy grande. Quien toma en cuenta esto debe preguntarse por la validez y la veracidad que tiene la expresión del sufrimiento

por parte del individuo, es decir, el problema es cómo se sería posible saber si un sufrimiento es auténtico. Por eso, en su "teoría de la acción comunicativa", Habermas procuró integrar esta dimensión del subjetivo, que proporcionara un criterio para la validez de la expresión del sufrimiento, criterio que es la autenticidad. Pero aparece aquí nuevamente una diferencia entre Habermas y Adorno. Habermas dice que no necesariamente los individuos dan cuenta de su propia autenticidad, o sea que podríamos decir que delega la capacidad de juzgar sobre sí mismos por parte de los individuos del mismo modo en que en la ciencia es necesario discutir primero para saber si algo es verdadero, del mismo modo como en la moral es preciso juzgar a través de un discurso para saber qué es moral y también en la dimensión estética ocurre algo similar, en cuanto es necesario inaugurar un discurso terapéutico con respecto a la autenticidad de los sentimientos. Lamentablemente no puedo responder todas las facetas de su pregunta.

Adorno confiaba en la importancia política de lo estético, particularmente en la de experiencias artísticas que expresaban las contradicciones, el absurdo, la inarmonía de lo social, como la música de Schöenberg o la literatura de Samuel Beckett. ¿Qué rol se atribuye al arte y a lo estético en la Teoría Crítica más reciente?

Para Habermas no juega ningún rol, aunque no porque solamente considere la

esfera racional sino porque no es experto en problemas de ese orden. El mismo admitió que, en su teoría sistemática, esta dimensión de la racionalidad estética no fue suficientemente desarrollada.

Algo que quizás podíamos considerar como un elemento judio en la primera Teoría Crítica es la renuencia a ponerle rostro al futuro, esto es describirlo en términos positivos. En todo caso sólo es posible hallar en aquellos textos una "utopía negativa", tal vez a causa del convencimiento de que las utopías en sentido fuerte condujeron, históricamente, a los campos de exterminio y los holocaustos. ¿Qué elaboración recibe el concepto de "utopía" en el pensamiento crítico actual?

En los últimos años me he acostumbrado a pensar de una manera completamente antitópica, tal vez por las experiencias que usted mencionó. Las más grandes catástrofes de nuestro siglo provienen de utopías positivas. De alguna manera estoy todavía ilusionado por la lógica de un utopismo negativo. Es bello pensamiento de la concepción judía según el cual de Jehová no podemos hacer una imagen, se retoma, y así tampoco el teórico crítico debe hacerse una imagen de la sociedad libre. Pero al mismo tiempo pienso que el gesto puro de la crítica negativa puede ser un gesto apólitico y débil -lo cual no implica que debamos volver a postular una utopía positiva-. Tal vez surjan, en los próximos años, elementos reales que orienten al pensamiento no hacia las grandes utopías sino hacia el problema de la forma que debe tener la sociedad y desarrollar así pequeñas fantasías políticas que intenten neutralizar los mecanismos destructivos del capitalismo. El problema del ingreso de los ciudadanos, por ejemplo, formaría parte de un hábito de pensamiento que nada tiene que ver con una utopía positiva ni con una negativa, pero cierta medida esto favorecería una modificación estructural de la sociedad, un hábito de pensamiento, en suma, que estaría acompañado por un escépticismo como que los efectos logrados conduczcan a utopía alguna. □

Nota

¹ Se trata de un juego de palabras. Schwein significa, además, "cerdo".

REFLEXIONES

El fantasma del liberalismo

La atracción del Norte no cesará mientras persistan los infiernos del Sur. La aldea local recibe diariamente todos las tentaciones, pero ninguna de las realidades de la economía de lujo y la satisfacción inmediata. Como el mitico Tántalo, miles de millones de seres están condenados a ver, sin poder tocar, a desechar, sin poder comer o beber.

Carlos Fuentes
Nueva realidad, nueva legalidad

Junto a la crisis integral y a la incredulidad generalizada que signan el crepúsculo del segundo milenio, cabe aludir a los vertiginosos cambios históricos que nos toca hoy vivir; las inauditas derivaciones en un tiempo histórico tan acelerado como el actual que parece impedir la más leve predicción no sólo de un futuro cercano sino hasta del mismo día de mañana, debiendo apelarse a la compulsa periodística para acceder a un mínimo de comprensión sobre la vida circundante.¹

Hugo E. Biagini

A sorpresivo desmoronamiento del socialismo real, se han sucedido otra serie de acontecimientos y fenómenos desbordantes, como los que trasuntan la balcanización y los separatismos que han estallado cruentamente en Europa, junto con extendidos gérmenes tribales, xenófobos y neoracistas de toda laya. Autóres tan caracterizados como Eric Hobsbawm le han restado trascenden-

cia planetaria a tales proyectos nacionistas y alteraciones sectarias, en tanto ellos sólo constituirán resabios de un pasado carente de proyecciones "para la restrucción política del mundo en el siglo XXI", siglo que para Hobsbawm habrá de denotar dimensiones trans y supranacionales.² Este vaticinio aparece rotulado en otros enfoques, como el triunfo del megaestadismo y la aldea global sobre los particularismos y las soberanías territoriales.

Sin embargo, más allá de las proyecciones a largo plazo, diversos elementos de juicio permiten figurarnos que, en cuanto a ideales humanitarios, ha declinado notoriamente la posibilidad de concebir un mundo tan fusionado como el que se metió a principios de nuestra centuria, a la luz de los trasvases migratorios. Por lo contrario, con una metáfora gastronómica importada, cabe firmar que transitamos del *melting pot* al *salad bar*, del crisol de razas a la segregación étnica.

Tampoco se ha reforzado el cami-



Duui III

Tras su prolongado colapso, el Estado mínimo, que en los hechos comparte reducción de impuestos para los ricos y retroceso en las conquistas sociales, ha vuelto a ponerse en el candilero como la mejor vía para el progreso. Más allá de los círculos académicos, un autor tristemente célebre como Francis Fukuyama ha logrado difundir la tesis acerca de la organización socio-política del capitalismo actual - corolario lógico de la ciencia natural - como modalidad "completamente satisfactoria" para los seres humanos.⁴ En ese contexto, la única oposición validera parece consistir en la del "capitalismo contra capitalismo", expresión elegida por Michel Albert para denominar a un reciente libro suyo.⁵

Otro título sugerente acaba de anteporérsele a una exitosa obra colectiva: *El desafío neoliberal. El fin del tercермundo en América Latina*. Esta obra, que apunta en la misma línea de restauración ideológica e institucio-

nal señalada, contó con prestigiosos colaboradores como Octavio Paz, Mario Vargas Llosa y Peter Berger, sin faltar tampoco en ella antiguos adherentes a las dictaduras latinoamericanas y que en esta ocasión han dado vuelta su foja de servicios para defender "el respeto irrestricto por el prójimo, por sus proyectos de vida". Diversos fragmentos marcan la tónica del volumen, donde se remedian los lugares más comunes del viejo conservadurismo:

Vivimos en un mundo... sin excusas, sin culpa, sin yanquis. "Imperialismo", "soberanía", "la deuda" -susurros que ya no sirven para proclamar como víctimas. América Latina es su propio agente de acción, será responsable de sus éxitos y fracasos...

Axiomas: 1) El socialismo nunca funciona... 2) El capitalismo frecuentemente funciona... sin excepción alguna, las grandes historias de éxito económico del mundo

han sido capitalistas... grandes masas de población han salido de su pobreza y han llegado a unas riquezas sin precedentes, y, además ampliamente distribuidas... 3) La integración dentro del sistema capitalista internacional favorece el desarrollo económico... 4) No existe una "tercera vía" entre el capitalismo y el socialismo... 7) La capacidad empresarial es un agente de crecimiento decisivamente importante en situaciones de desarrollo...

La multiplicación de los vendedores ambulantes (en América latina) es una evidencia de una innata cultura empresarial... la planificación gubernativa genera caos...⁶

Apenas si se puede inferir de esa obra una mínima observación que vincule, por ejemplo, la dinámica capitalista con el accionar de las compañías transnacionales o que ponga al descubierto la fabulosa concentración de ingresos que estas compañías obtienen bajo la política neoliberal. A diferencia de ello, un autor poco sospechoso de éxitos y fracasos, Alvin Toffler, haciendo eco del verdadero poder de facto que poseen las corporaciones mundiales, ha llegado a insinuar, no sin cierta ironía, que se les otorgue representación en la ONU a las grandes organizaciones religiosas, al cartel del narcotráfico y a los condottieri empresariales.⁷

Yendo al fondo de la cuestión, es decir, a la sacralización a ultranza del capitalismo que pretenden introducir los neoliberales, un conocido latinoamericano, Carlos Fuentes, ha alertado sobre los riesgos que podría denotar el pasaje de una teología comunista a otra capitalista, a suponer que el fin del stalinismo constituya el cese de la injusticia social ni que ello permita legitimar hasta la misma resurrección del fascismo.⁸

Si bien hoy, más allá de las prácticas correspondientes, ya no resultan de buen tono las teorizaciones racistas o imperialistas como las que se formularon en los Estados Unidos al finalizar el siglo XIX, no faltan en cambio los trabajos académicos donde se exalta el individualismo y el *laissez faire* al más

puro estilo clásico. Por ejemplo la vuelta a Locke se produce no sólo en el pensamiento neoconservador sino en relevantes autores de distinta orientación como Robert Nozick, quien, mientras se muestra partidario del Estado ultramínimo, combate el igualitarismo, la planificación social, el régimen impositivo y la redistribución de los recursos, descartando que el sistema capitalista implique una carga de explotación laboral.⁹ Otros intelectuales, al estilo de Irving Kristol, procuran justificar a ultranza el *american way of life* y la comunidad de los negocios, se adelantan a decretar la muerte del socialismo y la utopía izquierdista, o defienden la *realpolitik* norteamericana contra la preocupación por los derechos humanos en el Tercer Mundo.¹⁰

Una figura de la talla de John Kenneth Galbraith ha debido recordar algunas obviedades que, si bien resultaban evidentes hasta en los tiempos de Veblen, han terminado por debilitarse en nuestra actualidad, obviadas como la de las fluctuaciones constantes que siempre se ha experimentado en materia económica, donde no existen ni verdades ni situaciones perennes en el usufructo del poder. Galbraith trae también a colación otro secreto a voces: el hecho de que los grupos privilegiados sustentan creencias orientadas hacia el goce continuo. Dicho intelectual tampoco ha titulado en propiciar la implantación de un impuesto riguroso a la renta como el único medio para reducir la desigualdad económica, la cual ha ido en aumento con la quita de gravámenes a los adinerados durante la llamada era de la satisfacción.

...nada contribuirá tanto... a la tranquilidad social como unos gritos de angustia de los muy ricos... La actuación del Estado es también inevitable en lo relativo a las tendencias profundamente intrínsecas y autodestructivas del sistema económico. Las consecuencias decepcionantes, no menos para los implicados, de la gran actividad especulativa (y con frecuencia delictiva) de los años ochenta son maravillosamente evidentes. Podrían haberse evitado con una actuación reguladora oportuna y responsable...

La vida en las grandes ciudades podría mejorarse en general, y sólo se mejorará, mediante la acción pública: con mejores escuelas y profesores mejor pagados, con servicios sociales fuertes y bien financiados, con asesoramiento sobre drogadicción, con formación profesional, con inversión pública en la construcción de viviendas, algo que no proporciona a los pobres en ningún país industrial la empresa privada.¹¹

¡Habrá de orientarse en ese sentido la política estadounidense de puertas adentro de la mano del presidente demócrata, admitiendo que el mismo pueda terminar normalmente su mandato sin sucumbir ante las presiones del big business! ¿Lograrán mejorarase las condiciones de vida de los asalariados y del norteamericano medio, las cuales se vieron tan disminuidas durante las últimas gestiones republicanas -a diferencia de lo que ocurrió entonces con los sectores de más altos ingresos? ¿Cesarán por fin las prácticas desestabilizadoras e intervencionistas que, como sucedió por ejemplo con la sanguinaria invasión a Panamá, no permitió instaurar ningún régimen democrático sino el más cómplice nepotismo? ¿Quedarán sin efecto los designios imperiales y belicosos plasmados durante los 80 en los documentos de Santa Fe que elaboraron un grupo de ideólogos pertenecientes a la nueva derecha norteamericana? ¿Podrá Clinton eximirse de la acusación por crímenes de guerra que Noam

Chomsky les ha formulado a los anteriores presidentes de su país, contando además aquí con el poderoso irrestre que le brinda la debacle soviética -además de los otros inmensos "garrotes" representados por la deuda externa y la penetración cultural?¹²

De cualquier forma, con vistas a la reconstrucción del tejido social, afectado por crudas políticas de ajuste y privatización, no sólo tendrá que redescubrir el rol del Estado. Habida cuenta también del desprestigio o la indiferencia con que son percibidas las organizaciones políticas tradicionales y sin desmedro de que se re incontriven esos insustituibles canales democráticos, debe contarse con la colaboración de la sociedad civil a través de entidades tales como las Organizaciones No Gubernamentales. Precisamente, en la revista *Perspectivas Liberales*,¹³ auspiciada por la Fundación Friedrich Naumann, se ha dejado un número a la importancia de esa clase de asociaciones, destacándose la labor que las mismas han venido ejerciendo para combatir la pobreza y la marginalidad, la violación de los derechos humanos, el estancamiento o la explotación y deterioro del medio ambiente. Con respecto a este último punto, dicha publicación incluye un artículo específico sobre la creación de una Corte Internacional para juzgar los daños contra la naturaleza, antes de que se produzca una colisión irreparable entre el sistema industrial y el ecosistema, debido a dos peligros principales: el efecto invernadero y la reducción de la capa de ozono.

PUNTO DE VISTA

Nº49 - AGOSTO DE 1994

Historia y memoria

El caso Reggiardo Tolosa/Guerra de Malvinas/Cordobazo/

La lista de Schindler/Los Pichiciegos

Escriben: Vezzetti/Altamirano/Beccyero/Sarlio/Sabato/Monjeau

Ada Korn Editora

¿Por qué ningún creyente creó el psicoanálisis?
¿Por qué hubo que esperar a un judío sin dios?

Peter Gay, uno de los más distinguidos historiadores de la cultura, se propone contestar estos interrogantes y expone el pensamiento del propio Freud sobre la relación entre psicoanálisis y religión.

UN JUDIO SIN DIOS

Freud, el ateísmo y la construcción del psicoanálisis

de

PETER GAY

Uruguay 651 8º H



Buenos Aires

Si nos detenemos en la actualidad latinoamericana, salta a la vista el crecimiento astronómico en las nivales de pauperización que se ha ido produciendo durante la "década perdida", hacia los años 80, cuando implantó el llamado capitalismo de casino. Una década perdida para el desarrollo y para las grandes masas, pero en la cual se ha incrementado la fortuna de los más poderosos en una proporción con escasísimos precedentes históricos y que para colmo de males se halla aumentando hoy sideralmente bajo gobiernos constitucionales. De continuar dicha tendencia, organismos como el CEPAL calculan que para el año 2000 va a existir un 60 por ciento de la población latinoamericana viviendo en estado de pobreza.

A ese grado de deterioro han contribuido no sólo el intercambio comercial desfavorable para América Latina sino también el agobiante problema de la deuda externa, cuya responsabilidad no resulta sólo imputable a las clases directivas locales sino también a los bancos acreedores que entregaron los préstamos incondicionalmente, financiando en definitiva la fuga de capitales -hacia los propios centros crediticios-, la compra de armamentos y el despilfarro. Por añadidura, los países industrializados cierran celosamente sus mercados a las naciones deudoras. Tal como se ha sostenido, el predominio

nio abrumador de la pobreza en nuestra América no obedece a la escasez de recursos sino a políticas que concentran la riqueza agudizando las grietas del sistema social.¹⁴

Un país atípico como la Argentina, que habitualmente se dudaba de incluirlo entre las naciones subdesarrolladas, estuvo sufriendo una creciente pauperización hasta en su propia clase media. Mientras que en 1975, sólo 3 por ciento de las familias argentinas vivían bajo la línea de pobreza, quince años más tarde la cifra roza 25 por ciento, habiéndose experimentado así mismo una mermada abrumadora en los servicios sociales.¹⁵

Vienen a cuenta algunas declaraciones formuladas a la prensa argentina por un parlamentario español sobre la necesidad de una correcta distribución de la renta, mientras seña que no existen razones metafísicas para que una empresa gubernativa funcione con inefficiencia y que actividades como la siderurgia están siendo estatizadas en muchas partes: "el Estado atrae recursos por el sistema impositivo y con esos recursos se pagan una serie de servicios que hacen que los ciudadanos sean más iguales. Hablamos del gasto en la sanidad, en la seguridad social y en la previsión social, las pensiones y el empleo..."¹⁶

El propio periodismo de ese país ha recogido apreciaciones desfavorables hacia la élite argentina y a su lluviosa concepción del liberalismo, poniéndose en tela de juicio el supuesto milagro económico que aquí se estaría produciendo. Tales apreciaciones pueden incluso ser advertidas hasta en conspicuos partidarios de esa misma ideología, que han señalado el abandono de la última dictadura militar, período en el cual se registró allá una corrupción económica insuperada en toda la periferia capitalista -según datos de la revista Newsweek (agosto de 1981)-. Esta corrupción ha alcanzado una magnitud tan alta que hoy, doce años más tarde, se ha creado en la Universidad de Buenos Aires un curso de posgrado para estudiar ese fenómeno perverso y el modo de combatirlo, curso que, de resultar exitoso, se incorporaría como materia obligatoria en varias carreras de grado.

Además, se han malvendido allí las empresas estatales, so pretexto de solventar ese mismo endeudamiento,

perjudicándose con ello el patrimonio común y la economía popular -agraviados por la más flagrante evasión y liberación impositivas junto a un serio retroceso en la legislación laboral, con inestabilidad en el empleo y limitación del derecho constitucional de huelga. Todo ello sobre la base de una política férreamente monetarista que ha provocado un auténtico "Estado de Malaestar", donde decaen los sectores públicos y los servicios sociales.¹⁷

Vienen a cuenta algunas declaraciones formuladas a la prensa argentina por un parlamentario español sobre la necesidad de una correcta distribución de la renta, mientras seña que no existen razones metafísicas para que una empresa gubernativa funcione con inefficiencia y que actividades como la siderurgia están siendo estatizadas en muchas partes: "el Estado atrae recursos por el sistema impositivo y con esos recursos se pagan una serie de servicios que hacen que los ciudadanos sean más iguales. Hablamos del gasto en la sanidad, en la seguridad social y en la previsión social, las pensiones y el empleo..."¹⁶

El propio periodismo de ese país ha recogido apreciaciones desfavorables hacia la élite argentina y a su lluviosa concepción del liberalismo, poniéndose en tela de juicio el supuesto milagro económico que aquí se estaría produciendo. Tales apreciaciones pueden incluso ser advertidas hasta en conspicuos partidarios de esa misma ideología, que han señalado el abandono de la última dictadura militar, período en el cual se registró allá una corrupción económica insuperada en toda la periferia capitalista -según datos de la revista Newsweek (agosto de 1981)-. Esta corrupción ha alcanzado una magnitud tan alta que hoy, doce años más tarde, se ha creado en la Universidad de Buenos Aires un curso de posgrado para estudiar ese fenómeno perverso y el modo de combatirlo, curso que, de resultar exitoso, se incorporaría como materia obligatoria en varias carreras de grado.

Además, se han malvendido allí las empresas estatales, so pretexto de solventar ese mismo endeudamiento,

perjudicándose con ello el patrimonio común y la economía popular -agraviados por la más flagrante evasión y liberación impositivas junto a un serio retroceso en la legislación laboral, con inestabilidad en el empleo y limitación del derecho constitucional de huelga. Todo ello sobre la base de una política férreamente monetarista que ha provocado un auténtico "Estado de Malaestar", donde decaen los sectores públicos y los servicios sociales.¹⁷

Conviene, en suma, reactualizar la desconfianza que desde hace tiempo aparecía en diversos autores progresistas a identificar, lisa y llanamente, democracia con desregulación del mercado. Más recientemente, Elías Díaz, aludiendo entre otras cuestiones a las últimas dictaduras latinoamericanas, ha objetado la falaz equiparación entre democracia representativa con libertad económica y modo de producción capitalista, mientras se inclina a vincular dicha forma gubernativa con una "utopía racional" como la del socialismo:

A veces parece como si ya nadie

sensato

cuestionara hoy el capitalismo.

Hasta la propia palabra viene a resultar como de uso molesto, "obsoleto" es lo que se dice, poco o nada científico, y desde luego que en absoluto "elegante"...

Si democracia con capitalismo no ha producido precisamente un mundo envidiable -dos guerras mundiales en medio siglo, la segunda contra dictaduras también capitalistas; decenas de guerras "menores" a lo largo y ancho de todo el; riesgos reales de destrucción del ecosistema y de toda la Humanidad-, ¿podrá y deberá esperarse que la democracia con otro modo -no capitalista- de organización social y económica y con otra ética y otra cultura de carácter sócialista democrático, mejorará en algo las cosas? Yo así lo creo...¹⁸

Con todo, a través de ese procedimiento se puede también llegar, paradójicamente, a la misma desinformación. Así tenemos el caso del resultado electoral de las últimas elecciones gubernativas celebradas en España, cuando dos diarios portavoces de orientación ideológica se refieren en sus respectivos titulares a un holgado y a un estrecho triunfo del PESO y de Felipe González: ediciones de *El Cronista* y *La Nación* del 7 de junio de 1993.

¹ E.J. Hobsbawm, *Naciones y nacionalismos desde 1780* (Barcelona, Crítica, 1992) p.191.

² Cf. el exhaustivo trabajo de Guy Sorman, *Esperando a los bárbaros. Sobre inmigrantes y drogadictos* (Buenos Aires, Emece, 1993).

La problemática de los flujos poblacionales de tal magnitud que están cobrando relieve las propuestas sobre una declaración universal de los derechos del inmigrante y sobre la creación de un sindicato internacional de trabajadores migratorios.

³ F. Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre* (Buenos Aires, Planeta, 1992)

En puridad, el siglo XX resultó un

⁴ J.K. Galbraith, *La cultura de la satisfacción* (Buenos Aires, Emece, 1992) pp.187-188.

⁵ N. Chomsky, *What Uncle Sam Really Wants* (Berkeley, Odonian Press, 1992). Véase también, James Petras, "El imperialismo cultural a fines del siglo XIX", *Anuario. Escuela de la Historia* (Rosario) 15, 1991/1992; C.O. Sastre, et al., *La estrategia neocolonial del imperio para los años 90* (Buenos Aires, Gentisur, 1990).

⁶ *Pequeñas Librerías* (Colombia), 27, 1992.

⁷ Cf., E. Lander (ed.), *Modernidad y universalismo* (Caracas, Nueva Sociedad, 1990); Aldo Ferrer, "Iberoamérica: una nueva sociedad", *Cuadernos Americanos* 39, 1993.

⁸ A. Minujín, et al., *Cuesta abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina* (Buenos Aires, UNICEF, 1992); Manuel Fernández López, "En el 2000 también", *Página/12*, 8/8/92.

⁹ En el reportaje efectuado al diputado Justo Zambrano Pineda por *El Cronista* Comercial, 30/8/92.

¹⁰ M. Grondona, *El positibilismo* (Buenos Aires, Planeta, 1993) y su entrevista para el Periódico *Página/12*, 28/3/93; Guy Sorman, "El liberalismo en la Argentina, una obra en busca de actores", *La Nación*, 2/6/93.

¹¹ E. Díaz, *Etica contra política. Los intelectuales y el poder* (Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1990) p.65 y 72; "Sociedad democrática: instituciones políticas y movimientos sociales", *Revista de Ciencias Sociales* (Valparaíso) 34-35, ler. y 2do. semestres 1989-1990, p.218.

El Príncipe

REVISTA DE CIENCIA POLÍTICA
Publicación trimestral
de la Asociación de
Especialistas y Maestros en
Ciencia Política de la
Provincia de Buenos Aires

Avenida 13 N° 857, oficina 14
(1900) La Plata - Provincia de
Buenos Aires - Argentina
Tel. 52-21-21855
Fax 54-21-259023

NUENA SOCIEDAD

Director: Heldulf Schmidt

Jefe de Redacción: S.Chejfec

SUSCRIPCIONES

(Incluido flete aéreo)

América latina

Resto del mundo

Venezuela

ANUAL

(6 númer.)

U\$S 50

U\$S 80

Bs.1.900

BIENAL

(12 númer.)

U\$S 85

U\$S140

Bs.3.500

PAGOS: Cheques en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD. Dirección: Apartado 61712-Chacao-Caracas 1060-A. Venezuela. Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.

El debate contemporáneo sobre la igualdad

En medios académicos e intelectuales de izquierda se advierte, en los últimos años, un vigoroso movimiento hacia los estudios sobre la cuestión de la igualdad, lo cual ha favorecido la incursión en terrenos teóricos nuevos o, al menos, poco frecuentados. Como resultado de este fenómeno el campo de discusión ha adquirido una centralidad inclaudicable.

Roberto Gargarella

En este trabajo me propongo resumir algunas de las principales cuestiones que se discuten, contemporáneamente, en torno de la idea de "igualdad". En primer lugar voy a indicar por qué este debate resurgió, con especial fuerza, en estos últimos años. Luego voy a presentar algunos de los principales acuerdos y desacuerdos que rodean a la cuestión, dentro de la filosofía política de nuestro tiempo.

Por qué renace la preocupación por la igualdad

Tiempo atrás, parte del "progresismo académico" se desocupaba de argumentar en favor de la igualdad o de dejar en claro de qué hablaba cuando hablaba de la igualdad. Esta cierta desidia contribuyó, entre otras cosas, al empobrecimiento del discurso "progresista", a su oscurecimiento y a la pérdida de la credibilidad que algunos vez pudo tener. No resulta difícil, sin embargo, encontrar algunas explicaciones para entender lo ocurrido. Fundamentalmente, y como señalará Gerald Cohen, la izquierda asumió la igualdad como algo históricamente inevitable y tal vez de modo menos recuros. Esto presupuestó permitir darle sostén a todo el resto del andamiaje marxista. En efecto, sin una situación de plena abundancia, el comunismo podía llegar a ser realizado. El comunismo requiere esta abundancia; la hiper-productividad es una condición necesaria de dicho sistema, ya que permite acabar con el reino de las necesidades insatisfechas y hace posible la autorrealización de todos los individuos.

explicito) moralmente correcto. De allí que no existiesen mayores motivaciones para dedicarse a fundamentar nociones como la de igualdad o intentar persuadir a otros acerca del valor de la misma. ¿Para qué "perder el tiempo" elaborando argumentos en favor de algo que indudablemente va a ocurrir?

que la clase obrera I) no representa a la mayoría de la sociedad; II) no es la que produce toda la riqueza de la sociedad; III) no agota de modo excluyente a la lista de los "necesitados" y IV) no se encuentre en la situación de "no tener nada que perder" con la revolución. Por otro lado, resulta más o menos

claro también que el socialismo no representa una garantía para la "liberación" de las fuerzas productivas de la sociedad. En este sentido, al menos se puede decir que el socialismo no parece representar una condición necesaria para la creación de la abundancia que

Crítica a la explotación vs. defensa del Estado de Bienestar

Para justificar distribuciones de recursos a los miembros menos productivos, y más desfavorecidos, dentro de la sociedad se requiere rechazar los principios que sostienen a la idea de explotación (ya que se debe rechazar la idea de que sólo los miembros productivos de la sociedad se apropien de lo producido por su trabajo).

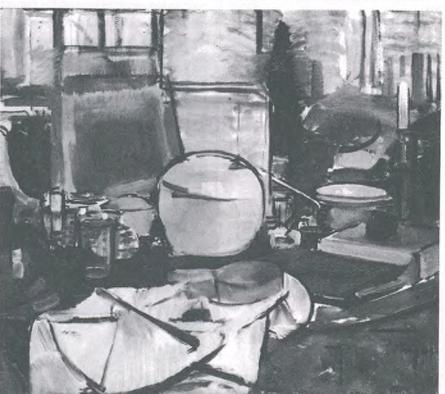
Hechos como los mencionados nos enfrentan luego con una situación bastante paradójica. Actualmente, el ideal de la igualdad no se cumple ya, y, por el contrario, contamos con una situación de crisis y esencializar, dentro de la cual la clase obrera "explotada" dejó de coincidir con la clase de los "necessitados". Desocupados, discapacitados, miembros de la clase pasiva,

los sectores productivos de la sociedad. De allí que, si queremos seguir defendiendo los intereses de los miembros más necesitados de la sociedad, tenemos que renunciar a principios de acción que antes podían parecer obvios pero hoy ya no. Por un lado, no es cierto que "liberando" a la clase obrera, liberamos a la sociedad. Por otro lado, y como también señala Gerald Cohen, *"estamos forzados a elegir entre el principio de que tenemos dere-*

cho al producto de nuestro trabajo, implícito en la doctrina de la explotación, y un principio de igualdad de cargas y beneficios que niega el derecho al producto del trabajo de uno y que es necesario para defender el apoyo a los más necesitados que no son productivos y que, como resultado, tampoco se encuentran explotados".¹ Debe notarse cuáles son las graves consecuencias a las que está apuntando esta afirmación. Para justificar las distribuciones de recursos a los miembros menos productivos, y más desfavorecidos, dentro de la sociedad (distribuciones como las que alguna vez intentó realizar el Estado de Bienestar y que hoy defendería cualquier defensor de la idea de igualdad) se requiere rechazar los principios que sostienen la idea de explotación (ya que se debe rechazar la idea de que sólo los miembros productivos de la sociedad se apropien de lo producido por su trabajo).

II) Crítica a las (llamadas) “arbitriedades morales”

La convicción de que todos los individuos deben ser tratados (en la expresión de Ronald Dworkin) con igual consideración y respeto aparece hoy como muy extendida dentro de la filosofía política contemporánea. Autores igualitarios y no igualitarios pueden mostrar sus acuerdos, además, en una idea más precisa o menos abstracta: las personas no son tratadas con



Stilleven met vembereport I

dos libres entre adultos libres se verían permanentemente "contaminados" por las acciones de un gobierno omnipotente. Es así como autores igualitarios y no igualitarios muestran los límites dentro de los cuales tienden a cuestionar las discusiones entre ellos. Permítanme, sin embargo, seguir enumerando acuerdos y desacuerdos dentro de la primera de las fracciones mencionadas.

III) Defensa de la (plena) "responsabilidad" individual

La contracara del mencionado ataque a las "arbitrariedades morales" lo constituye el objetivo de asegurar que toda persona pueda convertirse en dueña de sus actos. Quiero decir que cada una pueda determinar autónomamente el curso que quiere darle a su propia vida. Este ideal, propio de la tradición kantiana, resulta frustrado cuando hechos que son ajenos al control de uno son los que marcan el sentido de la vida de uno. Sólo si se asegura algo cercano a aquel ideal puede resultar legítimo, luego, hacer que cada uno cargue con la responsabilidad de sus actos, tanto en sus asuntos como en sus desacuerdos.

En el lenguaje igualitario se suele hacer referencia a estos objetivos distinguiendo entre "elecciones" (plenarias, autónomas) y "circunstancias": una sociedad justa, en este sentido, es la que procura que sean los individuos los que elijan autónomamente sus pláticas de vida, mientras que las instituciones políticas sean las que mitiguen los efectos de las circunstancias desfavorables a tales elecciones.¹⁹

IV) Urgencias

Otro importante punto de acuerdo entre autores igualitarios reside en el especial tratamiento que aconsejan, respecto de los miembros más desventajados de la sociedad. Este punto (ya claramente presente en los principios de justicia defendidos por Rawls) apareció con más fuerza en los últimos años. Thomas Nagel ejemplificó recientemente posibles alcances de esta idea. Un padre -en su ejemplo- debe preferir trasladarse a una ciudad más

desarrollada, donde uno de sus hijos (que sufre de una dolorosa enfermedad) puede recibir una especial atención médica; en lugar de optar por un más perjudicado suburbio, donde su otro hijo (aficionado a los deportes y a la naturaleza), puede llevar adelante una vida mejor. De acuerdo con Nagel, esta opción es la más igualitaria, dadas las especiales urgencias que afectan al (naturalmente) menos beneficiado de los.

El principio en cuestión, tal como fuera desarrollado en un famoso trabajo de Thomas Scanlon, es el de que una sociedad igualitaria no debe tratar a las personas de sus miembros como si tuvieran todos un igual peso: las necesidades más urgentes (definidas por ciertos *standards* objetivos), deben recibir siempre un tratamiento prioritario.⁵

Desacuerdos

I) Alcance de las "arbitrariedades morales"

Al poco de definirnos acuerdos como los anteriores, aparecen obvias dificultades para determinar de un modo más preciso los alcances requeridos por las políticas igualitarias. En primer lugar,

resulta claro, corresponde definir más exactamente el contenido de las mencionadas "arbitrariedades". Esto es ¿cuáles son las circunstancias que el sistema institucional debe igualar a los fines de permitir que los distintos individuos tengan iguales posibilidades de autodeterminación? Entre el pensamiento igualitario contemporáneo existe un principio de acuerdo acerca de cuáles podrían ser algunas de tales circunstancias. Por ejemplo, y siguiendo una clasificación propuesta por Thomas Nagel,⁶ podríamos decir que, en primer lugar, una sociedad igualitaria no debiera incurrir en discriminaciones I) raciales; II) sexuales, III) religiosas y IV) étnicas. Estas consideraciones, parecen ya más o menos recopiladas por la mayoría de las comunidades liberales de nuestro tiempo.

Por otra parte, el pensamiento igualitario tiende a considerar "arbitrariedades", también, a las diferencias de "clase" entre distintos individuos. Este criterio resulta obviamente disputado en la actualidad, al vincularse la riqueza de cada uno con los méritos o esfuerzos que uno o sus familiares han hecho para alcanzar cierta posición económica. Sin embargo (y, quizás, en su paso más radical), muchos autores igualitarios



Landschap

tarios consideran, aun, los diferentes talentos o "capacidades para realizar esfuerzos" como arbitrarios. Según Rawls, en efecto, los individuos no son "propietarios" de sus capacidades: ellos han sido privados "naturalmente" de tales dones, por lo que

no parece justo que resulten especialmente beneficiados o perjudicados a raíz de tales situaciones, a las que son ajenos. Este reclamo (que desafía los más radicalizados límites del pensamiento progresista), llevó a Rawls a sostener que en una sociedad justa, los beneficios derivados de los esfuerzos de los más talentosos debieran destinarse, antes que nada, a favorar a aquellos más perjudicados por la "lotería natural". Esta postura rawlsiana parece hoy bastante lejana del más común discurso de la intelectualidad progresista.

II) Preferencias subjetivas vs. dotaciones personales

Consideraciones como las anteriores provocan, normalmente, diferencias sustantivas también dentro de la esfera del pensamiento igualitario. Aun aquellos que acuerdan en llamar "arbitrariedades morales" a las desigualdades derivadas de la raza, la religión, el sexo, la etnia, la clase y los talentos diferentes, disienten a la hora de determinar la importancia que debiera otorgársele a alguno de estos factores. Por ejemplo fundamentalmente: ¿hasta qué punto un sistema igualitario debe ser "sensible" a las dotaciones personales (*endowment*) de cada uno? ¿hasta qué punto debe ser sensible a las ambiciones de cada uno? En este sentido, existe una larga polémica entre autores como Rawls y Dworkin. Para este último, un esquema como el defendido por Rawls es, en ocasiones, demasiado insensible a las dotaciones con las que cada individuo llega al

mundo y en otras, no suficientemente sensibles a las ambiciones o preferencias personales de cada uno. El problema, uno de los más interesantes y complejos del actual debate, está lejos aún de encontrar una resolución adecuada.⁷

III) Igualdad de qué?

La última de las diferencias que voy a mencionar, dentro de los actuales debates sobre la igualdad, aparece de algún modo como un resultado de disputas como las hasta aquí señaladas. Me estoy refiriendo, en este caso, a las distintas propuestas que se presentan como ideas a las que una sociedad igualitaria debiera aspirar. Sólo a los fines de presentar un esquema de estas propuestas, me referiré a las siguientes:

a) Posiciones "objetivistas" (*re-sourcists*). Autores como Rawls o Dworkin, aun en sus diferencias, tienden a coincidir en la defensa de ciertos parámetros más o menos "objetivos" de igualdad. Todos los individuos, en este sentido, deberían ser pasivos de una distribución equitativa de ciertos "bienes primarios" (ingresos, salud, poder, talentos, oportunidades, etc.) o (según Dworkin) recursos iniciales.

b) Posiciones "subjetivistas" o "welfaristas". Otros autores, en cambio, consideran que las políticas de una sociedad justa deberían orientarse hacia una igual satisfacción final de las distintas preferencias de los distintos individuos.⁸ Estas posiciones encuentran hoy un espacio relativamente reducido, luego de la fuerte embate crítico de que fueron objeto.⁹

c) Posiciones intermedias. Autores como Amartya Sen defienden una posición intermedia frente a las anteriorres. Para este autor, el igualitariismo no debería concentrar su atención ni en los "bienes primarios" o recursos in-

ciales ni (como en los enfoques "welfaristas") en la utilidad final de cada individuo. Lo que debería ser tomado en consideración, en cambio, es un punto intermedio que es "posterior" al "tener bienes" y "anterior" a la obtención de utilidad. El nivel nutricional de cada uno, por ejemplo, se ubica en este punto intermedio y, sostiene Sen, equivocaríamos nuestros objetivos si, en una (hipotética) distribución de recursos, no difiéramos debidamente prioridad a este factor o nos dejáramos llevar por los poco plausibles criterios del "welfarismo".

Resulta claro que, con lo dicho hasta aquí, no he hecho más que esquematizar muy brevemente el debate contemporáneo en materia de igualdad. Los recortes a los que (por razones de espacio o conocimiento) me vi obligado, pueden significar injusticia hacia algunas posiciones. Sin embargo, y a pesar de estas importantes objeciones, entiendo que este resumen puede resultar valioso, al menos, como estimulador para abordar algunas de las más diversas discusiones presentes en esta materia. □

Notas

¹ Gerald Cohen, "Equality as Fact and as Norm: Reflections on the (partial) Demise of Marxism". Manuscrito. Universidad de Oxford, 1993, p.10.

² John Rawls, *A Theory of Justice* (Harvard U.P., 1971), p.102.

³ Brian Barry, en *Liberty and Justice* (Clarendon Press, Oxford, 1991), p.142.

⁴ Thomas Nagel, "Equality", en *Mortal Questions* (Cambridge U.P., 1979), p.126.

⁵ Thomas Scanlon, "Preference and Urgency", *Journal of Philosophy*, LXXIX, N°19 (6/11/75).

⁶ Thomas Nagel, *Equality and Partiality* (Oxford U.P., 1991), pp.102-103.

⁷ Véase, por ejemplo, William Kimlicka, *Contemporary Political Philosophy* (Clarendon Press, Oxford, 1990), cap.3.

⁸ Véase, por ejemplo, Richard Arneson, "Equality and Equality of Opportunity for Welfare", *Philosophical Papers*, 56 (1989).

⁹ Dos típicas críticas serían las siguientes. Primero, la de las "preferencias caras": ¿se justifica satisfacer a quienes, para alcanzar un estado de bienestar, demandan una vida llena de lujo? Segundo, la de las "preferencias ofensivas": ¿debe contar como una preferencia más, por ejemplo, la de discriminar contra otro?

LIBROS

Anales del posmarxismo

El peregrinaje del socialismo en el siglo XX. De Marx a Yeltsin. Julio Godío. Ediciones El cielo por asalto, Buenos Aires, 1994.

En los dos años transcurridos entre agosto de 1989 y mediados de 1991, como en los tres años que desembocan en el 18 Brumario de Luis Bonaparte en la Francia revolucionaria de 1848-51, parece así sin agotar una cantera incommensurable de sucesos históricos capaces de resurgir de mil formas posibles la experiencia del siglo XX y dar explicaciones contemporáneas a un presente que fluctúa entre la utería anestesiante, la esquizofrenia del poscapitalismo neofeudalizado y la adaptación cruenta de antiguas épicas guerreras.

Con este interregno en el que el mundo vio derrumbarse el sistema socialista en Europa

Central, los países del Este, el Pacto de Varsovia y, finalmente, la desaparición de la Unión Soviética, es posible hacer lo que Marx al zambullirse en aquel abigarrado intervalo del siglo XIX que permite desentrañar los nudos oscuros de las revoluciones burguesas y prefigurar sus derroteros futuros de desorientación, emergencia de nuevas formaciones sociales y antagonismos políticos.

Es lo que se atrevió a acometer Julio Godío al completar en este trabajo, uno de los más largos esfuerzos de reinterpretación, recuperación y proyección del socialismo en la historia, desde un análisis de la crisis del marxismo y del derrumbe del sistema político, económico

y militar que cristalizó su despliegue a lo largo de siete décadas. No es, obviamente, Francia el escenario central bajo la lupa sindicar la Rusia que fue corazón del viejo Imperio y del Estado socialista-soviético, contracara de una imagen bipolar y maniquea del mundo de posguerra y que hoy marcha en la dirección impredecible y temeraria de un nuevo orden estatal.

Entre 1989 y 1992 se insistió en presentar a Rusia como un país "acabado", al cual no quedaba otro camino que marchar hacia el capitalismo. Desde fines de 1992, el lenguaje cambió: ahora se transmite la idea de que Rusia "se resiste" a marchar hacia el capitalismo y está en proceso de involución hacia el viejo modelo o de restauración de alguna forma de atavismo imperial eslavo.

Estas visiones, indetectables en los relatos de Francis Fukuyama y Samuel Huntington (o, según se sigue, en las fases 1 y 2 de la posguerra fría) adolecen de un semejante arrastre conceptual. En palabras de Godío: "tanto la ilusión manchesteriana como ahora el catastrofismo de la restauración staliniana no dan cuenta del problema, porque ambos excluyen el análisis concreto, sencillamente, de las alternativas"

económico-políticas objetivas que se han planteado a Rusia desde 1917 para modernizarse e integrarse en una economía mundial" [...] "Las convulsiones actuales de Rusia no pueden ser abordadas con la estrechez de miras de la 'extracción del comunismo' sino con la amplitud para entender que desde la revolución bolchevique esas convulsiones expresan los titánicos esfuerzos del principal núcleo de irradiación de la cultura eslava por asimilar al Occidente racional e individualista sin desvirtuarse a sí mismo", dice el autor.

Las implicaciones de esta tesis interullan, en primer lugar, en el campo de las ideas, desnudando las consecuencias del finalismo hegeliano que expulsó al comunismo de Occidente y de la historia misma y, al hacerlo, clausuró inadvertidamente el desarrollo expansivo de los movimientos internacionales.

Para ello ha de haber un reconocimiento y asunción de las ideas de mercado, libertad y democracia como constitutivas de su propia identidad, como puntos de partida para su propia transformación.

En un tiempo de aridez teórica y superabundancia de acontecimientos, este peregrinaje propuesto por Godío brinda cantidades de tela para cortar. Cambia ejes esclerosados de discusión, cuestiona premisas del discurso dominante a uno y otro lado de la controversia política, ofrece perspectivas sobre la compleja

evolución de la política mundial, de Rusia a América Latina, y contenidos programáticos de lo que define como "una nueva cultura socialista".

Es un libro para discurrir la crisis del marxismo desde el marxismo y a la luz de sus críicos. Pero más aún, es una contribución de un pensamiento socialista renovado, y en algunos aspectos sorprendente, para debatir sobre la crisis y la receta de la política como instrumento transformador y emancipador de la sociedad.

Fabián Bosser

Una lectura semiótica del mundo

Vida y muerte de la imagen. Historia de la mirada en Occidente. Régis Debray. Paidós Comunicación, Barcelona, 1994.

Las tres cesuras metodológicas de la humanidad -escritura, impresa, audiovisual- dibujan en el tiempo de las imágenes tres continentes distintos: el ídolo, el arte, lo visual. Cada uno tiene sus leyes. Confundirlos es causa de tristezas inútiles.

De la misma manera como suelen confundirse cronología e historia, el misterio y el periclio aparecen comúnmente como sinónimos. El título del libro, en este sentido, es el primer intento del autor por construir una dis-

tinción. Una de las novedades de este análisis consiste en que si bien lo podemos asociar con varias de las producciones que han tomado a la imagen como objeto de estudio, se trata de un intento deliberado por mostrar el carácter convencional e histórico de todo valor asignado a lo icónico.

La primera particularidad que nos presenta es el cuestionamiento de un concepto como el de percepción (trabajado entre otros por Lowe), ya que denota una "voluntad por mirar", es decir un Hombre que se constituye en sujeto de la mirada.

Mirar en este texto es hacer una lectura semiótica del mundo. Retomando la trietología peiriana, el autor designa para cada época el posicionamiento adoptado por los hombres respecto de sus propias producciones: lo oficial, lo icónico y lo simbólico se corresponden con el misticismo mágico, el aura artística y la mediación económica, respectivamente.

Más que de un dispositivo generador por la tecnología se trataría de una infinita cadena semiótica donde cada nueva producción arrasta con ella la historia de las significaciones anteriores. En la propuesta de Debray aparece, entonces, una nueva modalidad de hacer historia del arte. Abandonando las periodizaciones autónomas en favor de un continuo ir y vuelta sobre la historia de la mirada puede afirmar que el cine no

ESRIT
Revue Internationale

Directeur: Olivier Mongin

212, rue Saint-Martin, 75003 Paris

es ajeno a la proyección renacentista ni al fetichismo de la Grecia Antigua.

En este sentido más que un trabajo inscripto en una tradición humana con la consecuente pregunta sobre las diversas modalidades de percepción (que en este caso en particular se traducirían en la manera de significal del Hombre en relación con su "campo visual"), este ensayo, en una aparente sueltura de pluma, recoloca la pregunta sobre la significación en otro contexto.

No se trata entonces de diferentes miradas, de diferentes "entrenamientos de los sentidos" sino en todo caso, de una nueva relación

LETRA
INTERNACIONAL

Directores:
Luis Goytisolo y Antonin J. Liehm

Redacción y administración:
Monte Esquiza, 30. (28010) Madrid

NOMBRES

REVISTA DE FILOSOFIA

Publicación del área de Filosofía
del Centro de Investigaciones
de la Facultad de
Filosofía y Humanidades

Universidad Nacional de Córdoba

TRANSFORMACIONES

Director: Alfredo Bravo

Todos los meses, información y análisis sobre el país y el mundo desde una perspectiva de izquierda democrática.

Suscripción anual (12 números) \$ 36.-
Casa de Correo 188, Sucursal 1, Capital Federal,
Tel.: 954-1113 int. 3337.

PROMETEO

LIBROS

Corrientes 1916
(1045) Buenos Aires
Tel./Fax 953-1165

estar acompañada con los procedimientos de otros dominios. El texto propone múltiples lecturas que superan la estricta trampa referencial (aquella que recalca el valor del archivo) para avanzar aun más en los estudios sobre el valor de las imágenes. Apoyándose en la historia del arte y en una reflexión semiótica, Debray puede llegar a caracterizar a la actual cultura de la videoesfera como un estadio histórico donde se han superado el hambre y el

miedo en el imaginario social, donde la imagen se autonoma de sus propios registros para volverse valor en sí, donde en definitiva "el autor garantiza, en cierto modo, los efectos del comercio".

Sin sentencias apocalípticas, pero en una clara línea de análisis que no renuncia a la crítica, el libro se inscribe en la tradición de los ensayos, de una escritura que no intenta escasamente a las definiciones.

Verónica Devalle

La moralidad contingente y la crítica social como práctica interpretativa

Interpretación y crítica social. Michael Walzer, Nueva Visión, Buenos Aires, 1993.

En este trabajo Michael Walzer sostiene que pueden observarse tres senderos de la moralidad empírica. Este sendero el líder religioso -o el filósofo, pero

en una versión menos espetacular- tiene acceso a la revelación de las leyes morales desde un lugar claramente distanciado de la propia comunidad. El descubrimiento que esta revelación provoca tiene características decididamente críticas para con la moralidad efectivamente existente en la sociedad y actúa sobre ella a modo de conquista. Esta vía es también escogida frecuentemente por el filósofo, quién acceder al punto de vista divino, logra de este modo hallar leyes morales que resultan verdaderas aunque no siempre accesibles a la conciencia falsa de los hombres.

El segundo sendero no pretende para sí el descubrimiento de una legislación moral ajena, exterior y sin embargo natural que irrumpe puramente crítica de la moralidad empírica. Este sendero es secular y no va en busca de aquello que escapa a

primero está caracterizado por la lógica del descubrimiento. En este sendero el líder religioso -o el filósofo, pero



PUBLICACIÓN DE LA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS - UBA

Comité de Redacción:
Jorge Dotti, José Sabzón,
Gladys Palau y Pablo Gentili
Secretario de Redacción:
Carlos Dámaso Martínez

la aprehensión humana, se propone más bien lo contrario: es el propio hombre racional y razonable que librado de toda contingencia está en condiciones de inventar la moralidad que las sociedades contingentes no realizan. El sendero de la invención no va menos lejos que el del descubrimiento en busca del fundamento de la vida buena, pero sus resultados suelen ser escasamente radicales. Los principios morales que la razón inventa son asombrosamente familiares a muchos de los

contingentes generados, sólo que ahora se ven legitimados por un procedimiento de invención que, para los filósofos, no deja lugar a dudas.

Este procedimiento de invención y la revelación divina o científica en el sentido del descubrimiento, garantizan la distancia inevitable que toda crítica social debe tener para con la sociedad que critica. Si esta distancia no existe, dicen de modo tajante descubridores e inventores, se estaría condonando a la accepta-

ción irreversible del *status quo*.

Sin embargo, el autor propone sostener dos afirmaciones que cuestionan de manera doble este supuesto: 1) la crítica social no proviene del descubrimiento o la invención de moralidades radicalmente nuevas sino que es siempre interpretación de una moralidad que no espera a ser descubierta o inventada para manifestarse y por lo tanto actúa desde afuera de ella.

Esta argumentación presentada sintéticamente se desarrolla a lo largo de tres secciones. En la primera de ellas queda planteada su noción de crítica social como interpretación de la moralidad propia del mundo del crítico. Esta definición proviene de una efectiva contrastación con los mencionados senderos del descubrimiento y la invención. Interpretación no es, por supuesto, mera decodificación. La moralidad es siempre una perspectiva desde afuera, e invocante de principios de validez universal, la del crítico.

De este modo, el apartamiento radical no parece al autor un pre-requisito de la crítica social, ni siquiera de la crítica social radical. La crítica desconectada no es crítica social en absoluto, se parece más al modelo de intervención externa o colonización, asumiendo ésta la conflictividad social lite-

ralmente como guerra de clases o cruzada dentro. En un marco como éste la crítica social nunca se presenta como reflexión colectiva sobre la vida colectiva. Más bien ocurre lo contrario, el considerarse conocedor de la moralidad divina -o bien inherentemente humana- encuentra en la incertidumbre de la deliberación social una incomodidad y por lo tanto actúa desde afuera de ella.

En la tercera sección del trabajo el autor desarrolla la descripción de una modalidad de crítica social como característica de las disputas morales de toda sociedad y de la ausencia de fundamento alguno al que acudir en búsqueda de soluciones definitivas, para redecir para Walzer el modo de abandonar todo intento de acudir a la "crítica de las armas" puros trascendentes y, sin embargo, evidencia una profunda conexión del crítico con su comunidad. Esta crítica social concreta, particularizada, radical, la crítica de los antiguos profetas israelitas, aparece como

conteniendo un mensaje que le es inmanente sino uno que requiere de la interpretación de quienes lo habitan.

Las interpretaciones son, entonces, siempre situadas. Pero esto no quiere decir reproductivas. Es así como en la segunda sección del libro Walzer reflexiona acerca de cómo el crítico despliega su práctica en el campo de su comunidad. La práctica de la crítica social, si quiere tener incidencia en la moralidad compartida, debe ser comprensible por sus conciudadanos y para medir la distancia que ésta requiere para desarrollarse hasta con un pequeño centímetro.



Director: Pedro Krotsch

tentes precisamente porque se refieren a un mundo y no a todos los mundos posibles.

En la tercera sección del trabajo el autor desarrolla la descripción de una modalidad de crítica social que es usualmente presentada como característica de la invocación de principios trascendentales y, sin embargo, evidencia una profunda conexión del crítico con su comunidad. Esta crítica social concreta, particularizada, radical, la crítica de los antiguos profetas israelitas, aparece como

Martin Plot

Novedades

El paso (no) más allá. Maurice Blanchot. Introducción de José María Ripalda. Paidós, Barcelona, 1994, 168 páginas.

La obra de Blanchot es inclasificable. Sus textos transitan por la ficción, la literatura, la filosofía. Blanchot hace un uso caprichoso, poco usual de todos esos lenguajes para rodear la obsesión perentoria de casi todos sus libros: la escritura. Un obsesión que este libro enigmático conjuga con una reflexión sobre la muerte,

Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos. Reinhart Koselleck. Paidós, Barcelona, 1994, 368 páginas.

El tiempo ¿es uno o múltiple? Koselleck afirma la segunda alternativa. A partir de esa convicción inicia la búsqueda de los modos en que el tiempo ha sido tematizado a lo largo de la historia. En los archivos de la historia lee aquello que los calendarios u otras medidas esquemáticas del tiempo suelen disimular: un tiempo exclusiva-

mente experiencial, el tiempo histórico.

Etnografía. Métodos de investigación. Martyn Hammersley y Paul Atkinson. Paidós, Barcelona, 1994, 298 páginas.

Rechazando la oposición rudimentaria entre "positivismo" y "naturalismo", los autores entienden la etnografía como un proceso reflexivo, es decir, como parte del mundo social que ella misma estudia. Didáctico, conciso, el libro es una valiosa introducción a un tema exclusiva-

ción tanto para investigadores como para quienes se inician en la disciplina.

Lógica y sociedad. Contradicciones y mundos posibles. Jon Elster. Paidós, Barcelona, 1994, 286 páginas.

Impulsor del enfoque de la teoría de la acción racional en ciencias sociales, Jon Elster es uno de los representantes más destacados del marxismo analítico. En este libro el autor aborda principalmente el problema de la posibilidad política, la reinterpretación de la dialéctica

hegeliana y marxista y la facilidad de la composición relacionada con las posibilidades de cambio y movilidad social.

El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación. Georges Balandier. Gedisa, Barcelona, 1994, 187 páginas.

La tesis del autor es tan terminante como sospechosa: no hay lugar en el mundo donde los resortes del poder no se revelen idénticos. El fenómeno más general del poder, entonces, es invariante a pesar de que

combre símbolos, ceremonias y ritos siempre distintos. Balandier arriba a esta conclusión luego de una exploración del fenómeno desde las sociedades más tradicionales hasta las formas que asume en las sociedades contemporáneas.

La mitad del país. La mujer en la sociedad argentina. Compilado por Lidia Knecher y María Paniagua. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1994, 354 páginas.

La tesis del autor es tan terminante como sospechosa: no hay lugar en el mundo donde los resortes del poder no se revelen idénticos. El fenómeno más general del poder, entonces, es invariante a pesar de que

Iring Fetscher. Gedisa, Barcelona, 1994, 167 páginas.

En momentos de fuerte intolerancia, el libro de Fetscher revela su contemporaneidad. ¿Por qué se rechaza y hasta se persigue a "el diferente", a "nro"? El libro revisa largos fragmentos de la historia social y política de Occidente e indaga las formas en que la tolerancia ha sido pensada y practicada y desemboca en un duro interrogante: ¿cuál es el límite de la tolerancia? ¿Qué actitud tomar con los intolerantes?

A.B.

ENSAYO

Trece tesis para reconstruir la izquierda

Roberto Mangabeira Unger

Renovación de sus ideas y búsqueda de una nueva identidad que dé cuenta de las mutaciones que se han producido en el mundo y que permita encontrar el sendero que lleve a una transformación radical de la democracia, es un objetivo que la izquierda democrática se plantea desde que su más formidable realización, la experiencia del Estado social, se viera sacudida por el ventarrón neoliberal. Diversas voces, de procedencia distinta, se suman intentando superar el desconcierto. Roberto Mangabeira Unger -filósofo-social brasileño-norteamericano, que es posible leer en español *Conocimiento y política* (México, FCE), crítico de la experiencia socialdemócrata, propone una teoría del cambio social e institucional que, creemos, valdría la pena tomarla como punto de partida para una discusión que tiene pertinencia en ésta y en otras partes del mundo. Las trece tesis de Mangabeira incitaron a Rodotá -que fuera Presidente del Partido Democrático de la Izquierda, en Italia- a reflexionar sobre ellas y nos pareció oportuno incluir su opinión para iniciar la polémica.

El ordenamiento constitucional de los órganos electivos y el cuadro jurídico de la política electoral

I - Sobre la historia de las instituciones democráticas. Hoy en Occidente la tradición constitucional dominante se remite a dos series de ordenamientos e ideas. La primera privilegia formas constitucionales que fragmentan el poder, favorecen el inmovilismo y establecen una suma equivalencia entre la importancia transformadora de un programa político y la severidad de los obstáculos jurídico-constitucionales y práctico-políticos diseminados a lo largo de su realización. Tanto el sistema de los "controles y de la separación de los poderes" en los regímenes presidencialistas de tipo norteamericano como la necesidad de fundar el poder político sobre un vasto consenso de la clase política en los regímenes parlamentarios, testimonian esta vocación a la interdicción. La segunda serie de ordenamientos e ideas de la tradición dominante consiste en la adopción de normas y prácticas que manifiesten en la sociedad un nivel relativamente bajo de movilización política. La izquierda debe rechazar y sustituir ambos aspectos de esta tradición.

II - Sobre el ordenamiento constitucional del Estado. Un estilo constitucional concebido para acelerar la política y favorecer la práctica repetida y frecuente de las reformas estructurales debería prever la coexistencia de un fuerte elemento plebiscitario y de una vasta gama de canales de representación política de la sociedad. Ejemplo: un fuerte parlamento coexiste con un

presidente elegido directamente por el pueblo y dotado de sustanciales poderes de iniciativa política. Pero la forma de tipo híbrida (como la de la constitución de la Quinta República) es sustituida por un sistema que evita el gobierno débil y la perpetuación del inmovilismo sobre la base de los siguientes principios. En primer lugar, los programas de reforma tienen la prioridad sobre la legislación ordinaria y episódica y por tanto deben ser aprobados, rechazados o discutidos sin dilaciones. En segundo lugar, cuando el parlamento o el presidente no comparten un programa de reforma se debe convocar a un referéndum o un plebiscito. En tercer lugar, en el caso en que parlamento y presidente no logren un acuerdo respecto de la necesidad de llamar a los electores a las urnas o a las condiciones de la consulta popular, o en el caso de que el éxito de la consulta no fuera decisivo, o el parlamento o el presidente puedan recurrir a elecciones anticipadas, pero los ciudadanos deban ser llamados a votar simultáneamente por el parlamento y por el presidente. El principio general es la superación rápida de una situación de inmovilidad a través de la participación directa del cuerpo electoral.

III - Sobre la reorganización de la política electoral. Para acelerar el experimentalismo democrático en todos los campos de la vida social es necesario una intensificación real del nivel de movilización política. El nivel de movilización política no es un dato natural de una sociedad o de una cultura, sino que es, en gran medida, el producto de la acción del hombre, producto que responde a los cambios de las reglas y de los

instrumentos de la política. Entre estos cambios podemos señalar: la financiación pública de las campañas electorales, la ampliación del libre acceso a los medios de comunicación de masas de los partidos políticos y de los movimientos sociales, la multiplicación de las formas de propiedad de los medios de comunicación, las normas en materia de la obligatoriedad del voto y los cambios de las leyes electorales. Si bien un sistema basado en listas cerradas y proporcionales es generalmente más eficaz para reforzar el rol de los partidos políticos en cuanto embajadores de las propuestas estructurales, en algunos países la adopción temporal del sistema mayoritario puede contribuir a comover un sistema de partidos esclerótico y a poner a la luz coaliciones progresistas o conservadoras subterráneas.

La organización de la sociedad civil y la tutela de los derechos

IV - Sobre la concepción de los derechos fundamentales. La izquierda debería reinterpretar y no ya hacer retroceder la concepción de los derechos humanos fundamentales. Existe una relación dialéctica entre la tutela del individuo en un santuario de intereses vitalmente defendidos y la capacidad del individuo para realizarse en el corazón de un experimentalismo renovado. El rol de los derechos consiste en garantizar al individuo los instrumentos políticos, económicos y culturales, de los cuales tiene necesidad para resistir, avanzar y vincularse con los otros. Todo individuo debería heredar de la sociedad más que de los padres: debería tener un fondo de dotación social para gastar, en parte de manera prefijada de acuerdo a reglas fijas, y en parte eligiendo una gama definida de opciones (educación, servicios sanitarios). Además los individuos podrían cooperar con la subdivisión de los beneficios derivados de inversiones públicas agregados al ámbito del fondo de dotación.

V - Sobre la tutela de los derechos fundamentales.

Los derechos, particularmente los derechos sociales y económicos, no deberían ser considerados simplemente a la medida de los planes de previsión social y de seguridad social que dependen de los recursos. Las reivindicaciones de un derecho entran en conflicto con organizaciones sociales particulares o áreas de práctica social cuando (a) en organizaciones o prácticas particulares emerge una estructura de desigualdad o de exclusión que amenaza el goce efectivo de los derechos y (b) cuando este bastión del privilegio no puede ser rápidamente desestabilizado por las normales formas de actividad económica y política de que dispone el individuo. Ejemplos: la intervención en un sistema escolar para corregir el desaprovechamiento de los chicos dotados de una habilidad determinada o la incapacidad de intervención en una fábrica para reorganizar un sistema de trabajo imponiendo formas extremas de jerarquía en interés del control y la vigilancia más que como requisito de coordinación técnica y de eficiencia.

En tal caso surge la exigencia de un tipo de intervención correctivo y de reorganización que sea al mismo tiempo (a) estructural y capaz de definir los derechos y (b) epódico y localizado. Ninguna de las articulaciones del Estado, ya sea por razones de legitimación política ya sea por razones de capacidad práctica, es completamente idónea para desempeñar el papel de agente de una intervención de esta naturaleza. Debe ser concebido un nuevo órgano del Estado, electivo o elegido conjuntamente por los órganos electivos. Este órgano debería disponer de recursos financieros y técnicos adecuados para la tarea de reconstrucción.

VI - Sobre la organización jurídica de la sociedad civil. Una sociedad civil vigilante y organizada es indispensable para la radicalización de la democracia y para avanzar en el experimentalismo democrático. La organización de la sociedad civil no debería depender exclusivamente de la accidentabilidad de los acuerdos contractuales voluntarios. La sociedad civil debería



poder contar con un marco de normas de derecho público que esté completamente a repaso de cualquier sospecha de control o de intervención por parte del gobierno. Por ejemplo, el principio contractualista del derecho del trabajo que afirma la libertad completa de los sindicatos respecto del gobierno podría ser conjugado con el principio corporativo de la sindicalización automática de todos. Hay democracia interna en el sistema sindical unitario y omnicomprensivo si movimientos sindicales distintos, afiliados o no a partidos políticos, disputan los espacios en el interior de este sistema sindical, del mismo modo en que los partidos políticos disputan los espacios en el Estado. La misma idea puede ser reproducida en el plano de los principios territoriales: un sistema de asociaciones barriales al mismo tiempo externas y paralelas respecto del gobierno de la estructura local. En un tercer ámbito el principio puede asumir una dirección funcional: la organización de la sociedad civil en torno a algunos temas comunes como los servicios educativos y sanitarios.

La organización de las finanzas públicas y de la economía

VII - Sobre las finanzas públicas y el sistema fiscal. Algunos elementos significativos de la tasaación indirecta se han revelado necesarios para garantizar un ingreso fiscal adecuado. El impuesto indirecto menos regresivo y con menores posibilidades de desviar y trastornar las actividades económicas, es un impuesto sobre el valor agregado con alcítoja fija. Al ingreso seguro garantizado por este impuesto deberían agregarse dos principales impuestos directos. El primero es un impuesto a los consumos de tipo kaldoriano¹ y fuertemente progresiva que tasa la diferencia entre rédito y ahorro-inversión garantizando un notable nivel de exención para los consumos esenciales. El segundo es un impuesto patrimonial cuyo elemento más importante es una gran carga impositiva sobre las donaciones familiares y sobre la herencia. De este modo distinguimos de manera clara los dos objetivos del nivel de vida (por los impuestos sobre el consumo) y del poder económico (impuesto patrimonial) y los golpeamos directamente en vez de aceptar el mecanismo relativamente confuso e inefficiente del impuesto al rédito. La organización de la sociedad civil descrita en la sexta tesis debería participar en el destino y en el control del gasto público.

VIII - Sobre la reforma del sistema productivo y sobre su relación con el Estado. La reforma de la producción mediante las líneas posfordistas no tiene necesariamente efectos de democratización. El camino más prometedor para la realización de tales oportunidades debe ser individualizado en una estrategia de creci-

miento que tenga los siguientes atributos: (a) en el interior de la empresa: la práctica de la producción como conocimiento y el ablandamiento de la rígida contraposición entre actividad de definición y actividad de ejecución de las tareas; (b) entre las empresas: una competencia cooperativa -pequeñas y medianas empresas o sectores descentralizados de grandes empresas compiten y cooperan simultáneamente introduciendo a la vez recursos financieros, comerciales y tecnológicos-; (c) entre las empresas y el Estado: el desarrollo de una vasta gama de formas de asociación democratizando las innovaciones tecnológicas introducidas por el agresivo empresariado asiático.

IX - Sobre los derechos de propiedad y sobre las formas de participación del Estado en las empresas privadas. Para democratizar las formas de asociación Estado-empresaria es necesario dar vida a un nivel de organización intermedia entre el Estado y las empresas: fondos sociales autónomos y competitivos y centros de asistencia tecnológica en competencia entre ellos que administren los recursos provenientes de las inversiones públicas en presencia de los más variados régimes, comprendida la concesión temporaria y condicionada del derecho de propiedad, la multiplicación de las iniciativas financiadas con capitales de riesgo públicos y la erogación selectiva de capitales a empresas o grupos en condiciones de garantizar la tasa de remuneración más alta. Estas organizaciones tienen, entre otras responsabilidades, la de invertir en una vanguardia tecnológica capaz de producir, de manera personalizada, *input* y maquinarias necesarios para la retaguardia tecnológica de la economía al mismo paso que el avance de la frontera de la asimilación tecnológica de la retaguardia. El desarrollo de este nivel intermedio de organización entre Estado y empresa comporta, a su vez, la descomposición de los tradicionales derechos de propiedad: los poderes que hoy confluyen bajo la etiqueta común de "propiedad" serían subdivididos y conferidos a diversos sectores de los titulares de los derechos: gobiernos, organizaciones intermedias y empresas. De tal modo los derechos de propiedad adquieren la capacidad de proliferar.

La concepción de la democracia y la izquierda

X - Qué quiere decir izquierda hoy. Ser de izquierda hoy quiere decir moverse para sobrepasar los límites del ordenamiento institucional vigente en dirección de una democratización mayor. Quien acepta el cuadro institucional vigente como el horizonte dentro del cual intereses e ideales -comprendido los ideales igualitarios- deben ser perseguidos, no es de izquierda. Los partidos socialdemócratas europeos no son de izquierda. Un

reformismo progresista-pesimista no es de izquierda. El error consiste en creer que la alternativa a la resignación es la total sustitución de un "sistema" por otro. Pero la reforma revolucionaria -la sustitución, elemento por elemento, de las estructuras institucionales y de las ideas formativas- es el modo paradigmático de una política transformadora. La idea de un cambio revolucionario, precisamente por su impracticabilidad, ha resultado el pretexto para justificar lo opuesto. Las primeras mueve tesis dan ejemplos de reformas revolucionarias que atraviesan las fronteras del ordenamiento institucional vigente.

XI - Sobre la interpretación del proyecto democrático. El proyecto democrático es el esfuerzo por individualizar y realizar ordenamientos que exploten el área de potencial superposición entre las condiciones del progreso material y las condiciones de la emancipación individual. Por tanto el proyecto se mueve en dirección de la generalización del experimentalismo en la vida social y somete a este mismo experimentalismo las formas institucionales de la democracia

Molen bij avond

representativa y de la economía de mercado regulada. No es antiliberal: desarrrolla esperanzas liberales sacrificando formas liberales.

XII - Sobre la base social de los partidos de izquierda. Los partidos de izquierda no pueden aceptar la elección entre continuar representando a los trabajadores organizados de la industria de producción de masa o redefinirse como partido de la "calidad de vida" y de las capas medias. Eligiendo la primera alternativa traicionan la misión transformadora y democratizadora. En un programa de reconstrucción estructural se debe encontrar el tono y la base de una alianza popular ampliada. Este esfuerzo es posible (a) por la relación interna y dialéctica entre redefinición de los intereses y de los ideales y reconstrucción de las instituciones y de las prácticas y (b) por la relación asimétrica entre alianzas sociales y alianzas políticas. Las alianzas sociales se

construyen a través del trabajo transformador de las alianzas políticas y se sostienen con las reformas estructurales que transforman convergencias tácticas en combinaciones duraderas de intereses e identidades de grupo. Pero las alianzas políticas no presuponen las alianzas sociales: su tarea es precisamente la de construir las alianzas sociales.

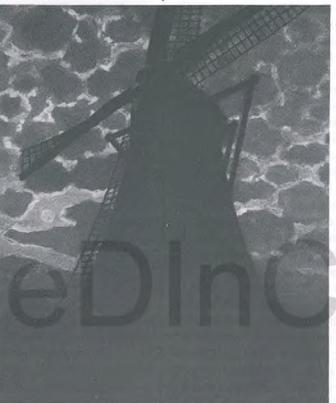
XIII - Sobre el soporte de la innovación institucional y sobre el conflicto ideológico.

El proyecto democrático avanza a través del conflicto: las divisiones ideológicas heredadas pierden la relación vital con los problemas reales y con las posibles alternativas. Deben ser reinventadas. El conflicto entre estatalismo y privatismo está muriendo y se encamina a ser sustituido por el conflicto entre las formas institucionales alternativas del pluralismo político y económico. La democracia representativa, la sociedad civil libre y la economía de mercado regulado pueden asumir formas muy distintas de las que tienen hoy en las democracias industriales. La elección entre estas alternativas es decisiva en la medida en que representa no sólo la preferencia por determinados ordenamientos sino también por ciertas formas de experiencia individual y colectiva. El experimentalismo institucional involuntario de los países pobres (que inventan allí donde la imitación no funciona) arroja una luz sobre las posibilidades latentes de transformación presentes en los países ricos. La izquierda se ha liberado de la sombra oscura del socialismo dictatorial de Estado. Es hora que la izquierda se reinvente a sí misma proponiendo radicalizar la democracia. □

Notas

¹ Nicholas Kaldor, economista, ministro de Finanzas en Hungría luego naturalizado inglés, es uno de los principales representantes de la orientación poskeynesiana en la economía (n.d.t.).

* Tradujo Jorge Tula.



Discutamos estas tesis

Stefano Rodotà

Unger considera que la izquierda (única referencia que le interesa) debe liberarse de los dualismos cristalizados (Estado-mercado, público-privado) si quiere comenzar a restituir sentido a su presencia. El consenso en este punto de partida no parece obvio, pero la instrumentación propuesta merece algunas reflexiones ulteriores. Extrema en la formulación de estructuras de gobierno fuertemente simplificadas y eficientes, extrema en proyectar formas de difusión social del poder, ¿pueda esta hipótesis ser considerada íntimamente coherente y en condiciones de permitir a la izquierda recuperar fantasía y rigor político?

Comencemos por el equilibrio entre los poderes. Aquí, desplegando una crítica bien conocida y desarrollada también en Italia, Unger rechaza la tesis de los pesos y contrapesos de un sistema de poderes formalizados y formula un juego complejo entre poderes colados y legitimados de manera diversa. Para llegar a este resultado es obviamente indispensable hacer referencias a formas de autorganización social, por otro lado sostenidas por una fuerte innovación institucional que tiende sobre todo a la ampliación de las posibilidades de acceso a la política (con financiamientos públicos) y a la información (también con formas diferenciadas de propiedad de los medios); garantizar las precondiciones del proceso democrático asegurando algunos *minimi* a todos los ciudadanos; transferir a un "tercer sector" social poderes de gestión de áreas y de destino de recursos específicos. Se toca así lo silenciado o apartado de varios sectores de la izquierda europea, que tiene que ver en primer lugar con la cuestión de la propiedad y el rol específico del Estado, temas sobre los cuales la reflexión ha sido sofocada por un reduccionismo genérico.

Precisamente sobre este punto las tesis de Unger buscan un difícil equilibrio entre el papel relevante del Estado y la eliminación de los riesgos de autoritarismo y burocratismo. No todo está demasiado claro en el modo en que es proyectado el vértice del Estado, donde la coexistencia entre un gobierno fuerte y un parlamento igualmente fuerte requiere ulteriores precisiones respecto de la efectiva distribución de los poderes, y por tanto de la forma misma del Estado. En este aspecto aparece nebulosa la vía para institucionalizar el tercer sector y el rol "arbitral" del pueblo a través del referéndum dejá zonas de incertidumbre, por ejemplo cuando se alude a la posibilidad de que el voto popular resulte "no decisivo".

Pero el verdadero problema está más allá de estas precisiones posibles y está referido al riesgo de un éxito francamente plebiscitario de todo el mecanismo, en un sentido que no es ciertamente el que impulsa Unger al usar sin temores precisamente la palabra "plebiscito". La posibilidad de escapar a este peligro es confiada al hecho de que el mecanismo plebiscitario debería estar inmerso en un ambiente institucional completamente distinto de aquellos que hasta ahora hemos conocido. La condición de un correcto funcionamiento democrático del sistema es así confiada a la riqueza de la organización social y a una constante y fuerte movilización de los ciudadanos, que constituyen el verdadero contrapeso a los poderes de cúpula. Pero esto requiere una inversión completa del modo en que la izquierda europea ha planteado hasta ahora el problema, poniendo cada vez más intensamente el acento sobre las modalidades de legitimación y organización del gobierno y dejando en el fondo el tema "institucional" de la sociedad.

Las dos cosas son indiscutibles? Pero esto, entonces, deberá inducir al abandono de la política de los dos pesos que, para la izquierda, ha significado considerar a los planteos ajenos como "realmente" subalternos y con un aplazamiento hasta un impreciso "después" de las propias políticas (admitido que así fueran, los dos tiempos han sido frecuentemente la coartada para cubrir el vacío programático). Las tesis de Unger resultan así una invitación severa a encontrar una identidad perdida, sin retornos nostálgicos, sino comenzando a hacer las cuentas con los temas que justamente la "victoria de la democracia" hace aparecer ineludibles y que van desde la forma de la propiedad hasta el mantenimiento de los derechos sociales y económicos precisamente como derechos; desde la imposibilidad de dejar la democracia fuera de la puerta de la empresa hasta una perspectiva igualitaria rescatada de los riesgos del burocratismo; desde la integración de los roles públicos y privados hasta la creación de los marcos de referencia institucional en el interior de los cuales puede desarrollarse la acción de los sujetos sociales.

Más de una de estas cosas resulta familiar a quien no ha permanecido en la superficie de la discusión italiana. Pero acaso un reclamo que viene de lejos te permitirá asustar más de lo que lo ha hecho hasta ahora. □

Nota

Traducción Jorge Tula.

EL ARTISTA

Piet Mondrian, siempre más allá



El artista que presenta-

mos en esta edición es Piet Mondrian, nacido en Amersfoort, en el centro de Holanda, en 1872 y fallecido en Nueva York el 1º de febrero de 1944. La elección de este pintor excepcional tiene no sólo el carácter de homenaje a una de las figuras más importantes de la plástica de este siglo, sino, especialmente, el propósito de *La Ciudad Futura* de adherir con su modesto aporte a la celebración del "Año de Mondrian", instituido con motivo de cumplirse el 50º aniversario de su muerte.

La amplia serie de eventos con que se ha honrado su memoria tendrá su máxima expresión en la exhibición especial "Piet Mondrian 1872-1944", que se llevará a cabo en el Museo Municipal de La Haya, del 18 de diciembre al

30 de abril próximos.

Si bien la figura de Mondrian descoló en el terreno de la pintura, su concepción estética abarcó el conjunto de las artes, con importante producción teórica en áreas como la arquitectura, la música y la danza. Fue un ejemplo concreto de la visión integradora del hombre que siempre pregón, mostrando un todo indivisible en sus ideas, su trabajo y su modo de colocarse frente a las cosas de la vida.

Su obra artística puede ser contemplada como la secuencia lógica e ineludible del desarrollo de la consigna dominante y búsqueda central de su filosofía estética: "siempre más allá". Sin embargo, aunque esa línea fue un continuo fiel, existe un acontecimiento que constituye un verdadero punto de inflexión en su obra,

el de su encuentro con el pintor Theo van Doesburg, con quien funda, en 1917, el grupo y la publicación *De Stijl*, con los que se consolidan los fundamentos del movimiento de "plástica pura" o "neoplastismo".

De clásica formación académica, en sus años jóvenes alteró el dibujo y la pintura con la docencia. Los motivos de sus primeros trabajos evidencian una fuerte influencia de la naturaleza, empleando una técnica que a menudo recuerda a Van Gogh. A partir de 1908 pasa los veranos en Domburg, en la isla de Walcheren, a la sazón asiduamente frecuentada por pintores de caballete. Entonces en sus telas los colores se aclaran y aparecen las dunas, el mar, las capillas, la torre-faro de Westkapelle. En ocasiones aparece el puntillismo, con tonos vivos, limitándose frecuentemente a los colores primarios, sin ninguna mezcla.

En 1911 se instala en París, donde Kickert pone a su disposición su taller de Montparnasse. El impacto del modernismo es decisivo; siente gran atracción por las vanguardias, pero no pierde autonomía. Participa en el Salón de los Indpendientes y, en *Montjoie, Apollinaire* saluda "el cubismo

O.P.

Las ilustraciones

Las ilustraciones que incluidas en este número nos han sido facilitadas por gestión y cortesía de la Embajada Real de los Países Bajos en la Argentina, a cuyos funcionarios testimoniamos nuestro agradecimiento por sus múltiples atenciones. Por cuestiones técnicas y económicas, las que aparecen en las páginas interiores se publican en blanco y negro, pues sólo disponemos de color en el pliego de foros. Seguidamente detallamos la identificación de estas obras: tapa, *Compositie met rood, blauw, geel en zwart*, 1921, oleíverf op doek, 59,5 x 55 cm; contrapata, *Vuurtoer bij Westkapelle*, 1909/10, oleíverf op doek, 135 x 75 cm; retrato de *De Zee*, 1912, oleíverf op doek, 82,5 x 92 cm; retrato de *De Zee*, 1912, oleíverf op doek, 88 x 71 cm. (Estas transparencias pertenecen a "Is.m. de Stichting Mondriaan(c) erven (herencia) Piet Mondriaan 1994. c/o Beeldrecht, Amsterdam").

De la fauna menemista

Las ficciones de Asís, narrador omnisciente

Antonio Marimón

Hagamos el ejercicio lúdico de recordar brevemente, *Flores robadas en los jardines de Quilmes*, sin duda la novela paradigmática de Jorge Asís. En ella los personajes más significativos son básicamente amorales. Se trataría de marginales o límpenes de la pequeña burguesía urbana, plebeyos, sin formaciones intelectuales sólidas, para quienes los idílogos de la cultura: la política, sobre todo la setentista, el psicoanálisis, la poesía, la plástica u otras prácticas del saber, están destinados a una finalidad instrumental. En realidad, servirían como puentes para transitar desde la opacidad del barrio hasta las siempre esquivas e indescribibles luces del centro.

Algunos rasgos pueden llamar, en principio, la atención. Así mimetiza en su narrativa, casi con júbilo, el habla aluvional de las capas populares. Es, desde luego, un habla sincrética, colmada de las mezclas más heterogéneas de retazos lingüísticos, dentro de una ciudad babilónica como Buenos Aires, donde la lengua se desliza de manera vertiginosa. En segundo término, durante los momentos más robustos de su narrativa, Asís propone otro aspecto no menos interesante: el uso del lenguaje popular consiste, para el narrador, tanto una táctica enunciativa como una técnica de mercado. Así pone en marcha a un narrador omnisciente, el cual gradúa el orden preciso de sus citas, de sus silencios y sus confesiones -con los matices del texto muy próximos al *alter ego* del escritor- a fin de explicar y justificar una estética, la que explícita sin pudores y hasta con ci-

nismo. Se trata, desde luego, de una estética de la venta: aquí narrar equivale a "salvarse" económicamente. El sistema de Asís se presta, pues, a ser analizado desde un par de puntos de vista:

Asís necesitó diferenciarse de la intelectualidad progresista y no encontró mejor forma de hacerlo que desafiando a la ética y asumiéndose como un singular posmoderno de la pobreza.

Ya sabe que no existe una obligada correspondencia mecánica entre un escritor y el curso de sus ficciones. No obstante, Asís se ha empeñado, curiosamente, en convertirse en un personaje contradictorio de su propia trama. Su lugar *best-seller* en el mercado y a vez su escasa consagración en el campo de la

crítica debieron contribuir -entre otros argumentos- a una prolongación personal de la ficción: Asís necesitó diferenciarse de la intelectualidad progresista y no encontró mejor forma de hacerlo que desafiando a la ética y asumiéndose, públicamente, como un singular posmoderno de la pobreza.

En tal sentido cabe imaginarnos que entre él y el menemismo como fenómeno político ya existía una correspondencia previa, tal vez una

imanación astral: por ambos no circula, evidentemente, el problema de la ética: he ahí una primera afinidad. Poreo, no asombró que Asís se convirtiera, si cabe en el caso la categoría, en un intelectual orgánico del menemismo.

Pero acá no termina la historia, más bien da acaso un giro inesperado. Como intelectual orgánico, su papel fue al mismo tiempo cabal y al mismo tiempo paradójico, si se lo analiza específicamente al frente de la Secretaría de Cultura. Es cabal, por ejemplo, que haya renunciado en el ámbito de un programa de TV. En el marco de una elaboración política como el menemismo, donde la pantalla pequeña se jerarquizó como

la plaza pública, la renuncia verbal de Asís fue una perfecta metáfora de la época y preanunció también el ideal populista de Ross Perot: gobernar algún día a través de encuestas televisivas operadas por comunicadores como Grondona.

Sin embargo, la paradoja reside en que al narrador omnisciente y amoral, o preocupado sólo por "vender", por algún motivo le falló la memoria. Asís olvidó que la clave de su posibilidad como escritor fue el habla, con todo su aluvional sincrétismo, e inventó un invierno simbólico decretado para "depurar" el lenguaje.

Desde luego, nada más simplificador del asunto. Y, también desde luego, si hubiera estado en vigencia tal decreto, el mismo narrador omnisciente de Asís, bárbaro para su ascenso social, no hubiera sido real: él mismo no habría existido. Finalmente se dibuja en el aire la siguiente desconfianza: tal vez detrás de todo amoral late -en política- una tentación autoritaria, como la de legislar por decreto una maternidad tan lábil como la que constituye el lenguaje. A no ser que todo el episodio no haya sido cierto y más bien se trate de una fugaz imagen holográfica, una engañifa, un evasivo invento en común del menemismo, los medios de comunicación y el narrador omnisciente. □

